

LAS COSAS QUE NO SE CUENTAN
NUNCA HAN EXISTIDO

NOTAS: DE UN AMOR PERDIDO



VERÓNICA ESPINOSA

Copyright © 2024 Verónica Espinosa

PERFILES SOCIALES:

[instagram.com/ veronicaespinosa.autora](https://www.instagram.com/veronicaespinosa.autora)

twitter.com/AutoraVeronica

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:

Diseño de cubierta: Verónica Espinosa

Maquetación: Verónica Espinosa

Prólogo: Lorena Murién

Todos los derechos reservados. Queda prohibido, sin la autorización de los titulares del copyright y bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción de esta obra por cualquier medio o procedimiento. No obstante, sí está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

Este relato ha sido publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial y/o terceros. Por este motivo, es posible que el contenido pueda tener algunas erratas y/o errores ortográficos.

A esas grandes almas y corazones
que luchan día a día por ver luz
donde hay oscuridad.

Verónica Espinosa



PRÓLOGO

Asociamos la sonrisa con la felicidad, el éxtasis de sentirse vivo, plenos, rodeados de luz. Sin embargo, hay sonrisas que ocultan un mundo repleto de penumbra en su interior, de oscuros laberintos que no tienen salida; nada más que espinas, demonios que te persiguen en forma de nuestras propias sombras, acompañando esa sensación de tristeza, de sentirse tan solo como perdido. A veces, sonreír es algo común del día a día, un gesto automático con el que esconder a la perfección lo roto que nos encontramos por dentro. Cada hora, cada minuto, cada segundo parece una batalla continua contra uno mismo y el caos que reina a nuestro alrededor.

Encontrar la salida es casi imposible, se vuelve un sendero infinito por el que ya no tenemos fuerzas para caminar, y la única solución que encontramos, es dejarlo todo, decir adiós. Por la tranquilidad de los que nos rodean, pero más, por nuestra propia paz.

Nos parece difícil, hacernos con el valor de seguir adelante, de dar un primer paso y romper los muros que nos encierran en nuestra propia oscuridad, es casi imposible mirar hacia delante y buscar ese resquicio de luz entre las grietas que, sin quererlo, hemos tapado con nuestras propias manos. La soledad es un tejido que crece y se multiplica hasta vestarnos con una segunda piel de la que no nos podemos desprender. Y entonces, vagamos en un limbo que no tiene sentido, en un vacío que es imposible de llenar, que no nos aporta absolutamente nada, que nos lo ha robado todo. Encontrar la salida es casi imposible, pero a veces, sí que hayamos ese rayo de luz.

Está en aquellos que nos rodean, en los que de verdad te entregan su mano y no para hundirte en lo más profundo, sino para sacarte de esa oscuridad. En sus palabras de aliento, a veces tan necesarias, y otras no; en la calidez de un abrazo. Porque a veces basta con dejar de sonreír y mostrarnos así al mundo, para que la sonrisa de otro llene esos huecos que se han quedado marchitos. Tenemos que confiar en que, por mucho que lo creamos, no estamos solos, que tenemos una pequeña oportunidad. Que, aunque nos cueste, podemos saltar esos muros, superar esos obstáculos, vivir a pesar de la oscuridad. Y por mucho que algo o que alguien intente hundirnos, siempre hay una forma de escapar, de sobrevivir, de florecer, de volver a empezar. Solo necesitamos perder el miedo por un segundo, avanzar el primer centímetro y dejarnos llevar, para descubrir que el arcoíris siempre aparece entre la tormenta, y que, por más

que tengamos miedo, podemos sonreír de verdad.

Escrito por *Lorena Murién*.



1

ECOS DEL SILENCIO

Elara

Hace días que siento que este lugar; que alguna vez fue mi refugio, mi hogar, se ha convertido en una cárcel. Me encantaría no tener que estar aquí, alejarme lo más posible, pero no sabría adónde ir. Mi jefe, después de conocer lo que ha pasado, me ha ofrecido un descanso, pero no sé qué es peor para una persona que acaba de perderlo todo y ha visto que su futuro se ha convertido en fragmentos de un amor perdido. De sueños que ahora ya no se podrán cumplir y que se han quedado vagando por el espacio, revoloteando como una hoja seca en otoño empujada por el frío viento.

El silencio que me rodea me asfixia. Cada rincón está cargado de su perfume, como si ella aún estuviera danzando por aquí y fuese a aparecer por la puerta en algún momento. El no saber, el no haberme dado cuenta de su estado, se ha convertido en una daga que me atraviesa el corazón cada vez que lo pienso, y aunque sé que no debería sentirme culpable, no puedo evitar pensar que su muerte se podría haber evitado.

Este pequeño rincón; el apartamento en lo más alto de la academia, parece suspendido entre el cielo gris de Londres y la ciudad que sigue su curso más abajo, indiferente a todo lo que ocurre aquí dentro. Desde aquí, todo parece distante, fuera de la realidad, inalcanzable. Ella solía decir que vivir aquí arriba era como estar en una burbuja, aisladas del ruido y del caos. Ahora todo eso me aprieta el cuello y me deja sin aire, tanto como los recuerdos que compartimos y los instantes de amor que vivimos.

En busca de respirar y sacarme de encima esta sensación, me levanto de la cama sin más propósito que el de recuperar la movilidad de un cuerpo que ha pasado días y semanas sin moverse. Todo está igual que la última vez que ella estuvo aquí. Los muebles, las paredes, todo parece congelado en el tiempo. Camino sin rumbo por las escaleras, bajando peldaño a peldaño mientras dejo atrás lo que ha sido mi hogar desde hace poco más de un año. Mi cuerpo se mueve, pero mi mente se ha quedado estancada en otro momento, en un lugar donde ella seguía viva, donde su sonrisa llenaba los rincones de la academia y sus manos me acariciaban la piel con una delicadeza que parecía inhumana.

El piano, que alguna vez fue suyo y que apenas tocaba, sigue ahí, en medio del salón principal. Lo miro de lejos como si fuera un objeto extraño, algo que jamás podré alcanzar de nuevo, algo que tendré que disfrutar solo en mis sueños, en mis recuerdos. Las partituras aún están abiertas con la última lección que tuvimos juntas. Ella siempre disfrutaba cuando me escuchaba tocar. «Tienes talento, Elara, que nadie te diga lo contrario», me decía. «Puedes llegar hasta donde quieras si te lo propones». Ahora esas palabras me duelen, porque ya no sé si voy a ser capaz de llegar a ninguna parte.

La academia se siente tan fría como lo estoy yo. Recuerdo la primera vez que crucé la puerta, cuando ni siquiera sabía si tenía derecho a soñar con un futuro mejor. Ella fue quien me dio esa oportunidad, quien me ofreció más que solo clases de piano: amor y esperanza. Creía en mí, y fue mi soporte en la lucha constante contra mi destino. Sigo creyendo, y lo haré toda la vida, que fue un ángel en mitad de mi propio infierno y siempre estaré agradecida por haberla conocido.

Llevo días regresando mentalmente a la última semana antes de su muerte. Estaba cansada, pero eso era algo habitual. Tenía mil cosas en la cabeza y se pasaba las noches mejorando las partituras para que yo pudiera practicarlas a la mañana siguiente. Nunca pensé que algo fuera mal. Me atormenta imaginar que detrás de su sonrisa se escondía una oscuridad que no vi. Sigo sin comprender cómo es posible que alguien que te empuja hacia el futuro con tanta fuerza pudiera tomar la decisión de no seguir viviendo. Pero, por más que me lo pregunte, no tengo respuestas: solo vacío, un dolor punzante en el corazón y la duda de si todas las veces que la vi sonreír fueron reales o no.

Me dejo caer en uno de los sillones de la pequeña sala de espera junto a la puerta principal, justo donde solía sentarse cuando hablábamos sobre música, mientras comíamos nuestra comida favorita y disfrutábamos de un tiempo a solas. Sujeto una de las almohadas viejas y la aprieto contra mi pecho, cerrando los ojos. Trato de sentir cualquier cosa que me conecte con ella, pero lo único que encuentro es ausencia en vez de calor y amor. Ella me salvó, me rescató, me apoyó y me dio lo que nadie antes me había dado: un hogar.

Las pruebas del conservatorio, a las que iba a presentarme, están a un mes y medio de distancia, pero no me siento capaz de enfrentarlas. No sin que esté aquí. Desde que me habló de ello, no se separó de mí. Me guio, me dio fuerzas, me empujó cuando me sentía débil y me enseñó todo lo que sabía de música. Ahora, mis manos tiemblan cada vez que intento tocar el piano. Es como si el instrumento me rechazara, como si supiera que ya no tengo a mi lado a mi mentora, mi compañera, la única persona que creyó en mí. He perdido mi don; se ha marchado con su falta y no creo que pueda encontrarlo de nuevo.

Pierdo la noción del tiempo y me tumbo en el sofá con la intención de dejarme arrastrar por el bucle de tristeza en el que estoy atrapada desde hace semanas. Sin embargo, un par de golpes en la puerta interrumpen mis pensamientos. No espero a nadie; tampoco estoy en condiciones de recibir a quien quiera que sea, pero cuando me levanto y abro, me encuentro con Lily. La última vez que nos vimos fue durante el entierro, y aunque me alegra verla, apenas soy capaz de sonreír.

—Pensé que no abrirías —dice con una sonrisa triste y el gesto apesadumbrado. Todos

los que la conocían estamos destrozados; aún no somos capaces de creer que esto haya pasado, y es algo que compartimos—. ¿Puedo entrar?

—Sí, claro... —Me hago a un lado y, cuando pasa por mi lado, me paso una mano por la cabeza, intentando arreglar un poco mi pelo. Llevo varios días sin darme un baño, sin cambiarme de ropa, y ahora que me huelo, hasta me doy asco. Echo eso a un lado y la acompaño hasta la sala de espera de la academia, donde el silencio nos envuelve a ambas. Lily me mira cuando nos sentamos y yo sujeto mis manos frías entre sí, sin saber muy bien qué decir—. No tengo mucho que ofrecerte; llevo días sin salir a comprar...

—Y también sin darte una ducha. —Señala mi ropa—. Deberías cuidarte. Amelia no querría verte así...

—Yo tampoco quería que ella... —le digo en un arrebato, con un tono tan frío que hasta a mí me incomoda. No debería pagar con ella mi dolor, y por eso suelto un suspiro—. Perdona, es que me estoy volviendo loca.

—Creo que tú y todos. No sabíamos nada de esto, y ha sido muy duro para todos hacernos a la idea. Mark sigue desconcertado.

—Bueno, supongo que las cosas no existen si no se habla de ellas —reflexiono sin saber muy bien lo que digo—. Amelia lo llevaba todo por dentro y, bueno... —Me encojo de hombros—. Así lo decidió y, de alguna manera, lo único que podemos hacer es respetarlo.

—Aunque eso no quita que nos duela...

—Quiero pensar que esto era lo que quería evitar —comento, y me muerdo el labio inferior al notar cómo me tiemblan.

Mis palabras tienen un efecto calmante, como si después de tantos días martirizándome, hubiera encontrado una tirita que cubre la herida que ha dejado no haberla podido ayudar. Lily y yo miramos el suelo bajo nuestros pies, meditando, o quizá solo buscando las palabras para continuar con nuestra conversación. La muerte de Amelia ha dejado un hueco, una sensación inexplicable que baña nuestros corazones, y sé que nos costará mucho tiempo adaptarnos a ello.

—Hay algo que quería contarte... —Lily rompe el silencio de forma repentina. Había pasado por alto esas ojeras amoratadas que se dibujan bajo sus ojos color miel, o el gesto cansado que ha sustituido a la sonrisa perenne que siempre luce—. La muerte de Amelia ha removido muchas cosas, y tú estás viviendo aquí, así que... —Mi cuerpo se tensa, anticipando lo peor, y me muerdo el labio inferior con fuerza—. Violet... —continúa—, la hermana de Amelia, regresará a Londres en unos días. Ha llamado esta mañana y se lo ha comentado a Mark. Al parecer lo ha dejado todo para volver a casa. Aunque no sé si eso será del todo verdad.

«Violet», pienso.

Amelia me habló de ella. En más de una ocasión vimos juntas conciertos de piano donde Violet era el centro de atención. Me habría encantado tener la oportunidad de conocerla antes de que todo esto pasara, porque su vuelta significa que tendré que buscar otro lugar donde vivir. Esta academia ya no será mi hogar, y son demasiados cambios para alguien cuyo único recurso

es un contrato de cuatro horas al día en un restaurante tailandés del Soho.

—Eso quiere decir que... —Siento que el aire se espesa y que la ansiedad aparece para paralizarme. No puedo evitar pensar que Violet destruirá lo poco que tengo, mi vida y todos esos sueños que aún están a medio cumplir—. Esto es demasiado...

—No creo que pase nada. Violet puede ser orgullosa, pero no es mala persona. —Busca mis manos y sonríe, consciente de lo mucho que todo esto significa para mí—. Solo tienes que hablar con ella y explicárselo. Estoy segura de que lo entenderá.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si lo único que viene a hacer aquí es recoger lo poco que queda de la memoria de su hermana y largarse a tocar el piano por el mundo? —pregunto en un arrebato de miedo repentino—. Tendré que empezar de cero, Lily. ¿Sabes lo que eso significa!?

—Tal vez es lo que necesitas para seguir adelante —sugiere, y yo soy incapaz de responder. Solo me llevo una mano al pecho, sintiendo el torbellino de emociones que gira dentro de mí—. No puedes seguir refugiándote en el recuerdo de Amelia toda la vida. Necesitas vivir; aún eres joven.

—Yo lo único que quiero es regresar en el tiempo —le digo con los ojos llenos de lágrimas—. La dejé ir aquella mañana, Lily.

—Pero tú no sabías que pensaba... —murmura—. Sé que es horrible, pero no puedes culparte por todo esto.

—Creo que es demasiado tarde para eso...

Lily se acerca un poco más y me abraza, y ese gesto me reconforta. No somos grandes amigas, pero gracias a Amelia, descubrí lo que significa la lealtad y el amor incondicional. Le agradezco que no haya desaparecido y que esté pendiente de mí.

—Bueno, te dejo. Debo regresar a la cafetería. Me he escapado un momento para contarte esto.

—Gracias por avisarme...

—No hay de qué. Solo cuídate, ¿vale? No me gusta verte encerrada aquí —comenta, y sé que lo dice de todo corazón—. Si necesitas algo, sabes dónde encontrarme.

—Lo sé...

—Luego te traeré algo de comer, y no te niegues. Sabes que lo haré de todas formas.

—Está bien... —asiento, y tras un largo abrazo, se marcha.

Cuando la puerta se cierra, la academia se sumerge de nuevo en un silencio que me devora, que no deja espacio para nada más que el dolor, la tristeza, el vacío y la incertidumbre. No sé qué pasará una vez que Violet llegue, pero temo que todo mi mundo, ese espacio seguro que construí gracias a Amelia, desaparezca, y que eso me obligue a regresar a ser la chica que vaga de piano en piano por las calles de la ciudad.



2

SOMBRAS DE UN SILENCIO COMPARTIDO

Violet

El avión aterrizó hace horas en Heathrow, con la lluvia cubriendo la pista de aterrizaje. Londres me ha recibido con el mismo tono gris con el que me despidió hace años, aunque nada es ni será igual que entonces. Le prometí a mi hermana que regresaría pronto a casa, que pasaría la Navidad con ella, pero eso nunca ocurrió, tampoco en los años siguientes. Me mantuve tan centrada en mí, en mi propia carrera y en mis sueños, que terminé por abandonarla.

Cuando recibí la llamada de Mark, hace unas semanas, anunciándome la muerte de mi hermana, me encontraba en Vancouver, en la academia de un amigo. Saber que Amelia, mi otra mitad, la que era una estrella por sí misma, se quitó la vida, me ha robado el alma y el corazón. Estos últimos meses estuve planteándome dejarlo todo y regresar a casa, centrarme en dar clases con ella y establecerme en Londres. Y ahora que estoy aquí, me pregunto ha tenido que pasar todo esto para darme cuenta de que dejé escapar lo que más me importaba.

Después de registrarme en el hotel y darme un baño, tomé un taxi que me guio por las calles de Londres rumbo a la academia. No he podido evitar recordar aquellos días en los que Amelia y yo caminábamos de un lado a otro. Cuando éramos pequeñas, lo hacíamos todo juntas. Íbamos a ser el dúo de pianistas más famoso del mundo, las *hermanas prodigio*. Nuestra madre siempre decía que teníamos una conexión especial, algo que ninguna otra persona podía entender. Y yo lo creí. Lo hice hasta que Amelia comenzó a distanciarse y acabó por romper todos nuestros sueños en común.

A lo largo de estas semanas no he parado de preguntarme si por aquel entonces ya estaba mal, si su decisión de quedarse en la ciudad fue el reflejo de su estado emocional. Me siento tonta por haber pasado los últimos meses discutiendo con ella por cosas absurdas, porque ahora guardo dentro una espina, un dolor que no podré arrancarme por más que lo intente.

Ni siquiera me doy cuenta de que hemos llegado a la academia hasta que levanto la mirada y la veo a través de la ventana del taxi. La lluvia no ha dejado de caer; es como si estuviera de luto y reflejara a la perfección mi estado de ánimo. No sé si alguna vez podré perdonarme por haber sido tan terca, por dejarme llevar por el orgullo y no haber visto más allá

de mis propias ambiciones. Ahora sé que, mientras yo viajaba por el mundo viviendo mi sueño, tocando en los mejores auditorios, ella estaba aquí, sumergida en un mar oscuro lleno de demonios que terminaron por arrastrarla hacia un final que aún me cuesta creer.

La última vez que hablamos fue hace semanas, y me pregunto si esa llamada improvisada y trivial fue una forma de despedirse de mí. Amelia me habló de una de sus alumnas; al parecer, era una joya, y se la veía ilusionada, feliz y motivada. No hubo nada fuera de lo común, ni una palabra que me hiciera sospechar del abismo en el que estaba. Tenía la ingenua esperanza de que, pese a la distancia, siempre estaríamos la una para la otra, pero es obvio que solo yo lo pensaba así, y que ella no quería que nadie, ni siquiera yo, supiera lo perdida que se sentía.

Decidida a seguir con lo que vine a hacer antes de encerrarme en el hotel y pensar en el próximo paso, pago al conductor y bajo del taxi, mientras la lluvia golpea mi cara. No llevo paraguas, así que me resguardo bajo el abrigo y corro hasta la puerta principal. Tardo un poco en encontrar la llave correcta en el manojito que Amelia me regaló antes de marcharme de Londres. Una vez dentro, el sonido de la lluvia se convierte en un eco que flota en el aire dejándome sin aliento. Todo está exactamente como lo recuerdo y, al mismo tiempo, no.

Cierro la puerta tras de mí, y el sonido de mis pasos rebota en las paredes vacías. Por primera vez en mucho tiempo, un espacio tan grande me hace sentir pequeña e insignificante. Mi hermana estuvo aquí hace apenas unas semanas, y, buscando esa conexión que compartíamos, acaricio las paredes con las yemas de los dedos, tal como lo hacía ella cuando era una niña.

Decido caminar, dejarme llevar por los impulsos de mi corazón hasta el salón principal, donde mi madre daba clases y pasaba horas tocando el piano, el mismo que ahora permanece en silencio. No dudo en apoyar las manos sobre la tapa, y al hacerlo, un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Fueron muchas las veces, que Amelia y yo tocamos juntas ese piano, sentadas, apretadas en la banqueta, con nuestras manos recorriendo las teclas en armonía, tal como mi madre nos había enseñado.

Un nudo se enrosca en mi pecho, y, aunque las lágrimas amenazan con desbordarse, me recompongo y sigo adelante. Por más que me pregunte por qué no confió en mí, ya no hay nada que pueda hacer para traerla de vuelta. Quizá haber estado aquí habría sido suficiente para evitarlo; podría haberla ayudado a encontrar otras soluciones, haberle tomado la mano o haberla abrazado hasta disipar su oscuridad.

La culpa es un veneno lento, y lo siento recorrer mis venas mientras observo cada rincón de este lugar. El piano, las partituras, las fotografías. Todo está congelado en el tiempo, como si su espíritu aún vagara por aquí, recordándose que sigue viva, al menos en mi corazón. Me siento en la banqueta del piano y rozo las teclas con los dedos temblorosos. Es la primera vez que mi cuerpo se niega a tocar, a romper el silencio que mi hermana ha dejado, y, presa del dolor, me levanto para ir al despacho donde mi madre solía encerrarse durante horas.

No sé qué he venido a buscar aquí, pero cuando abro la puerta, me encuentro con un montón de papeles desordenados y libros de música esparcidos por todas partes. Hay partituras a medio escribir, piezas que reconozco por la letra y firma de Amelia en la esquina superior. Mi mirada vaga entre el caos hasta detenerse en una fotografía vieja enmarcada sobre el escritorio. Es una imagen de nosotras dos, mucho más jóvenes, sonriendo tras el primer concierto de

Navidad que compartimos hace más de veinte años. La sonrisa de mi hermana brilla, y me pregunto en qué momento se rompió.

Son tantas las cosas que no sé, tantas las que temo que descubriré, que abrazo la fotografía contra mi pecho y decido, justo en ese momento, dejar las lágrimas correr.



3

ENTRE LÁGRIMAS Y LLUVIA

Violet

Londres sigue igual que siempre: gris. Han pasado varios días desde que llegué, y el dolor que cargo en el corazón no se ha disipado ni un poco. Al contrario, se ha intensificado, aferrándose a mi pecho como una garra fría que me deja sin aliento. Sé que debo seguir adelante, que es lo que mi hermana querría que hiciera, pero todavía no puedo creerme que no esté. Llevo mi teléfono conmigo a todas partes, por si fuera a llamarme en cualquier momento. Desearía que así fuera, porque entonces podría rectificar y pedirle perdón por las cosas que no hice cuando seguía viva, pero está claro que nunca será así y que jamás podremos hablar como lo hacíamos antes de que yo me marchase.

En las últimas horas no he parado de darle vueltas a la idea de que, si hubiera estado aquí, nada de esto habría pasado. Me gustaría retroceder en el tiempo, haber elegido otro camino, haberme aferrado a ella y no a mis sueños; haberla abrazado fuerte y dado toda la fuerza que a mí me sobraba. Haber sido su sostén, su casa, ese lugar seguro que pudiera apartarla de la oscuridad en la que vivía.

Cuando Mark me llamó para avisarme de su muerte, me quedé helada y paralizada. Estaba a más de diez horas de distancia y no supe qué hacer. Tardé días en reaccionar, tantos que Lily y él tuvieron que encargarse de su entierro. No estuve para darle el último adiós, para sujetar su mano y disculparme, para sacarme del corazón esta culpa. Ahora que estoy en el cementerio, sé que no encontraré más que un pedazo de piedra en el suelo, pero debo conformarme con esto.

Llevo más de diez minutos caminando y el trayecto parece interminable. Mis manos están frías a pesar de los guantes; me había olvidado de que el otoño de Londres tiene un filo capaz de cortar las mejillas y penetrar bajo la piel. Todo a mi alrededor parece distante, como si estuviera atrapada en una pesadilla propia de Halloween. Las lápidas se alinean a ambos lados, guardando sus propios secretos, pero yo sigo adelante en un intento de reunir el valor suficiente para enfrentarme a una realidad que sigo negándome a aceptar. La espesura de los árboles y las enredaderas hace que todo se sienta oscuro y lejano, como si no perteneciera a este mundo.

Mark me contó que Amelia fue enterrada junto a mi madre, y aunque hace mucho tiempo

de eso, no tardo en chocar con el nombre de mi hermana grabado en una de las lápidas. Me había olvidado por completo de que enterramos a mamá bajo un chopo, en un claro donde la luz del sol, en los días más vivos, se cuela a través de las hojas.

Necesito respirar profundamente varias veces para evitar caer al suelo, y avanzo unos pasos más, notando cómo me tiemblan las rodillas. No consigo controlar el temblor de mis manos mientras las apoyo en el suelo húmedo y leo una y otra vez su nombre, deseando que desaparezca. El aire a mi alrededor se vuelve espeso, cargado de una tristeza infinita, y aunque intento hablar, no puedo. Lo único que logro es dejar que las lágrimas corran por mis mejillas y lo inunden todo. El sentimiento que me embarga es horroroso, una mezcla de tristeza, egoísmo y culpa. Lloro por Amelia, pero también por mí. Por el tiempo que hemos perdido y que ya no recuperaremos. Por todas las cosas que no le dije, las conversaciones que no tuvimos y las veces que no le expresé cuánto la quería.

—Lo siento mucho, Mel... —Mi voz apenas se oye entre las lágrimas, y agacho la cabeza, cerrando los ojos con fuerza—. Lo siento tanto... —me disculpo, aunque ya es demasiado tarde y eso no cambiará nada—. Siempre estuviste para mí, siempre fuiste la fuerte, la que lo sostenía nuestro mundo. Nunca imaginé que llevabas tanto dolor dentro y yo... yo estaba demasiado ciega como para darme cuenta de cuánto sufrías.

Las lágrimas caen como ríos por mis mejillas y, al levantar la mirada, observo la lápida, con la cabeza repleta de imágenes de nuestras peleas, discusiones, lo que nos dijimos y cómo nos despedimos. Fui egoísta al juzgarla por quedarse aquí en Londres y no venir conmigo, por no permitir que el mundo conociera su magia al piano. Siempre pensé que eso era lo que ella quería, pero me equivoqué, porque ahora sé que lo que más necesitaba era quedarse en un lugar seguro.

—¿Por qué no me lo contaste? ¿Por qué no me dejaste ayudarte? —Mis manos se aferran a la piedra, como si pudiera sacarla de ahí, despertar su cuerpo dormido, reanimar ese corazón de oro que llevaba en su pecho. Pero es inútil, porque todo lo que haga no servirá de nada—. Podría...

Ni siquiera sé qué podría haber hecho, y eso es quizá lo que más me duele. La lluvia empieza a caer, primero en pequeñas gotas dispersas, luego en una llovizna constante que moja mi pelo, mi abrigo y todo a mi alrededor. Decido no moverme; embriagada por el sonido triste, aceptando que el cielo llora conmigo.

—No tenía que ser así... —susurro y niego con la cabeza—. Tenía que haber sido diferente. Yo... —El arrepentimiento me invade y un escalofrío recorre mi piel—. Amelia, te quiero, ¿me escuchas? —le hablo como si pudiera recibir mis palabras allá donde esté—. Sé que no te lo dije muchas veces, pero quiero pensar que lo sabías, que, a pesar de nuestros desacuerdos y la distancia, siempre lo supiste.

Me inclino hacia adelante y apoyo mi frente en la lápida. Todo lo que queda de ella está aquí, en este lugar tan vacío, y la realidad me revuelve el estómago. Nunca podré hablar con ella, abrazarla, arreglar lo que rompimos. Cierro los ojos y dejo que el agua de lluvia corra, llevándose consigo las lágrimas que irritan mis ojos.

—Os prometo que voy a cuidar de la academia. Voy a mantenerla en pie; no permitiré

que lo único que me queda de vosotras desaparezca. Os lo juro. —Esta vez ya no hablo solo para mi hermana; también lo hago para mi madre, cuya tumba reposa al lado, fría y distante como todas las que me rodean—. Te voy a echar mucho de menos, muchísimo. Pero espero que, donde quiera que estés, me ayudes a seguir adelante y no caer por el camino.

La lluvia se intensifica, y decido poner fin a esta visita. Ahora estoy sola; ya no me queda nadie en este mundo, pero debo seguir adelante. Tengo que aferrarme a su recuerdo y su fuerza para mirar hacia el futuro y ser esa mujer que ellas creían que era. Y, por fin, conseguir ser feliz.



Hace unas horas que llegué al hotel, y el dormitorio se ha convertido en una celda donde apenas puedo respirar. Todo se siente demasiado frío; echo de menos la calidez de un hogar, la sensación de pertenecer a algún lugar. He perdido la cuenta de las veces que he mirado el reloj, esperando que el tiempo pase rápido, por el contrario, todo se ha paralizado, envolviéndome en una burbuja donde la realidad se mezcla con los sueños y la fantasía fruto de mis deseos.

Durante la visita al cementerio lloré tanto que ya no me quedan lágrimas, solo un agudo dolor de cabeza y un cansancio inmenso que me impide tener ganas de hacer algo más que dormir, aunque mi mente no ha parado ni un solo segundo. Las imágenes de mi vida compartida con Amelia se repiten una y otra vez, como si alguien hubiera atado un proyector a mi conciencia. Siento que parte de mí todavía espera que ella aparezca, despertándose de esta pesadilla, mientras sonrío y me deja claro que todo esto no ha sido más que una broma cruel. Sé que eso no va a suceder, y la realidad me golpea una y otra vez en el centro del pecho, estrujando mi corazón y dejándome sin aliento.

No entiendo cómo es posible que el mundo siga adelante cuando alguien tan importante como mi hermana ha dejado de vivir. Cómo mi alrededor gira mientras las personas que la queríamos estamos rotas por dentro. Sé que debo armarme de fuerza y no permitir que esto me hunda, pero no sé cómo mirar hacia el futuro y sonreír. Hay cosas para las que nunca se nos prepara, y entre ellas está el perder a tu otra mitad. Amelia y yo éramos dos mitades de un todo, iguales pero diferentes, únicas y especiales. Aunque, al final, nuestras decisiones nos convirtieron en dos extrañas incapaces de mirarse a la cara. Y estoy segura de que, es precisamente eso, lo que seguirá doliéndome por el resto de mi vida.



4

LA MELODÍA DEL SILENCIO

VIOLET

Tras una noche envuelta en lágrimas y silencio, he dejado el hotel para dirigirme a la academia. El viento a esta hora del día es cortante, pero agradezco sentir la brisa fresca en el rostro. Las hojas secas se arrastran por las aceras a mi paso, y el cielo sigue igual de gris que siempre; algo me dice que pronto romperá a llover, porque el ambiente huele a humedad y a tierra mojada.

Desde que llegué, y ahora que Amelia ya no está, no he parado de evocar momentos vividos junto a ella. En cada esquina nos escucho reír, hablar de chismes del conservatorio o de tonterías de la escuela. Ella era mi persona, la que siempre me acompañaba a todas partes, la que sabía lo que me ocurría en esos días en los que me refugiaba en mí misma y no quería saber nada del mundo. Ahora, que no está, me siento vacía, sin rumbo ni un lugar al cual acudir. He pensado en visitar nuestra casa, pero saber que fue allí donde la encontraron me hace retroceder. Lo único que quiero evitar por ahora es estar rodeada de sus cosas, de las de mamá, de lo que quiso preservar.

Cuando mi madre decidió abrir la academia, eligió las inmediaciones de Hyde Park por sus vistas naturales. Contemplar los grandes árboles cambiando de color, el lago y el ir y venir de la gente, era perfecto para animar un edificio en el que solo se oía el silencio interrumpido por la melodía del piano. A mí me encantaba tocar mientras observaba el vaivén de las ramas, incluso ver a los pájaros volar en primavera. Amelia, en cambio, se distraía y mamá tenía que apartarla de las ventanas para que se concentrara en sus manos y en el instrumento. Recuerdo haber aprendido a tocar antes que caminar, sentada en sus rodillas, viendo mi reflejo en el brillo del piano.

El parque ahora se siente vacío, aunque sé que es mi estado de ánimo lo que me hace percibirlo de ese modo. Me habría encantado regresar en otro momento, cumplir mi promesa de volver por Navidad, haber tenido la oportunidad de contarle lo que me pasaba, mis inquietudes, mis dudas sobre seguir adelante con la orquesta o regresar a casa. Eso habría reducido nuestras diferencias, nos habría permitido hablar, disculparnos, despedirnos, quizá. Soy consciente de que, por más que me reproche no haberlo hecho, ya no tiene sentido, y eso es lo que me consume

por dentro.

A plena luz del día, el edificio de la academia parece mucho más grande de lo que recordaba. La tarde anterior, cuando vine, estaba en shock y apenas era consciente de lo que me rodeaba. Recuerdo que, cuando era niña, el lugar estaba lleno de vida, con niños que iban y venían, padres y visitantes entrando y saliendo por la gran puerta de madera. Ahora, todos esos recuerdos son fantasmas de un pasado que también me pertenece. Mi madre y Amelia hicieron de este lugar su hogar, su refugio, y nunca pensé que, sin ellas, me parecería un cascarón vacío.

Dentro, el silencio es abrumador. Apenas se oye algo del exterior, y mis pasos resuenan sobre la madera del suelo mientras recorro los pasillos. Es un edificio de tres plantas, pero aún me parece inmenso. Cierro los ojos por un momento, y mi memoria evoca el sonido del piano de mamá al entonar su pieza favorita. La vibración de las notas llenaba cada rincón, pero ahora parece que los muros han absorbido cada acorde, haciéndome sentir más sola que nunca.

No sé en qué momento creí que esto sería fácil para mí, porque claramente no lo es. Estar aquí es como estar dentro de un álbum de fotos repleto de recuerdos: las clases de mi madre, las tardes interminables que Amelia y yo pasábamos practicando, los festivales de Navidad que ella organizaba, los cumpleaños... Es extraño cómo la ausencia de alguien tan importante puede hacer que esos recuerdos se sientan lejanos, como si pertenecieran a otra vida y no a la mía.

Cuando llego al salón principal, situado a la derecha de la entrada y junto a la recepción, me encuentro otra vez con el piano de mi madre. Sigue cubierto de una capa de polvo, ahora más visible, olvidado y mudo. El corazón me da un vuelco cuando me acerco, y las manos me tiemblan mientras acaricio las teclas con las yemas de los dedos, intentando repetir una melodía que no puedo tocar.

Impulsada por una mezcla de nostalgia y dolor, me siento en la banqueta y respiro hondo antes de presionar una tecla con el pulgar. El sonido que sale es desafinado, seco, áspero, doloroso. No me sorprende, pero aun así intento seguir adelante con la pieza que tengo en mente. El sonido empeora, y la frustración me invade hasta que me pongo de pie, incapaz de comprender cómo Amelia permitió que se deteriorara tanto. Decido abrir la tapa en busca de una solución, pero lo que encuentro no son martillos descolgados ni cuerdas oxidadas, sino un conjunto de cuadernos escondidos entre ellas.

Alcanzo uno de ellos y lo hojeo por encima, descubriendo que no son simples cuadernos. Son los diarios en los que mi hermana escribía antes de irse a dormir. Al darme cuenta de que es muy probable que en ellos esté la razón por la que se vio impulsada a quitarse la vida, siento cómo mi corazón se detiene y mi respiración se entrecorta. No sé cómo me atrevo a abrir uno y leer su contenido. Solo sé que acaricio su letra con las yemas de los dedos y sonrío al darme cuenta de que hasta echaba de menos su caligrafía. Ahora que Amelia no está, me pregunto cómo fui capaz de pasar tanto tiempo lejos, cómo pude continuar con mis sueños sin tenerla cerca. Aunque, lo cierto es que vivir esos sueños nunca me supo tan maravilloso como los días en los que nos sentábamos juntas a tocar, sin importar el futuro, ni nuestros sentimientos.

A pesar de que una parte de mí se niega a seguir leyendo, mi curiosidad lo domina todo, y al final caigo en la tentación. Son solo unas líneas, pero logran para captar mi atención y dejarme sin aliento.

«Hoy ha sido un día demasiado duro. El profesor sigue pidiéndome que fluya, pero soy incapaz de hacerlo cuando su sombra cae sobre el piano. Yo no soy Violet, nunca seré como ella. Estoy cansada, y a veces pienso que habría sido más fácil que me gustara el violín o la flauta. Si solo fuera yo, Amelia, y no la hermana o la hija de..., todo sería más sencillo...»

Descubrir que Amelia se sentía obligada a ser como yo, a seguir los pasos de mamá, y que eso la agotaba, me sorprende. Me pregunto si se lo dijo alguna vez a nuestra madre, si en algún momento le confesó que se sentía presionada o si le pidió dedicarse a otro instrumento que no fuera el piano.

Durante unos segundos, lo cierro y me pierdo en mis recuerdos tratando de averiguar si alguna vez mi hermana se quejó de ser subestimada. Abrazo el diario contra mi pecho como si al hacerlo pudiera absorber todo lo que quedó grabado de ella en sus páginas y al abrirlo de nuevo, me doy cuenta de que lo único vivo que me queda de Amelia son estos cuadernos que ocultó a la vista de todos.



5

TODO LO QUE DEJÓ POR ESCRITO

Violet

Llevo sentada en la cama del hotel desde que llegué, observando los diarios que encontré en el piano, inmóvil. Los he amontonado sobre el pequeño sillón junto a la ventana, y aunque no los he abierto todavía, puedo sentir el peso de lo que contienen presionando mi pecho. Algunos son muy antiguos; las páginas están amarillentas, desgastadas por el tiempo. No he dejado de preguntarme qué habrá escrito en ellos, y cuanto más lo pienso, más nerviosa me pone. Amelia los escribía como lo hace cualquiera, para liberar sus emociones y pensamientos, aunque una parte de mí se siente celosa porque algo inerte sepa más cosas que yo.

La luz suave del atardecer se filtra por las cortinas e iluminan el dormitorio. Cierro las manos y aprieto las sabanas con los dedos. Aún no sé qué hacer con ellos, si leerlos o dejarlos intactos. Hacerlo sería profanar la memoria de mi hermana, invadir un espacio íntimo que decidió guardar solo para sí misma. Pero, ¿qué otra opción tengo? Ella ya no está, se quitó la vida, y ni siquiera sé por qué... No puedo seguir viviendo con tantas preguntas; me hacen falta respuestas, y perderé la cabeza si no las encuentro.

—Necesito ayuda... —murmuro para mí misma, con las manos temblando mientras me levanto de la cama y busco el teléfono sobre la mesilla. Necesito a alguien que me oriente, alguien con la mente clara que me diga qué hacer.

Las únicas personas con las que cuento en Londres son Lily y Mark, aunque con ella es mejor no hablar por el momento. Hay demasiadas cosas que nos duelen a ambas, muchas heridas por sanar, así que busco el número de Mark y escucho el tono de llamada. Él siempre fue como el hermano que Amelia y yo nunca tuvimos, el único que estuvo ahí para nosotras y nos apoyó, junto a su familia, cuando mi madre murió y nos quedamos solas. Si alguien puede entenderme ahora, es él.

Cada segundo de espera me parece eterno, y en entre esos instantes, mi mirada vuelve a los diarios, como si las palabras que Amelia dejó en ellos me llamaran, esperando ser liberadas.

—¿Violet? —responde Mark, con esa mezcla de sorpresa y calidez que siempre ha tenido

conmigo—. ¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

—Tranquilo, solo estoy en el hotel... —respondo. Mi voz suena extraña, vacilante, apagada—. Escucha, necesito hablar contigo, ¿estás muy ocupado?

Hay un breve silencio al otro lado de la línea. Siento que Mark percibe que algo no va bien porque escucho el eco de sus pasos y, de repente, el silencio se transforma en los sonidos de una calle peatonal.

—Ahora puedo hablar, dime, ¿qué pasa?

Respiro profundamente, con los ojos fijos en los diarios. Noto cómo mi garganta se cierra mientras intento encontrar las palabras adecuadas para explicarle lo que he descubierto. Finalmente, solo hay una manera de contárselo.

—Esta mañana estuve en la academia —comienzo a decir casi como si hablara para mí misma—. Cuando llegué a Londres, pasé por allí, pero no tuve tiempo de recorrerla con calma. Así que hoy me animé a hacer una pequeña visita y...

—¿La academia? —repite, y por un momento noto cierta tensión en su voz—. ¿Has estado en la academia de tu madre?

—¿En cuál otra si no? —respondo algo confundida—. Escucha, si estás muy ocupado, puedo llamarte en otro momento, o me llamas tú cuando tengas un descanso.

—No, no, tranquila. Es solo que... —murmura y de repente se queda en silencio—. Pensé que querías que te acompañara. Debe haber sido duro para ti ir sola...

—Bueno, es algo que tenía que hacer en algún momento, ¿no crees?

—Sí, claro... —La duda en sus palabras agita mi corazón. Por un segundo, me pregunto si Lily y él lo sabían—. Mark, encontré los diarios de Amelia escondidos en el piano de mi madre, ¿tú sabías algo de esto?

—¿¡Yo!? ¿De qué hablas? —Su reacción suena más natural ahora, lo que me confirma que no tenía idea de ello—. ¿En serio los tenía guardados ahí?

—Parece que era su caja de secretos... —medito en voz alta—. No lo sé. Tal vez pensaba que los encontraría, no sé. No tengo idea de qué hacer con ellos. ¿Leerlos o dejarlos? ¿Quemarlos o guardarlos en un lugar seguro...?

El silencio al otro lado se prolonga un momento. Puedo imaginar a Mark pasándose la mano por la frente, mientras camina de un lado a otro tan sorprendido como yo, buscando las palabras que necesito escuchar.

—Sé que esto es muy difícil, pero... —Lo oigo decir finalmente—. Si crees que leerlos te ayudará a comprender, a encontrar algo de paz, deberías hacerlo. Amelia lo guardó todo para sí, y quizá sea el único camino que tienes, que tenemos, para entender qué la llevó a tomar esa decisión.

Tiene razón, lo sé, pero el miedo a lo que puedan revelar hace que mi corazón se acelere.

—No puedo dejar de sentir que estoy traicionando su confianza, que estoy... profanando su memoria.

—No lo haces, solo buscas respuestas —me dice con firmeza—. Amelia te quería, lo sabes, y no querría que te atormentaras con preguntas sin resolver. Tal vez sean la clave para entender lo que la impulsó a quitarse la vida.

—Lily no lo aprobaría. Eres consciente, ¿verdad?

—Lily es Lily —responde con seriedad—. Pero esto no tiene que ver con ella. Se trata de ti y de lo que necesitas para seguir adelante.

—No sé, es que...

—Violet, hazlo. Si crees que te ayudará, que te dará paz, hazlo.

—¿Y si lo que descubro es peor de lo que imagino? —pregunto con el miedo devorándome por dentro—. No sé si podré soportarlo.

—Lo harás. Eres más fuerte de lo que crees.

Es mi decisión, y aunque me aterra, sé que Mark tiene razón. Mi hermana ya no está, pero quizás, a través de sus palabras, encuentre el cierre que tanto necesito. Aunque me lleve días o semanas leer todo lo que dejó escrito en sus diarios.

—Gracias, Mark. —Mi voz apenas sale, pero el alivio que siento es real—. No sé qué haría sin ti.

—Siempre estaré aquí cuando me necesites —responde y sé que lo dice de verdad—. Ahora debo irme, tengo trabajo, y le prometí a Lily que iríamos a cenar esta noche.

—Espero que lo paséis bien.

—Y yo espero que podamos vernos pronto. Sé que necesitáis hablar.

Cuelgo el teléfono sin contestar y el silencio de la habitación vuelve a abrazarme. Miro los diarios una vez más sabiendo que debo ser fuerte, que tengo que hacerlo porque esa será la única manera de cerrar las heridas que su muerte ha dejado, y me acerco para elegir uno al azar.

Mis manos tiemblan cuando lo sujeto, y una vez que me siento, respiro hondo y abro la primera página. Esperando que allá donde esté Amelia, me pueda comprender.



6

SOMBRAS COMPARTIDAS

Violet

El tiempo ha pasado volando a mi alrededor, mientras que afuera, Londres sigue su curso. Ya es de noche, todo el mundo estará reunido en sus casas, pero yo sigo encerrada en la habitación del hotel, con la cena que pedí enfriándose a mi lado. Hace unos minutos comenzó a llover, y las ventanas cubiertas de gotas reflejan las lágrimas que he dejado caer mientras leía. Ya voy por el segundo diario, y lo más doloroso que he encontrado en ellos es a una Amelia triste, una que no reconozco. Apenas tenía ocho años. Su letra no es la mejor, pero ya plasmaba en ella sus sueños y sus miedos. Por aquel entonces, mamá ya nos había dicho que estudiaríamos en el conservatorio, que ella debía centrarse en sus alumnos y aunque a mí la idea me emocionó, a mi hermana, no.

No sé si estoy preparada para descubrir la razón que la llevó a ocultarnos todo, pero Mark tenía razón al decir que esta era la única forma de encontrar respuestas. Es lo único que tengo ahora y, aunque temo lo que pueda hallar, sé que debo continuar.

Decidida a tomar un descanso, dejo el diario abierto boca abajo y me concentro en la bandeja de comida. Las patatas fritas están blandas y, aunque la hamburguesa no es la mejor que he comido en mi vida, es suficiente para llenar el estómago y evitar que me despierte con hambre por la mañana. Mark me ha enviado un par de mensajes, pero he evitado responder porque no quiero que tenga problemas con Lily. Quizás encuentre algo de tiempo los próximos días para contarle lo que he descubierto.

Me acomodo en el respaldo de la cama y, mientras le doy un bocado a la hamburguesa, retomo la lectura. Dentro hay detalles de su día a día en la escuela, algunas peleas tontas conmigo, sus deseos de convertirse en una gran pianista como nuestra madre. Cada página que paso es como adentrarme en un mundo desconocido, porque, por mucho que convivamos con alguien, nunca llegamos a saber completamente qué piensa, qué siente o qué desea.

Aunque éramos muy pequeñas, yo creía que éramos similares. Quizá porque nuestra madre nos inculcó esa idea, asegurando que nuestra conexión era inquebrantable. Cuanto más leo, más me doy cuenta de lo diferentes que éramos. Aquella niña que reía y gastaba bromas

conmigo era, en realidad, alguien torpe, triste y temerosa. Amelia luchaba, dividida entre sus deseos y lo que realmente era, y es posible que esa lucha la acompañara toda su vida.

«Las notas se mezclan en mi cabeza, pero no consigo concentrarme. Mamá dice que debo dejar que fluyan, que no tengo que preocuparme, que mañana, cuando me siente al piano, lo haré bien. Pero la presión es muy grande... A veces siento que me ahogo y nadie lo nota. Ni mamá. Ni Violet. No quiero ir al conservatorio, no quiero que vean que no soy buena. Me da vergüenza que los profesores...»

—La presión... —susurro, como si esa palabra me ayudara a encontrar algún momento en nuestras vidas en el que las obligaciones la desbordaran.

Muchos niños se paralizaban ante un piano, otros rompían a llorar, pero Amelia tocaba, y a mí me encantaba cómo lo hacía. Paso las páginas una tras otra, y esa palabra aparece repetidamente. Parece que la decisión de mi madre sacó a la luz su inseguridad, y que tener que enfrentarse a una clase llena de niños y profesores la aterraba.

«No quiero decepcionar a mamá, pero no sé si estoy hecha para esto. La música me gusta, sí, pero no de la misma forma que a Violet o a ella. Mamá vive por y para esto, hace que todo parezca fácil, se divierte, nació para el piano. Yo... Yo solo quiero escapar de su sombra, de tener que esforzarme por estar a su altura, de las comparaciones.»

Mis dedos se tensan y abro los ojos sorprendida. Nunca fui consciente de que vivía bajo la constante presión de ser hija de nuestra madre. Yo creía que eso la hacía sentir orgullosa, pero no era así. Sufría, y estoy segura de que no me lo dijo por pena o tristeza. Me hubiera encantado saberlo porque la habría escuchado y apoyado. Al menos eso pienso ahora. Tal vez en aquella época estaba demasiado concentrada en lo que me apasionaba, en seguir los pasos de mamá para ser una pianista de éxito, pero era mi hermana, la quería y aunque no deseábamos lo mismo, la habría abrazado fuerte y comprendido.

«Hoy, después de la clase, uno de mis compañeros hizo un comentario que no me gustó: ‘Es fácil para ti, eres la hija de una pianista famosa, seguro que has heredado su don’. No sé cómo explicarlo, pero sus palabras me dolieron. Yo no soy mamá, tampoco Violet. Ella sí ha nacido con el don, pero todos me miran como si yo también debiera tenerlo. Nunca podré alcanzarla, y no sé si quiero seguir intentándolo. A mí me gusta escribir, escuchar música, atender a los tonos y a los instrumentos. No me gusta que me observen, que se fijen en mí, que me juzguen. No quiero eso. Lo odio, y no sé cómo decírselo a mamá.»

«No soy mamá, tampoco Violet». Esa frase resuena en mi cabeza como una acusación directa. Nunca escuché nada, pero... es posible que ocurriera y yo no me diera cuenta. No puedo soportar la idea de que mi habilidad con el piano, mis éxitos en el conservatorio, algo que creí que compartíamos, la estuvieran aplastando desde tan pequeña.

Suelto el diario que tengo entre las manos y busco otro del montón con la desesperada necesidad de saber más, de encontrar felicidad entre sus páginas, momentos de esperanza que me digan que esas emociones tan tristes solo estuvieron presentes durante un breve periodo. Sin embargo, la alegría es fugaz, y siempre acaba oscurecida por una sombra que me pone la piel de gallina. Mi hermana no estaba bien, y fue la decisión de mi madre la que provocó que se fuera a pique.

«Hoy vi a Violet tocar en las pruebas para el concierto de Navidad. Ha estado impresionante, tan... viva en el escenario. Ojalá mamá la hubiese visto. Me pregunto si algún día podré sentirme así. Cada vez que me siento a tocar noto que me esfuerzo demasiado, como si fuera una impostora escondida bajo una capa de mentiras. Violet no tiene que preocuparse tanto, para ella todo fluye de manera natural. Pero para mí, la música, estar rodeada de tanta gente, es una batalla que nunca voy a ganar.»

Mis ojos se llenan de lágrimas al darme cuenta de que, para Amelia, tocar era una obligación, no una pasión. El piano que pensé que nos unía, era un recordatorio constante de que nunca podría alcanzar el sueño de ser como nuestra madre, y descubrirlo es tan doloroso que me cuesta respirar. Ojalá lo hubiera sabido, porque las cosas habrían sido diferentes entre nosotras. Jamás la habría obligado a continuar, nunca le habría reprochado nada y mucho menos obligado a seguir mis pasos.

«Hoy, antes de los exámenes, me senté sola en el aula de ensayos. No había nadie más que yo y el piano. Quería llorar, pero no podía, no quería sentirme débil. Según mamá, soy la más fuerte de las dos, la que puede con todo, pero estoy cansada. Estoy tan cansada de fingir... No sé si puedo seguir haciendo esto.»

«No sé si puedo seguir haciendo esto». Esa frase me atraviesa como un cuchillo, y de repente entiendo que esa fue la razón por la que sus notas en el conservatorio bajaron, por la que se negó a acompañarme con la orquesta a pesar de haber luchado para que ambas fuéramos aceptadas. No estaba bien, y yo le fallé como hermana. No luché, no le hice ver que eso no era lo importante, que lo que realmente importaba era ella por encima de todo.

Levanto la mirada y recorro el dormitorio como si estuviera atrapada en un sueño. En la academia de mamá encontró un refugio, un santuario. Se encerró entre esas paredes para aislarse de todo lo que le hacía daño, pero al mismo tiempo, se encarceló a sí misma al ocultar lo que le ocurría. Siempre pensé que teníamos la confianza suficiente para hablar de todo, pero supongo que, cuando esta enfermedad te consume el alma, lo único que deseas es evitar que quienes amas se hundan contigo.

Yo habría dado lo que fuera por estar a su lado, acompañándola mientras el silencio y la lluvia fría la envolvían, pero ahora ya no está, y no sé cómo enfrentarme al vacío, a sus recuerdos, al amor que me atraviesa y me duele tanto por dentro.

Cierro los ojos y me dejo caer sobre la cama, abrazando el cuaderno contra mi pecho. No sé qué hacer con todo lo que he descubierto. No sé cómo seguir adelante tras saber que mi

hermana sufrió desde que era una niña. Lo único que sé es que no puedo permitir que su historia termine aquí. Debo comprenderla, y aunque sea demasiado tarde para cambiar lo que pasó, descubrir quién fue realmente y contárselo al mundo.

«Nunca he sabido cómo empezó todo. Quizá fue por mamá, por verla tocar cada tarde en la academia o en alguno de esos conciertos de piano a los que ella nos llevaba. La música siempre ha estado conmigo, incluso antes de que pudiera entenderla. Desde que tengo memoria, me he sentido atrapada por las notas, como si hubiera nacido con esa necesidad de que mis manos y mis oídos siempre estuvieran cerca de un piano.

Al principio, era algo mágico. Los sonidos, los acordes, las melodías... Todo cobraba vida en las teclas, y cada vez que las tocaba, el mundo se hacía más grande, más brillante. Me hacía sentir viva, como si fuera capaz de crear algo que nadie más podía ver ni tocar. La música era mi refugio, mi manera de conectar, de pertenecer a algo más grande.

Pero luego, algo cambió.

Con el tiempo, la magia se fue transformando en peso. No sé exactamente cuándo pasó con exactitud. Quizá fue al empezar en el conservatorio, cuando cada movimiento de mis manos estaba siendo juzgado, cuando cada error parecía convertirse en un fracaso que no solo me afectaba a mí, sino a mamá... y a Violet. A todos.

La presión se fue volviendo insoportable. Tener a los profesores encima... recordándome con sus miradas que yo era una privilegiada, que no podía fallar, que nunca alcanzaría el estrellato, que no valía. Y a veces lo creí. A veces, llegué a pensar que tenían razón, que no merecía estar sobre un escenario, que mi lugar estaba entre las sombras, donde nadie pudiera verme.

Cada vez que pienso en pararme frente a un público, me siento desnuda, expuesta. No es miedo escénico. Es más profundo que eso. Es como si, al estar bajo los focos, la verdadera Amelia saliera a la luz, esa parte de mí que es frágil e insegura. ¿Qué pensarían todos si vieran lo que realmente soy? Yo no soy mi madre. Ella tiene esa fuerza, esa confianza. Yo... yo solo me siento pequeña.

No se lo he dicho a nadie. Ni a mamá. Ni siquiera a Violet. Con ella es diferente. Cuando estamos juntas todo parece más fácil. Como si la música volviera a ser lo que era al principio: una forma de sentir, de ser libre. Pero no puedo cargarle con esto. No sería justo. Ella cree en mí, y si supiera lo que realmente pienso, creo que la decepcionaría.

Amo la música, eso nunca cambiará. Pero, tal vez, no estoy destinada a vivirla como todos esperan. Quizás, mi lugar es ser la sombra de alguien más, no la protagonista. Quizás eso es lo que soy: una melodía que existe mejor en el fondo, acompañando a otros, sin que nadie la note demasiado.

¿Por qué duele tanto decirlo?»



7

LO ÚNICO QUE ME QUEDA

Elara

La lluvia no ha dejado de caer desde que me desperté esta mañana. El cielo está encapotado, gris, como si Londres hubiera decidido reflejar el caos que llevo dentro. Aunque Lily me ha aconsejado salir, sigo encerrada en el ático, sin ánimos de hacer nada, atrapada en esta burbuja de tristeza que me mantiene anclada a un pasado que me hacía sentir segura. Los días aquí son interminables, pero estar aquí me hace sentir conectada a Amelia. Cada rincón de este edificio me recuerda a ella, y aunque a veces el dolor es insoportable, es lo único que me queda.

Cuando vuelvo a los recuerdos con ella, siempre la veo hablar con amor sobre este lugar. Sonreía cada vez que mencionaba a su madre, los años que vivieron en el mismo sitio donde yo estoy ahora, y cómo todo cambió cuando se mudaron. Para Amelia, este era su hogar, el sitio donde aprendió a caminar y, aunque nunca lo dijo, creo que también era su refugio frente a la tormenta.

Estos últimos días, no he dejado de pensar en ella, en la forma en que hablaba del pasado y en su desazón. Ahora sé que me ocultaba mucho más de lo que imaginaba, pero en aquel momento, mis pensamientos giraban en torno a sus experiencias y emociones. Sé lo duro que puede ser llevar las cicatrices del alma, pero nunca vi en su corazón más que melancolía.

Con algo de ropa limpia, una toalla y lo necesario para bañarme, bajo las escaleras rumbo al piso de abajo para darme un baño en los vestuarios. No es que me apetezca mucho, pero ya tengo el pelo grasiento y la piel me pica. O hago algo al respecto, o terminaré como un cerdo revolcándose en su propia suciedad.

No sé cuánto tiempo paso en el agua caliente, pero al fin me siento un poco más aliviada. Parece increíble que solo haya estado unas semanas sin moverme de casa, porque mi cuerpo está tan resentido que hasta me duelen los huesos; las rodillas me tiemblan y tengo un nudo en el estómago que me recuerda las horas que he estado sin comer. No sé los minutos que pasan cuando escucho a mi estómago rugir y alguien golpea la puerta principal. Por un momento, me paralizó, me enrollé en la toalla y echo un vistazo por las escaleras. El impulso de correr al ático y encerrarme me invade, pero al escuchar la voz de Lily llamándome, respiro con alivio.

—¡Sé que estás ahí! —grita desde afuera—. Llueve un montón y he traído algo de comer. Te gustará.

Lily siempre ha tenido un sexto sentido para saber cuándo venir a verme. Suelto un suspiro y aunque no tengo ganas de verla, me arrastro hacia la puerta y la abro con el gesto agotado.

—¿Hoy no cenas con Mark? —le pregunto justo al hacerlo. Lily está empapada, con un paraguas a medio cerrar en la mano y una sonrisa que no oculta su preocupación por mí. No hace falta que lo diga, sé que ha venido por eso.

—He pensado que podríamos cenar juntas, ¿te apetece?

Asiento sabiendo que no tiene sentido negarme y me hago a un lado para que pase. Lily no me dejaría sola aunque se lo pidiera, y en el fondo, se lo agradezco. Ahora que Amelia no está, la soledad pesa demasiado y desearía tener una familia con la que refugiarme, otro lugar al que acudir.

Por un par de segundos echo la vista hacia la calle y sonrío al percibir el aroma a tierra mojada en el aire, pero desconecto una vez que cierro la puerta. Caminamos en silencio por las escaleras hasta el ático, y arreglo el desastre que hay en el sillón para instarla a que se siente. Si sigo con la toalla puesta pillaré un resfriado, así que me escondo tras el diván que separa el salón de la habitación y me coloco un pijama grueso que huele a lavanda y jazmín. El sonido de la lluvia es lo único que rompe el silencio mientras ella desempaca los platos y los coloca sobre la mesilla de té. Hoy tengo hambre, y se intensifica cuando percibo el aroma de la comida asiática; mi favorita.

—Mark te manda saludos —me dice en voz baja, ofreciéndome unos palillos—. Está muy ocupado estos días, pero no se olvida de los planes que hicimos para salir todos de fin de semana.

—Dile que no se preocupe. No es que tenga muchas ganas de hacer nada. —Mi respuesta no la sorprende, sin embargo, suelta un suspiro y se lleva un rollito de huevo a la boca—. Era un viaje que le ilusionaba a Amelia, que planeamos todos juntos, y ahora que no está, no tenemos por qué hacerlo.

—Bueno, en algún momento podremos. Cuando todo pase.

«Cuando todo pase», me repito para mí misma.

Aprovecho el silencio para comer unos rollitos vietnamitas y después la observo. Está más pensativa de lo habitual, y sé que guarda algo que no quiere contarme. La última vez que vino a verme, me anunció que Violet había decidido regresar a Londres, y aunque ya han pasado semanas, me imagino de qué se trata.

—Violet ya está por aquí —dice de repente, y yo levanto una ceja, confirmando que tenía razón—. Al parecer ha estado visitando la academia, ¿no has oído nada?

—¿Qué? ¿Cómo que ha estado aquí? —Me tenso y los palillos que sostengo se congelan en el aire—. No he escuchado nada. ¡Madre mía! —Me tapo la boca con una mano—. ¿Y si me descubre aquí? ¡Pensaré que soy una ocupa!

—Tranquila, creo que solo se sorprendería. —Lily trata de calmarme, y yo niego con la cabeza—. Sobre todo porque Mark y yo no le hemos dicho nada. Descubrió que Amelia tenía unos diarios escondidos en el viejo piano de su madre y, aunque no me gusta que lo haya hecho, está buscando respuestas en ellos.

—¿Los está leyendo? —pregunto asombrada.

—Si lo pienso bien, yo también lo haría —admite—. Su hermana se suicidó, nunca le contó cómo estaba, le ocultó todo. Yo también querría buscar respuestas e intentar entenderlo.

—Es una locura... —murmuro, y de pronto me invade la preocupación—. ¿Y si hay algo de mí en esos diarios?

—Es posible... —reflexiona—. Al fin y al cabo, tú y Amelia pasabais mucho tiempo juntas. Pero no creo que haya nada malo sobre ti. Tú fuiste muy importante para ella, así que no tienes de qué preocuparte.

Tan pronto como Lily dice eso, mi estómago se retuerce. Me asusta que Violet esté leyendo las memorias de su hermana, que encuentre respuestas que yo también me he preguntado y, sobre todo, que descubra aspectos de mi intimidad que solo Amelia conocía.

—¿Sabes dónde está durmiendo?

—Se hospeda en un hotel —comenta sin mucho interés—. Mark me ha insistido en que debería hablar con ella, reunirme como lo hago contigo, pero la verdad es que no tengo muchas ganas. Nuestra relación quedó dañada tras su pelea con Amelia, y no sé si quiero enfrentarla.

Aunque nunca le pregunté a ella por qué Violet no estaba presente en su vida, entendí que las cosas no andaban bien entre las hermanas. No se planteaba ni siquiera llamarla, y cuando hablaban, era todo distante y frío.

—Solo espero que no le dé por vender nada... —Me llevo las dos manos a la cara y suelto un suspiro mientras me paso ambas por el pelo.

—Creo que venderá la casa. —Cuando me giro a mirar a Lily ella se encoje de hombros y se muerde el labio inferior—. No me mires así, esa casa es vieja y es donde la encontraron... No querrás que la mantenga cerrada como un mausoleo, ¿verdad?

—A veces no sé si estás enfadada con ella o qué.

—Fuimos buenas amigas. Nuestro pasado está ahí, nos une desde siempre —me explica—. Pero piénsalo bien, ¿podrías vivir en el lugar donde Amelia murió?

Por la expresión en mi rostro, sabe la respuesta. Sin embargo, me tomo unos segundos para reflexionar y mirar a mi alrededor. Ahora mismo lo que más me importa es no quedarme sin techo, tener un lugar donde vivir.

—Reza para que no decida vender también la academia —menciono negando con la cabeza—. Si fuera por mí, no me desharía de nada. Me aferraría a cada cosa, a cada recuerdo.

—Una cosa es aferrarse y otra muy distinta quedarse estancada. —Me señala con el dedo

—. Cada uno lidia con el duelo de forma diferente, y para ella, ese lugar es como quedarse atrapada en el pasado. Además, ¿no has escuchado eso de que el hogar está donde residen las personas que amas? Amelia sigue viva en nuestro corazón, y así lo hará para siempre.

Me quedo en silencio mirando los platos de comida. No puedo aceptar que borrar su rastro físico sea la única manera de seguir adelante. Para mí, ella sigue aquí: en el ático, en el salón de ensayo, en la academia. Es lo único que me queda de su persona.

—No sé cómo puede hacerlo... —susurro sin darme cuenta—. Yo no podría. No quiero olvidar.

—No se trata de olvidar, Elara. Se trata de seguir adelante.

Cierro los ojos un instante abrumada por el peso de la conversación. No quiero seguir adelante si eso significa dejar atrás todo lo que fue para mí. Me siento atrapada en este dolor y me doy cuenta de que no sé cómo manejarlo. La sola idea de mirar al futuro sin ella me aterra.

—Aún no sé cómo —le confieso—. No sé cómo enfrentar esto, cómo seguir adelante sin su presencia.

Lily pone una mano sobre las mías y sonrío.

—No tienes que hacerlo sola. Recuerda que nos tienes a nosotros. Amelia nos pidió que te cuidáramos como a una más de la familia.

Mis ojos se nublan, pero me trago las lágrimas.

—Lo sé —murmuro, aunque una parte de mí se siente terriblemente sola.

Nos quedamos en silencio unos minutos más. Afuera, la lluvia sigue cayendo y los últimos rayos de luz han desaparecido. Me siento vulnerable, expuesta, pero al mismo tiempo agradecida de que Lily esté aquí, recordándome que puedo contar con ellos cuando los necesite. Que, aunque Violet decida vender la casa o cerrar la academia, Amelia seguirá con nosotras de alguna manera.

A veces las palabras sobran, y cuando Lily me abraza y me anima a seguir comiendo, caigo en la cuenta de que, si no estuviera pendiente de mí, no me quedaría más que este rincón apartado del mundo y unos sueños rotos esparcidos por el suelo.



8

EL PESO DE LOS RECUERDOS

Violet

Llevo varios días ocupada, inmersa en la lectura de los diarios de Amelia, explorando sus pensamientos, emociones y esos instantes oscuros que guardó para sí misma y que fueron acumulándose en su corazón hasta devorarla por completo. Me resulta casi incomprensible que, mientras yo vivía enfocada en las giras, conciertos, viajes y nuevas ciudades, ella se desmoronaba lentamente sin que nadie lo supiera. Cada página me ha acercado más ella su verdad, me ha permitido descubrir a la persona que creció conmigo y que se escondió bajo una máscara. Me está costando mucho, me está rompiendo en mil pedazos, pero es la única manera de entender lo que pasó.

Después de hablar con Mark y decirle que me sentía un poco abrumada, él sugirió que hiciéramos algo diferente, y decidí, finalmente, enfrentar una de las cosas que había evitado hasta ahora: regresar a casa. Esta mañana, cuando desperté, pensé que podría hacerlo sola, pero la idea de tenerlo a mi lado me reconforta.

—Cuando te marchaste, Amelia pensó que sería buena idea darle un cambio de imagen. —Mark, que camina junto a mí, señala las ventanas y la puerta—. Yo le dije que debía hacerla suya, pero creo que lo único que quería evitar era empezar de cero en un lugar desconocido.

A pesar del cambio de color, la casa se ve igual que siempre, aunque no despierta en mí la misma emoción de antes. Saber que aquí encontraron su cuerpo me revuelve el estómago; no puedo dejar de imaginar esa escena que nunca presencié, pero que mi mente recrea una y otra vez: Amelia en su dormitorio, sola, con el frasco de pastillas sobre las sábanas. El dolor de imaginarla en su último aliento me atormenta, y tengo que luchar contra el impulso de dar media vuelta y huir.

—Si necesitas tiempo, podemos esperar —dice Mark mientras rompe el silencio como si leyera mis pensamientos—. No tienes que hacerlo ahora.

Lo miro y asiento. Sé que esperar solo prolongaría lo inevitable. En algún momento tendré que recoger sus cosas, enfrentarme a los recuerdos... todo. No puedo permitir que lo que

hay en este lugar desaparezca bajo una capa de polvo con el tiempo.

—Vamos. Si no lo hago ahora, no me atreveré nunca.

Con el manojito de llaves todavía colgando de mis dedos, abro la puerta. Al cruzar el umbral, noto que la calidez que siempre impregnaba la casa ha sido sustituida por una sensación fría y estéril. La entrada sigue igual: los mismos muebles, el mismo papel pintado, los mismos cuadros de otoño en las paredes. Camino con cautela hasta cruzar el marco a mi derecha y llegar al salón. El viejo sillón de mamá sigue en el mismo lugar, al igual que el piano donde solía tocar. La única diferencia es una colección de fotografías que, sin duda, Amelia colocó aquí para recordar aquellos momentos llenos de felicidad y risas.

Mark me sigue de cerca y toma uno de los marcos para mostrármelo.

—Creo que es de la última Navidad que pasamos juntos. ¿Lo recuerdas? —pregunta, y yo intento hacer memoria. Han pasado tantas cosas desde entonces, tantas noches y días lejos de aquí, que todo parece una nebulosa en mi mente—. A Lily se le ocurrió la idea de que fuéramos juntos a la feria.

—Fue un par de semanas antes de que me marchara con la orquesta —digo, y él asiente—. En ese momento, yo todavía creía que ella vendría conmigo. Nunca me dijo que la idea de estar rodeada de gente la agobiaba... —añado, recordando ese pequeño secreto escondido en sus diarios—. Al parecer, no soportaba ser el centro de atención, y como nunca expresó su malestar...

—La única responsable de eso es ella —me recuerda Mark, con una sinceridad que me deja helada—. Sé que suena duro, pero... —Hace una pausa—. Nunca sospechamos que algo iba mal. Nunca dio señales. Era tan... normal.

—Es que lo era... —medito en voz alta—. Solo que nunca fue libre. A veces, la gente esconde muy bien lo que siente. Amelia era fuerte, o al menos eso quería que creyéramos. Pero me cuesta aceptar que nadie lo notara.

—De ser así, podríamos haberla ayudado.

—Sí...

El silencio regresa, y decido caminar por el salón. Me acerco al piano, el mismo en el que mamá nos enseñó a tocar cuando éramos niñas, y que fue lo primero que adornó esta casa cuando dejamos el ático de la academia para mudarnos aquí. Recuerdo claramente ese día, cuando nos contó que un amigo le había conseguido un lugar mejor donde vivir. Éramos muy pequeñas, pero fue un gran cambio.

Mark se queda a mi lado mientras acaricio las teclas, pensando en las veces que Amelia debió sentarse aquí, sola, buscando consuelo en la música.

—No os lo dije, pero... gracias por haberos hecho cargo del funeral —digo en voz baja, tratando de desviar mis pensamientos hacia algo más manejable—. Siento no haber llegado a tiempo.

Mark me mira y, con una mezcla de compasión y comprensión, acaricia mi hombro.

—No fue fácil para nadie —me responde—. Lily y yo quisimos hacer algo sencillo, algo que reflejara a Amelia. Elegimos su música favorita, la que siempre dijo que la hacía sentir libre. Había flores, muchas. El día fue... extraño. Despedirse de alguien como ella... parecía irreal.

—Si te soy sincera, yo no habría podido hacerlo —confieso con la voz apagada—. Incluso si hubiera llegado a tiempo, no habría podido estar allí. Aún me cuesta aceptar que ya no está.

—Cada uno procesa el dolor a su manera —dice con un tono tan suave que hace que me tiemblen las piernas—. No es fácil, Violet. Ninguno de nosotros estaba preparado para esto.

En ese momento, me abrazo a su cuerpo, y él me rodea con sus brazos hasta que casi desaparezco en ellos. Arriba, en su dormitorio, fue donde la encontraron, y solo de pensarlo se me pone la piel de gallina.

—¿Qué piensas hacer con la casa? —se interesa, y no sé qué decir.

La idea de quedarme aquí, de mantener este lugar, me parece imposible. Cada rincón está lleno de recuerdos, tanto buenos como malos, pero la presencia de mi hermana es tan fuerte que siento que no podría vivir aquí sin derrumbarme cada día.

—No lo sé —respondo finalmente—. He pensado en venderla. Quizá sea mejor empezar de cero, encontrar una casa nueva lejos de aquí. En Notting Hill, por ejemplo. No sé si podría vivir con todos estos recuerdos a mi alrededor.

—Puede que sea lo mejor —admite—. Pero no tomes una decisión apresurada. Tienes tiempo para pensarlo.

Me siento aliviada al escuchar sus palabras. Sé que tengo mucho que procesar y que no puedo hacerlo todo de golpe. Esta casa representa tanto dolor como amor, y decidir qué hacer con ella es una de las cosas más difíciles a las que me enfrentaré.

Nos quedamos en la planta baja evitando subir al piso superior. Ninguno de los dos menciona los dormitorios, porque ambos sabemos que es un territorio que no estamos listos para explorar y después de unos minutos más, nos marchamos, dejando atrás todo lo que nos pesa en el corazón.

Sé que este es solo el principio del largo camino que me queda por recorrer, pero no estar sola lo hace un poco menos aterrador. Aunque aún tengo muchas cosas que arreglar, como mi relación con Lily, que se rompió el día en que me marché y dejé que el orgullo me arrastrase por completo.



9

LAS MARCAS DEL TIEMPO

Violet

Hoy, a diferencia de días anteriores, los rayos de sol que se filtran por las ventanas del dormitorio me han despertado. Es algo inusual para esta época del año, pero me alegra que haya sido así, porque me ha impulsado a levantarme y animarme a salir.

Estos últimos días, además de continuar leyendo los diarios de mi hermana y ser consciente de cómo se deterioró su corazón debido a las obligaciones y el temor de fallar a nuestra madre, he estado reflexionando sobre qué hacer o no, y he tomado la decisión de vender la casa. Por mucho que represente nuestra historia, Amelia y yo hemos dejado de estar conectadas a ella, y hay demasiado dolor en cada rincón como para considerar pasar allí el resto de mi vida.

Después de unos minutos en una cafetería situada en la esquina, me dejo llevar por mis instintos hacia la academia. Han pasado pocos días desde que la visité, pero algo dentro de mí me empuja a regresar. Quizás Amelia quiera mostrarme algo, o quizá soy yo buscando cualquier cosa a la que aferrarme ahora que todo parece desmoronarse. A mi alrededor, las calles muestran un otoño cerrado, lleno de charcos y hojas secas por todas partes, y por un instante nos veo a ella y a mí saltándolos, riendo como dos niñas que no tienen más preocupación que soñar en grande.

Cuando llego al edificio, la fachada me recibe con el mismo aire de abandono que la última vez. A simple vista solo se ven las humedades provocadas por el clima, pero al acercarme, las grietas en la pintura y el deterioro en la madera de los ventanales cuentan una historia diferente. Me quedo parada un momento frente a la puerta, le doy un sorbo al café que he traído conmigo y saco las llaves para abrir.

El ambiente en el interior está cargado. Antes de cerrar la puerta, dejo el café sobre uno de los muebles y abro una ventana para que entre aire fresco. No sé cuánto tiempo lleva cerrada, pero no puedo permitir que el tiempo consuma lo que hay aquí dentro. En las visitas anteriores ya revisé toda la planta baja, así que hoy he venido con la misión de explorar otras áreas, lo que yo considero: el corazón de la academia.

Tomo mi café y subo las escaleras escuchando cómo crujen los escalones bajo mis pies. Amelia me contaba que la academia seguía brillando como cuando nuestra madre vivía, pero lo que descubro una vez que estoy arriba es muy distinto; todo está gastado, envejecido. Las paredes tienen manchas de humedad, los marcos de las ventanas están corroídos y los muebles parecen no haber sido renovados en años.

—¿También me ocultaste que las cosas aquí no estaban bien? —pregunto en voz baja, como si ella pudiera responder.

Recorro uno de los pasillos y observo las puertas que dan a los vestidores, donde los alumnos se preparaban para sus clases, y noto que nadie ha pasado por aquí en mucho tiempo. Todo está cubierto de polvo, como si mi hermana hubiera permitido que este lugar se marchitara con ella. Lo mismo sucede en una de las aulas de teoría; el suelo está desgastado, las sillas amontonadas y las pizarras apoyadas en el suelo. Me quedo en silencio preguntándome en qué momento Amelia dejó que todo se viniera abajo, y descubro la respuesta en unas telarañas colgando de un cuadro en la pared.

El café que llevo en la mano ya está frío, pero no me importa. La tristeza me invade al darme cuenta de lo mal que se encontraba mi hermana, tanto como para permitir que el sueño de nuestra madre se derrumbara así. Si me hubiera dicho que le faltaba dinero o que la academia estaba en problemas, la habría ayudado, pero ni siquiera eso quiso compartir conmigo.

Mis pensamientos se interrumpen por el sonido de mi teléfono vibrando en el bolsillo del abrigo, y decido dejar todo para bajar de nuevo las escaleras y situarme cerca de la ventana que abrí al llegar.

—¿Se puede saber qué haces despiertos a estas horas? —pregunto al contestar a Benjamin, uno de mis compañeros de orquesta, y con quien he estado viviendo en Vancouver desde hace meses—. Deberías estar descansando.

—¿Acaso eres mi madre o qué? —replica, y yo suelto una risa apagada—. ¿Cómo van las cosas por ahí?

Me quedo en silencio un par de segundos, mientras busco las palabras adecuadas. Pero, ¿cómo se responde a algo así? Estoy sumida en un caos emocional, intentando encajar las piezas que dejó Amelia, pero no tengo idea de por dónde empezar.

—Estoy... —murmuro finalmente—. Bueno, no estoy bien, pero supongo que pasará.

—El tiempo ayuda a sobrellevar las cosas, sí.

—Cuéntame, ¿cómo van las cosas por allí? —pregunto en un intento por desviar la conversación de mí—. ¿Ya están preparando los niños el concierto de Navidad?

—Sí. Aunque debo decir que te echan de menos —confiesa—. Me preguntan por ti casi a diario.

—Siento haberme marchado de un día para otro sin avisarles. O lo hacía así o no habría podido subirme al avión —le explico apoyándome en la ventana—. Las cosas no están siendo fáciles, y estoy descubriendo algunas que...

—¿Tan mal está todo?

—La academia de mi madre apenas se sostiene —le digo observando lo que me rodea—. Amelia nunca mencionó nada durante nuestras llamadas y...

—Vamos, seguro que no está tan mal.

—Hasta el piano de mi madre está lleno de óxido —le cuento—. ¿Sabes lo que significa eso?

—Que nadie lo ha tocado en años.

—Exacto... —suspiro—. Creo que mi hermana me ocultó muchas cosas para que no me preocupara.

—Lo haría para protegerte.

—Sí, bueno... —respondo agotada, negando un par de veces.

—Estoy seguro de que encontrarás la manera de arreglar todo. Tienes mucho que procesar, pero lo lograrás.

Sus palabras logran arrancarme una pequeña sonrisa, aunque sé que no es tan simple como dar una mano de pintura y cambiar los muebles.

—Ahora ve a dormir. Lo necesitas. Yo voy a echar un vistazo por aquí y regresaré al hotel.

—Cuídate, ¿vale? Sabes que estoy aquí.

—Lo sé. —Respiro hondo, agradecida por su apoyo—. Hablamos pronto.

La llamada se corta y, antes de poder reflexionar sobre lo que me ha dicho, escucho pasos en la entrada y veo a Mark. Sabía que estaría aquí hoy, y me alegra que siempre esté pendiente de no dejarme sola por mucho tiempo. Nos abrazamos y, en su calor, encuentro lo necesario para concluir esta visita que me ha dejado una sensación extraña en el pecho.

—¿Cómo está todo por aquí? —pregunta observando a su alrededor. Mira las paredes desgastadas, las ventanas envejecidas, y coloca sus manos en las caderas—. Vaya, no pensaba que la academia estuviera tan...

—¿Deteriorada? —pregunto levantando una ceja—. Cuando vine los primeros días, pensé que era un cascarón vacío, y no me equivoqué. Donde mires, se cae a pedazos.

—No sé cómo Amelia permitió que llegara a este estado. Podría habérmelo dicho, sabía que no le cobraría las reparaciones —replica con un tono algo molesto—. Pero bueno, ¿has pensado ya qué hacer?

Me quedo en silencio mientras lo invito a salir del edificio. Lo que parecía una mañana soleada, ha comenzado a cubrirse de nubes, y estoy segura de que por la tarde volverá a llover, tal como en las últimas semanas. La academia está desgastada, pero no está completamente perdida. Aún puedo hacer algo por ella.

—Quizá la restaure. Aún no lo he decidido, pero... —Mis palabras suenan dudosas, aunque algo en mi interior me empuja a hacerlo—. Tengo que ver si con lo que he ahorrado todos estos años puedo costearme una casa y todas las mejoras que esto necesita.

—De las mejoras yo me ocupo. —Levanta un dedo y me señala—. Tu hermana no me dejó ayudarla, pero sé que tú lo harás sin protestar.

—Va a ser demasiado... —digo negando varias veces—. Deja que al menos te pague la mitad.

—No. Has pasado por mucho, y un poco de ayuda te vendrá bien para seguir adelante. —Mark sonríe, y por primera vez siento que esa burbuja oscura que me rodeaba empieza a romperse—. Además, a mí tampoco me gustaría ver que este lugar termina sucumbiendo ante el paso del tiempo. Pasamos buenos momentos aquí, y sigue teniendo su magia.

—Tienes razón. Aún soy capaz de escuchar el sonido del piano de mi madre retumbar en mis oídos.

—Entonces, que no se hable más. Cuando estés segura, me pondré a ello —confirma y antes de cerrar la puerta echa un vistazo hacia arriba mientras le dedico una sonrisa a lo que son mis recuerdos más felices aquí.

Al final, esto no se trata solo de mantener vivo el recuerdo de mi madre o cumplir el sueño de mi hermana, sino de empezar a vivir por mí misma y hacer lo que realmente deseo. De encontrar ese lugar en el mundo en el que mantenerme firme, y dejar a un lado las inestabilidades y los miedos.



10

FANTASMAS EN LA LLUVIA

Elara

Las lluvias no han cesado, y empiezo a pensar que el cielo refleja mi dolor y tristeza. Las gotas golpean el cristal del ventanal del ático y se deslizan con suavidad, creando caminos que se bifurcan y enredan tanto como mis pensamientos. Mi mente está hecha un lío, todo está revuelto, roto, y sigo sin encontrar la manera de recomponerme. He seguido los consejos de Lily, he retomado la rutina que llevaba antes de que Amelia muriera: me he levantado temprano, desayunado, he dado un paseo... pero soy incapaz de tocar el piano. Empiezo a creer que con ella a mi lado me sentía capaz de todo, parte de algo más grande, pero ahora estoy atrapada en una burbuja de niebla que me ha hecho olvidar quién era yo cuando ella vivía.

A pesar de mis intenciones de mejorar, el ático es como una jaula para un pajarillo; una celda cómoda donde me protejo del mundo exterior, de los recuerdos que la ciudad guarda, de lo que los demás piensan de mí, de lo que se espera que haga o no. Sé que esta sensación de apagón repentino la comparto con Lily y Mark, pero cada vez que pongo un pie fuera de la academia, las piernas me tiemblan. Además, mis manos se niegan a tocar cualquier pieza, como si las notas se hubieran quedado atrapadas dentro de mí. Ya no soy la misma Elara de antes, y no creo que vuelva a serlo.

Tumbada en la cama, con los ojos puestos en el papel pintado que adorna este espacio, el sonido constante de la lluvia golpeando el cristal me adormece envolviéndome en una calma que contrasta con mi caos interno. A Amelia le encantaban los días así, grises, fríos, melancólicos. No puedo evitar preguntarme si su estado de ánimo era lo que la hacía sentirse más cómoda rodeada de silencio, aunque mi parte más fantasiosa prefiere creer que el sonido de la naturaleza la inspiraba.

Cada vez que cierro los ojos, revivo los últimos días que pasamos juntas. Violet busca respuestas en los diarios, mientras yo intento hallarlas en nuestros momentos compartidos. No entiendo cómo no lo vi venir, cómo no percibí que detrás de esa mirada llena de luz se escondía una tormenta tan grande que terminó congelando su mundo. Quiero pensar que estaba tan absorta en las lecciones de piano que no supe leer su necesidad de ayuda; igual que ella lo hizo conmigo.

cuando me descubrió tocando el piano a la salida del metro, cambiando mi vida para siempre.

Recordaré ese día hasta que muera, porque en su sonrisa vi un ángel. Se apoyó en el piano mirándome mientras movía mis manos sobre unas teclas pintadas y sucias. Cuando terminé, se sentó conmigo y tocamos juntas hasta que el sol desapareció y Londres se cubrió con los colores de la noche. Era verano, y por primera vez sentí que el destino me ofrecía una pequeña oportunidad de ser feliz, porque esa tarde ella se ofreció a ser mi maestra y yo encontré la calidez, por fin, de un hogar de verdad.

Todavía tengo grabada en el alma la melodía que tocamos; podría reconocerla incluso en medio del tráfico de la ciudad. Forma parte de mí, como los latidos de mi corazón o las heridas que llevo dentro.

Me llevo una mano al pecho y, durante unos segundos, todo se detiene. Lo hace porque esa misma melodía sube por las escaleras, filtrándose bajo la puerta, paralizándome. Me incorporo temblando, con los ojos llenos de lágrimas. Creo haber perdido la cabeza, pero no es así. Las notas son tan claras y familiares, es la pieza que Amelia tocaba para mí, pero ella ya no está... Y la verdad es tan real que duele, que me rompe, y sin pensarlo dos veces, me pongo de pie.

Con los pies descalzos, siento el frío del suelo subir por mis piernas mientras bajo las escaleras lentamente, temerosa de lo que me voy a encontrar al llegar abajo. La música aumenta en intensidad con cada paso, llenándolo todo, empujándome a seguir. Mi mente se nubla, y por un instante me dejo llevar por la melodía que suena más como un lamento que como un canto de alegría. Al llegar al último escalón, me detengo, incapaz de avanzar.

A unos metros de mí, sentada frente al piano, de espaldas, está ella, su hermana. Lily me dijo que ya se encontraba en Londres, que se había paseado por la academia hace unos días. Mi corazón se detiene al tiempo que mi respiración se acelera. Sé que no es Amelia y por eso me apoyo en la baranda de la escalera que conecta todos los pisos con el salón. Mis ojos se llenan de lágrimas, pero aun así, la observo una y otra vez, viendo el asombroso parecido. Su postura, la forma en que sus manos recorren las teclas, su cabeza inclinada, su pelo ligeramente cobrizo... Si no supiera de la existencia de Violet, juraría que estoy viendo un fantasma. Aunque mis emociones se arremolinan, y por un instante deseo perder la cordura y fingir que la mujer delante de mí es la mujer que quería.

—No seas tonta, Elara... —susurro, en un tono apenas audible.

De repente, todo a mi alrededor parece girar y desmoronarse. Siento una presión en el pecho que crece con cada segundo, y el aire comienza a faltarme. Sé que mis deseos no están bien, pero el dolor de su ausencia es tan fuerte que mi mente, en un intento por sanar, me hace pensar locuras.

Mis piernas se mueven solas, y en lugar de retroceder y subir, avanzo pegada a la pared queriendo verla de frente, para confirmar si de verdad eran tan parecidas como las fotos que Amelia me mostró tiempo atrás. Solo cuando los ojos oscuros de Violet se encuentran con los míos, el pánico me atraviesa como una flecha, y corro como si mi vida dependiera de ello.

No sé hacia dónde voy, solo sé que el sonido del piano resuena en mi cabeza mientras

atravieso el salón y agarro el pomo de la puerta principal, saliendo de la academia. Es tarde, pero no me importa. Los colores grises y desprovistos de luz me acompañan; la lluvia me golpea como una bofetada fría, pero no me detengo. Al contrario, corro sobre el pavimento mojado, huyendo de lo que sea que el destino me tenga preparado.

Ni siquiera sé a dónde me dirijo, solo avanzo y avanzo hacia la cafetería donde sé que Lily estará trabajando. Aunque escucho gritos a mis espaldas, cierro los ojos y sigo adelante, temiendo lo que podría pasar si me enfrento a esta situación.

Todo ocurre demasiado rápido. Al llegar a un cruce, giro para mirar atrás y en ese instante, algo hace clic en mi interior. Me he pasado semanas soñando con tener a Amelia de regreso, con que su muerte fuera una mentira, con que mis sueños siguieran intactos. En mi mente aparece Amelia diciéndome algo que no alcanzo a entender, y de pronto, el tiempo se ralentiza. Escucho el claxon de un coche sonar desesperado, veo unas luces acercándose hacia mí, y luego siento el impacto.

Sé que caigo al suelo, que la lluvia moja mi piel, pero cuando Violet me alcanza, todo empieza a tener sentido. Es algo que no puedo explicar, una conexión, algo invisible que nos une en medio de esta tormenta de dolor y tristeza que ha cambiado nuestras vidas. «Amelia...», pienso. Todo se conecta, todo gira en torno a nosotras, y con el roce de la mano fría de Violet sobre mi mejilla, cierro los ojos y me dejo llevar por la oscuridad. Con la música del piano como telón de fondo y una leve sonrisa dibujada en los labios.



11

SOMBRAS DE UNA ILUSIÓN

Violet

Sigo escuchando los latidos frenéticos de mi corazón, aunque el mundo entero parece haberse detenido a mi alrededor. Tengo el sonido del impacto clavado en la mente y no puedo dejar de revivir el instante en que el coche arrolló a la mujer que yace ahora entre mis brazos. No sé en qué momento se me ocurrió que correr tras ella era una buena idea. Me arrepiento de haberme dejado llevar por el impulso, porque ahora no puedo evitar sentirme culpable.

El golpe que lleva en la frente ha comenzado a sangrar y la lluvia, helada y densa, arrastra ese líquido rojo, que ya mancha su ropa. Apenas hay luz, y de no ser por las pocas farolas que iluminan la calle, me sería imposible ver más allá.

No puedo permitirme que el pánico me domine en un momento como este. Le doy unos toques suaves en la mejilla y me inclino para confirmar que respira, apartando su cabello mojado de la cara. Ni siquiera me había dado cuenta de que el coche que la ha atropellado se ha dado a la fuga, y que estamos rodeadas de vehículos que no se inmutan ante lo que ha pasado. No debe de tener más de veinte años, es casi una niña, y eso hace que mis emociones se alteren.

—Vamos, despierta, no puedes dormirte —le hablo, recordando lo que me dijo una enfermera cuando, de niña, Amelia y yo jugábamos como temerarias en medio de la carretera y tuve una caída en bicicleta—. Tienes que reaccionar.

El ruido de la lluvia no cesa, pero ahora nada de eso importa. Tengo que averiguar quién es esta chica y qué hacía escondida en la academia.

Con ella entre mis brazos, la arrastro con cuidado y esfuerzo hasta dejarla sobre la acera, fuera de peligro. Intento recordar las cosas que leí en los diarios de Amelia y, como por arte de magia, viene a mi mente un nombre: «Elara». Solo era una alumna, una chica con talento, a la que Amelia daba clases de piano gratuitas. Me quedo observándola, y sin saber si realmente es ella, saco el teléfono y marco el número de emergencias.

—Vamos, por favor... —murmuro, como si mis palabras pudieran hacer que vuelva a la realidad—. Abre los ojos.

Desvío mi atención mientras doy nuestros datos y sigo las indicaciones del operador al otro lado de la línea. Quiero llamar a Mark, pero desisto y guardo el teléfono en el bolsillo para no perderlo. No deben tardar mucho, eso me han dicho, y rezo para que sea cierto.

Durante unos segundos, que me parecen eternos, la observo y noto que lleva puesto un pijama. Hay cosas que Amelia nunca me contó, y ahora me pregunto si también omitió haber alquilado el ático. Sé que es improbable, porque los chicos me habrían avisado, aunque cabe la posibilidad de que ellos tampoco supieran nada de esto.

De repente, sus párpados tiemblan, y eso me hace sonreír. Un alivio breve y fugaz recorre mi cuerpo, pero tan pronto como ella levanta una mano y roza mi mejilla, todo se desmorona. Puedo ver en sus ojos claros una confusión y un dolor que reflejan mis propias emociones, haciéndome sentir tan expuesta que, por un segundo, quiero levantarme y abandonarla bajo la lluvia. Pero es obvio que no lo haré; solo alguien sin alma lo haría.

—Amelia... —murmura su nombre, y el suelo se desvanece bajo mis pies, tragándonos a ambas. Mi corazón se detiene y, en ese instante, las cosas cobran sentido. No me está mirando a mí; mira a Amelia, como si mi hermana estuviera viva y no enterrada bajo la fría tierra de un cementerio. Sus dedos helados se aferran a mi cuello con una suavidad que me hace temblar, incapaz de responder—. ¿...eres real?

Mi hermana y yo jugábamos, de niñas, a intercambiarnos la ropa y confundir a los profesores en la escuela; la única que nunca caía en la trampa era nuestra madre, pero jamás pensé que ese juego podría hacerse real en un momento como este.

—No... —intento hablar, aclarar quién soy, pero las palabras no me salen. Me siento atrapada entre mi yo y lo que fue mi hermana. Está delirando por el accidente y que aclararle las cosas solo empeoraría la situación, por lo que le sonrío—. Todo va a estar bien, ¿de acuerdo? La ambulancia ya viene.

Ella afirma, cierra los ojos y, tan pronto como lo hace, su cuerpo cae inerte en mis brazos. La noto respirar, pero lo hace de una manera tan débil que el miedo me paraliza. La desesperación me hace pararme en medio de la calle y levantar las manos. Por suerte, el sonido de la sirena de la ambulancia y las luces me advierten de que ya están aquí y eso me salva de lanzarme hacia algún coche en busca de ayuda.

—¡Aquí! —grito y mi voz se quiebra, ahogada por el ruido de los coches que siguen pasando.

Finalmente, el conductor frena y uno de los paramédicos corre hacia mí. Lo guío hasta ella y lo veo moverse rápidamente, revisando sus signos vitales.

—¿Qué ha ocurrido?

—La han atropellado —respondo sin añadir nada más—. Cruzó sin mirar y un coche la embistió. Lo único que alcancé a ver fue cómo caía contra el suelo y se hacía esa herida en la frente. ¿Va a ponerse bien?

—Su pulso es débil. ¡Matthew, la camilla! —grita, y de pronto, me apartan para continuar

con su labor. Los observo levantar su cuerpo, colocarle un respirador y llevarla hacia la ambulancia, después me miran—. ¿Quiere acompañarla?

Asiento, y una vez dentro, el tiempo parece detenerse y pierdo la noción de lo que ocurre a mi alrededor. Solo puedo mirar su gesto pálido, tan frío como yo me siento por dentro. Las lágrimas ruedan por mis mejillas y la impotencia me consume, inmovilizada en el asiento. Sé que no puedo cambiar nada de lo que ha pasado, que no puedo regresar en el tiempo. Estoy fuera de control y mis emociones me nublan demasiado como para procesar todo lo que está sucediendo.



12

ENTRE LA VIDA Y EL SILENCIO

Violet

El sonido de la ambulancia es lo único que llena el aire a mi alrededor. Todo ha pasado demasiado rápido; mi mente está en blanco y mis pensamientos no logran seguir el ritmo de los acontecimientos. Desde que la vi cruzar el salón de la academia corriendo descalza, hasta la persecución, el impacto del coche contra su cuerpo, el pánico que me atrapó y la sensación de que algo se rompía dentro de mí mientras la lluvia continuaba cayendo sin piedad sobre nosotros.

Ahora estoy aquí, sentada a su lado, mientras sujeto su mano sin tener muy claro quién es. La chica yace inmóvil en la camilla, con una mascarilla de oxígeno, mientras los paramédicos tratan de mantener estables sus signos vitales. El interior de la ambulancia es reducido y claustrofóbico para cuatro personas, pero mi mundo se ha reducido aún más, concentrándose solo en ella. Su respiración es débil, al igual que los latidos de su corazón y sus ganas de vivir. El golpe en la cabeza ha dejado una herida por la que pierde sangre, y su piel, pálida y fría, parece frágil bajo la luz blanca que nos rodea.

—No se puede morir... por favor...

Uno de los paramédicos me pregunta algo, pero apenas puedo reaccionar. Estoy aquí, aunque en realidad no estoy presente. El miedo me ha paralizado y, por primera vez en años, mi mente está en blanco. Solo siento un peso abrumador en el pecho, formado por la culpa y el temor mezclados con las emociones que he venido arrastrando desde que supe de la muerte de Amelia.

Me pregunto cómo he llegado hasta este punto y, mientras la observo, trato de entender por qué siento esta responsabilidad ante lo que está pasando. No la conozco. No sé quién es ni por qué estaba en la academia, pero hay algo en ella que me impide desentenderme y mirar hacia otro lado. Tal vez fue la expresión confusa en su mirada antes de desmayarse, las caricias que dejó en mi cuello o esa pequeña sonrisa que pude ver fugazmente en sus labios antes de nombrar a mi hermana.

—¿Estará... estará bien? —Finalmente mi voz sale, temblorosa, en un susurro apenas

audible.

Uno de los paramédicos me lanza una rápida mirada mientras ajusta algo en la camilla, y su silencio me pone la piel de gallina.

La ambulancia se sacude con fuerza al tomar una curva cerrada y, por un segundo, reparo en lo que ocurre fuera. En el caos, en el ritmo nocturno de una ciudad de Londres que parece indiferente a lo que sucede aquí dentro. La lluvia sigue cayendo con fuerza y, mientras permanezco encerrada entre paredes de metal, todo parece enorme, fuera de control.

—¡Mierda, se nos va! —Intento concentrarme en lo que pasa mientras uno de los paramédicos comienza a realizar compresiones en su pecho y otro le suministra oxígeno, mirando los monitores con el ceño fruncido—. El impacto debió de ser mucho más fuerte de lo que parece, probablemente dañó algún órgano —explica, como si yo pudiera entender sus palabras. Niego con la cabeza, sintiendo cómo el corazón se me hunde mientras soy consciente de lo que pasa—. Vamos, aguanta un poco, ya estamos llegando.

Después de lo que parece una eternidad, nos detenemos frente a la entrada de emergencias del hospital y las puertas traseras de la ambulancia se abren de golpe. El equipo médico la baja de la camilla y se mueve tan rápido que apenas consigo seguirles el ritmo.

Escucho que uno de los paramédicos me llama, y de pronto corro tras ellos, resbalando sobre el suelo mojado de la entrada hasta una sala repleta de gente que contempla la escena, tan abrumadora para ellos como devastadora para mí. Los médicos desaparecen tras las puertas que separan la zona de espera de la reservada al personal, y me quedo sola, en medio de la nada. El vacío me golpea con fuerza, y todo a mi alrededor se mezcla con lo que ha pasado. Mis piernas temblorosas apenas me sostienen, y sin darme cuenta, caigo en una de las sillas vacías.

El tiempo parece detenerse, aunque mi alrededor sigue a un ritmo constante. No puedo hacer otra cosa que revivir, una y otra vez, el momento en que el coche la golpeó y cayó al suelo. El frío de sus manos, el ritmo lento y casi inexistente de su pulso. Su voz... Todo se mezcla en mi mente y no puedo escapar de ello.

«¿Violet? ¡Violet, despierta! Todo va a ir bien».

Reconozco la voz que me saca del trance y busco a mi alrededor el origen, hasta que caigo en la cuenta de que está en mi cabeza. Es Amelia. Su recuerdo se aferra a mi corazón y lo envuelve, dándome calor. Ojalá estuviera aquí, porque solo ella tenía la capacidad de ahuyentar mis miedos y mostrarme una luz en medio de la oscuridad.



13

LAS PUERTAS QUE NUNCA CRUZAMOS

Violet

Ya ha pasado la medianoche, y sigo en el mismo lugar donde me senté cuando llegamos con la ambulancia y los médicos se llevaron a Elara apresuradamente. Al parecer, sí es ella; la policía me hizo firmar unos documentos para denunciar el atropello y me confirmó su identidad tras encontrar sus datos en el hospital. Cada minuto que pasa, mientras observo el reloj de la sala de espera avanzar, siento los nervios en aumento, y es lo último que necesito tras un día tan cargado de emociones. Lo único que sé de ella es lo poco que encontré en los diarios de mi hermana, y no logro comprender cómo Mark no lo sabía. Le he dado mil vueltas a esto, y tengo el presentimiento de que no me ha dicho algo por algún motivo.

Sigo sin noticias, y la espera es lo que peor llevo. Nadie ha salido a decirme si bien, si el accidente ha sido grave o si, finalmente, todo ha quedado en un susto. Los paramédicos mencionaron la posibilidad de que algún órgano estuviera dañado, y me preocupa que ahora esté debatiéndose entre la vida y la muerte.

No sé cuántas veces he revivido el instante del choque, pero intento distraerme en vano viendo algunos videos en redes sociales. Elara me confundió con Amelia y, aunque fue un shock en un primer momento, tengo la certeza de que ambas estaban conectadas de alguna manera. Mi hermana solo me mencionó que ella era una pianista talentosa, y me encantaría tener los diarios aquí, para descubrir si la relación entre las dos era profesional o si también les unía la amistad.

Que Elara viva en la academia implica que Amelia confiaba en ella y que quizá la chica necesitaba un lugar donde quedarse. Me gustaría saber por qué salió corriendo al verme; aunque, siendo sincera, comprendo su reacción. Yo también habría huido del “fantasma” de alguien conocido. No he llamado a Mark por la hora que es, pero le he dejado un mensaje que espero vea al despertarse.

La sala de espera se ha llenado de otros familiares. Hace media hora, una enfermera me trajo una manta al darse cuenta de que estaba empapada y tiritando de frío. Tengo los músculos agarrotados y, a pesar de los dos cafés de la máquina, sigo sin recuperarme del todo. Amelia me diría que deje de darle vueltas a lo ocurrido, que no ha sido culpa mía, pero estar sola con mis

pensamientos no ayuda en absoluto.

—¿Violet?

Levanto la cabeza hacia la voz que pronuncia mi nombre. No lo reconozco de inmediato, pero al fijarme en sus ojos y en el hoyuelo de su mejilla derecha, el pasado me golpea de lleno. Es Matthew, un antiguo compañero del conservatorio, alguien a quien no esperaba ver aquí, y mucho menos en medio de este caos.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

Su pregunta me desconcierta. No sé cómo explicarle lo que ha sucedido hoy, ni cómo abordar el tema de mi hermana, sus diarios y lo que estoy descubriendo en ellos.

—Para ser sincera, no lo sé... —respondo pasándome las manos por el pelo todavía húmedo—. No estoy pasando por mi mejor momento.

Guardamos silencio por un instante. Matthew me observa con esa mirada tranquila y comprensiva, como si intuyera más de lo que parece, y decide sentarse a mi lado. Siempre fue así, desde pequeño; recuerdo que tenía ese don especial para percibir hasta lo que otros no podían. Me rodea con un abrazo que, en un momento como este, me salva de caer en el abismo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, intentando romper el silencio entre nosotros.

Matthew suspira y me explica que está en urgencias por su hijo pequeño, Devin, que, al parecer, sufre problemas respiratorios. Mientras me lo cuenta, percibo lo mucho que han cambiado nuestras vidas desde los días del conservatorio. Ya no somos los mismos.

—Amelia me ayudó mucho con él —añade de repente—. Lo apunté a su academia porque su profesora me recomendó encontrar una actividad que lo mantuviera calmado y concentrado, por lo nervioso que es. Amelia se sentaba a su lado y le enseñaba a tocar. A Devin le encantaba.

Imaginar a Amelia en una escena tan tierna me llena de un sentimiento cálido que se expande y conmueve mi corazón. Me alegra saber que, a pesar de la tristeza que llevaba dentro, aún brindaba al mundo la luz que yo siempre vi en sus ojos. Sin embargo, que tuviera alumnos me sorprende, considerando el estado en el que he encontrado el edificio.

—Es una pena que la academia acabara cerrando —añade con tristeza en la voz, como si de pronto fuese capaz de leerme la mente—. No sé qué ocurrió, pero fue una lástima. Las pocas veces que me crucé con tu hermana... estaba cambiada.

—¿Cambiada?

—Sí, la noté bastante agitada y nerviosa —comenta sin entrar en detalles—. Tuve la sensación de que había discutido con alguien.

La idea de Amelia en una pelea me resulta extraña, e incluso absurda. ¿Con quién habría tenido un momento así? Apenas poseía nada, y solo su amor por la música daba sentido a su vida.

—Mi hermana no lo estaba pasando bien —le digo notando una presión en el pecho—. Nos lo ocultó a todos. Luchaba contra la presión, contra las expectativas y la sombra de nuestra madre —le confieso sin apartar la vista de mis manos—. No puedo imaginar quién podría querer algo de ella.

—No sé.

—Me habría encantado estar aquí, pero nos distanciamos y... —Hago una pausa—. El resto, me imagino que ya lo sabes.

—A veces —dice él—, la vida nos arrastra en direcciones que no esperamos. Nos alejamos de las personas que amamos sin darnos cuenta. Y cuando miramos atrás, ya es tarde para hacer algo al respecto.

Sus palabras me golpean, pero son tan ciertas que no puedo negarlas. Amelia y yo nos fuimos distanciando; dejé que el orgullo y nuestras diferencias nos separaran y ahora... ahora que ya no está, no hay forma de enmendar lo que dejamos a medias.

—Supongo que tienes razón...

—Lo único que podemos hacer es aceptar que fallamos, pero no dejar que el pasado nos robe el futuro. Debes perdonarte y seguir adelante, Violet.

La sala de espera queda en silencio tras las palabras de Matthew, y aunque me gustaría poder asegurarle que algún día seré capaz de perdonarme, tengo muy claro que no va a ser nada fácil.



14

CORAZONES OCULTOS

Violet

Las palabras de Matthew no han dejado de rondar en mi mente. La sala de urgencias está prácticamente vacía y solo quedamos unos pocos esperando. Sé que él tiene razón, que no debería culparme por algo que ya pasó y que no tiene remedio, que no debería ser tan dura conmigo misma; sin embargo, por más que lo intento, soy incapaz de evitarlo. Ahora se suma todo lo que ha sucedido con Elara, y tengo la mente y el corazón embotados como para poner atención en otra cosa.

Hace una hora que Matthew se marchó con su hijo, y me dio una alegría tremenda que el pequeño mejorara. Pude ver su sonrisa, reconocer en sus gestos los rasgos de su padre cuando tenía su edad, y también esa inocencia en sus hermosos ojos azules. Ojalá yo también pudiera regresar al hotel con la tranquilidad de que todo ha sido un susto, pero el tiempo que ha pasado no deja de hacerme temer que es más bien lo contrario.

He perdido la cuenta de los cafés que he bebido, pero me levanto a buscar otro. Al menos ya no estoy empapada gracias a la calefacción del hospital y a la manta que me ofrecieron las enfermeras, aunque desearía poder cambiarme de ropa.

—¿Violet Hemming? —Una voz firme llama mi atención. Me giro y veo a un médico cuya expresión es indescifrable.

—Sí, soy yo. —Cruzo los brazos, intentando reunir fuerzas, y me mordisqueo el labio para intentar calmar mis nervios—. ¿Está Elara bien?

El médico me mira por un momento y luego me guía hacia las sillas, donde nos sentamos.

—Su amiga ha tenido suerte —comenta con tono profesional, aunque veo preocupación en sus ojos—. No ha sufrido fracturas, solo contusiones leves y fisuras en un par de costillas. Temíamos que pudiera haber daño interno, pero su estado se debe a la desnutrición. El atropello produjo un gran estrés en su cuerpo y por eso sufrió una parada cardiorrespiratoria.

—¿Desnutrición? —pregunto sin acabar de entenderlo.

—Sí, pero... —Se detiene, y mi corazón también lo hace. Algo en su pausa me indica que la situación no es tan sencilla, así que respiro hondo preparándome para cualquier cosa—. La contusión en la cabeza es lo más delicado. Al caer contra el pavimento, se dio un fuerte golpe. Aún no podemos determinar el alcance del daño; sigue inconsciente, y será necesario monitorizarla de cerca en las próximas horas.

—¿Va a... despertar? —pregunto, con un nudo en la garganta y el miedo palpable en mi voz. El médico me mira con compasión y coloca una mano en mi hombro—. Dígame que sí.

—Despertará, pero no sabemos qué secuelas podría tener.

—¿Eso significa que...?

—Existe la posibilidad de que sufra pérdidas de memoria, entre otras cosas. Hasta que no despierte, no lo sabremos con seguridad.

—Está bien... —afirmo, aunque me siento como en automático.

Elara está viva, sí, pero no está fuera de peligro.

El médico se despide y me quedo en silencio, con una mano apoyada en el pecho mientras el peso del mundo cae sobre mis hombros. Una mujer que ha estado a mi lado me toca la espalda, y al girarme, me ofrece una sonrisa cálida que me llena de ternura.

—Tu amiga lo logrará, ya verás —dice en voz baja brindándome un apoyo inesperado que apenas puedo procesar.

—Espero que tenga razón...

Y la incertidumbre de no saber qué pasará, es lo que más me consume.



Después de insistir mucho a las enfermeras, he conseguido que me dejaran ver a Elara. No soy un familiar cercano, pero les dije que éramos grandes amigas y que ella no se hablaba con su familia. No me gusta mentir, aunque en este caso no había otra opción. No quería irme del hospital sin asegurarme de que estaba bien; el médico pasó hace unos minutos y dijo que debe descansar, y que yo también tendría que hacerlo. Regresaré al hotel, me daré una ducha y trataré de dormir un poco, si es que los nervios me lo permiten.

La habitación está en penumbra, y el único sonido que llena el aire es el zumbido constante de las máquinas que monitorean sus signos vitales. Ella yace en la cama, con la cabeza vendada y cubierta hasta el pecho por sábanas blancas. Ahora que la veo de cerca, noto las pecas que se esparcen por sus mejillas dándole un poco de color a un rostro que, hace unas horas, estaba tan pálido como la nieve.

Ojalá nada de esto hubiera ocurrido, que ambas hubiéramos podido sentarnos a hablar. Pensar que soy la responsable de su accidente, y de cualquier secuela que pueda tener, me consume. Nunca había estado en una situación como esta, y mis manos tiemblan mientras le

sujeto la suya y me siento en el sillón junto a la cama, observándola en silencio. Me gustaría tener los diarios de Amelia para descubrir más sobre ella. He estado tan concentrada en los que describen su infancia que he pasado por alto los más recientes.

De repente, mi teléfono suena rompiendo el silencio del dormitorio; una enfermera me hace señas de que lo ponga en silencio. Miro la pantalla y veo el nombre de Mark; son casi las tres de la mañana, y no sé cómo es posible que esté despierto, pero decido contestar.

—¿Violet? —Su voz suena asustada, y de inmediato me siento alerta, aunque estoy exhausta por lo ocurrido—. ¿Es cierto que Elara está en el hospital?

—Así que la conoces... —susurro y suelto un suspiro—. ¿Cuándo ibas a decirme que mi hermana le había alquilado el ático de la academia?

—Lo siento, es que... —murmura—. No sabía cómo contártelo. Además, Amelia le cedió el ático al enterarse de que Elara no tenía recursos para vivir en ningún sitio.

—¿Estaba en la calle?

—Al parecer, sí. —La respuesta de Mark me obliga a observarla de nuevo—. Amelia le daba clases de piano desde hace un tiempo, pero eso no era lo único entre ellas. Tenían una relación.

—¿¡Qué!? —exclamo sorprendida—. No me lo puedo creer. ¿Pensabas decirme algo cuando me la encontrara en la academia, o qué?

—Sé que debí habértelo contado antes, pero no es sencillo. Además, Elara le confesó a Lily que temía que la echaras si te enterabas de que vivía ahí —me cuenta afectado—. No sabíamos cómo decírtelo, especialmente con lo que has descubierto estos días.

—Jamás la habría echado...

—¿Me cuentas qué ha pasado? —pregunta algo más calmado.

—Bueno, es complicado... —suspiro y recuesto la cabeza hacia atrás—. Estaba en la academia, y de pronto apareció ella. Creo que le dio miedo verme allí y salió corriendo. Se le ocurrió cruzar la calle bajo la lluvia en mitad de la noche, y en un cruce, un coche la atropelló.

—¿¡Qué la atropelló!? ¡Dios mío! Dime que está bien.

—No tiene fracturas, pero sufrió un golpe fuerte en la cabeza, y los médicos no saben cuán grave será hasta que despierte —le digo la verdad—. Fue culpa mía. No debí haber corrido tras ella, pero no esperaba ver a nadie en la academia y...

—Tranquila. La culpa es mía por no habértelo dicho antes.

—Ahora ya no hay remedio —susurro, dejando escapar un suspiro.

—¿Te quedarás en el hospital?

—No. Necesito cambiarme y descansar un poco... —explico echando un vistazo a la habitación—. Los médicos han dicho que necesita descansar, así que aprovecharé para hacer lo

mismo. Estos días han sido agotadores.

—No te sobre exijas, ¿vale? —me pide.

—Haré lo que pueda... —respondo mordiéndome el labio sin mucho más que decir—. Te cuelgo. Voy a dejar mis datos a las enfermeras, por si necesitan algo, y regresaré al hotel.

—Nos vemos.

Finalizo la llamada y me quedo mirando a Elara. Ahora que sé que ella y mi hermana tenían una relación, todo empieza a cobrar sentido. Sin embargo, no puedo entender cómo fue capaz de hacer lo que hizo sabiendo a quiénes dejaba atrás. Me pregunto si esta chica estaba al tanto de lo que le pasaba o si Amelia también se lo ocultó. Quiero pensar que, al menos, tuvo a alguien que la comprendía, que estuvo para ella. Me acerco y, sin pensarlo, le acaricio el cabello aún algo húmedo por la lluvia. No sé por qué lo hago, pero me inclino y le doy un beso en la frente, como un intento de dejar ir parte de la tristeza que llevo dentro.

Lo único que puedo hacer ahora es esperar a que despierte y rogar que lo recuerde todo.



15

EL SILENCIO DE LAS PALABRAS NO DICHAS

Violet

El hospital sigue tan silencioso como lo dejé antes de volver al hotel hace unas horas. Me siento igual de cansada, o quizá más, y un dolor sordo de cabeza me atraviesa las sienes. Llevo semanas con la mente embotada con todo lo relacionado con mi hermana, al punto de olvidarme de mí misma; he estado alimentándome solo de café, y si mi madre me viera, diría que estoy convirtiéndome en un esqueleto andante.

Elara sigue inconsciente. Su cuerpo yace inmóvil y, por lo visto, no ha mostrado mejoría. Los médicos guardan la esperanza de que despierte en las próximas horas, pero me aterra lo que pueda ocurrir cuando abra los ojos. No sé si recordará todo o si el golpe en la cabeza habrá borrado parte de su vida; aunque quizás eso sería lo mejor, dado que ha perdido a quien era su pareja. Yo no soportaría algo así, me volvería loca, vagaría como un fantasma.

Pensar que mi hermana dejó atrás todo lo bueno que tenía oprime mi pecho. Ni siquiera la compañía de Elara calmó ese dolor, sanó esa herida que, según puedo entrever en sus diarios, comenzó a abrirse en su alma desde que era una niña. Hay demasiadas preguntas sin respuesta, aunque sé que en los diarios que dejó hallaré el eco de lo que no pudo decir en vida. Cada página revela una parte suya, de su auténtico ser; y aunque me duele leerlos, he aprendido que en esas letras es donde realmente existió. Poco a poco, empiezo a conocer mejor a esa mujer con la que compartí mucho más que una apariencia física. Ahora es cuando más consciente soy de ello.

Me siento en el sillón junto a la cama y saco de mi bolso el diario que he traído conmigo. Es uno de los más antiguos, con la cubierta de cuero desgastada y el año 2005 grabado en ella; las páginas, amarillentas por el paso del tiempo, conservan un marcapáginas un tanto deshilachado. Respiro hondo antes de abrirlo, y recorro con las yemas de mis dedos las páginas que, una a una, pasan frente a mis ojos. He aprendido a saborear cada letra, a disfrutarla, aunque sea de esta forma, porque sé que una vez que termine, los recuerdos que compartí con mi hermana se entremezclarán con una verdad que no sabía que existía. Me tomo unos segundos para que mi corazón se calme, y al ver su caligrafía, sonrío al notar lo mucho que cambió con el tiempo:

«Hoy he tenido uno de esos días extraños. No sé cómo describirlo, pero siento que algo en mí ha cambiado. Quizá sea porque los profesores han dejado de compararme con Violet o tal vez... por ella. Mi madre siempre dice que hay personas que llegan a tu vida para darle luz y color; creo que Sam es una de esas personas. Me alegra que nos entendamos, que le guste estar conmigo, que disfrute pasar su tiempo a mi lado y que... que le guste cómo soy. Nunca antes había tenido la oportunidad de tener una amiga así. Todos me juzgan por ser la hija de..., pero a Sam eso no le importa. Al contrario, me hace sentir afortunada y, en parte, feliz.»

«Sam», pienso. Me detengo unos minutos intentando recordar quién era esta chica, pero mi mente está ocupada con recuerdos de las clases, los ensayos para los exámenes y mis propios esfuerzos por ser la mejor. Por entonces, ya tenía una gran autoexigencia y trataba de superarme cada día un poco más. Amelia y yo pasábamos menos tiempo juntas, pues mi madre pidió que nos cambiaran de clase al ver que mi nivel era superior, así que apenas tenía idea de lo que ocurría en su aula del conservatorio.

Paso las páginas deteniéndome en un párrafo más extenso, y pliego mis piernas para formar un ovillo con mi cuerpo y seguir leyendo:

«Me pongo nerviosa cada vez que la veo entrar en clase. Es extraño, esto no me había pasado antes. Con las otras chicas es diferente, tengo una conexión distinta; pero con ella... todo parece más complicado. Ni siquiera sé lo que siento y eso me asusta. Me gustaría no ser solo una amiga para ella, quiero ser... importante. Como lo es Violet para Jacob. A ellos se les ve tan bien juntos. Mi madre dice que no se pueden forzar las cosas del amor, que todo ocurre cuando menos lo esperas y más lo deseas, y que el tiempo nos hará visibles para quien queremos, pero a mí me encantaría abrazarla, decirle que me gusta, que he soñado con besarla.»

Jacob era un chico encantador, con la cara cubierta de pecas y un talento para la danza que siempre me dejó asombrada. Nunca había visto a nadie moverse sobre el escenario así, como si surcara el aire. Nos conocimos durante un certamen navideño: yo tocaba el piano con la orquesta del conservatorio y él, junto con sus compañeras, bailaba al ritmo de *El lago de los cisnes*. Compartíamos la pasión por el teatro y por la poesía, y de esa afinidad nació un amor inocente, uno distinto a todos los amores que he conocido desde entonces, y que terminó con la llegada del verano. Fue mi primera ruptura, la que más te marca y la que deja una huella imborrable sobre la que se asientan el resto de relaciones futuras. Para mí fue muy complicado superar lo que pasó, aunque me centré en otras cosas que requerían mi total atención.

Ahora entiendo que Amelia ansiaba experimentar lo que yo vivía, deseaba tener lo que yo alcanzaba, soñaba con ser una chica normal, enamorada. No debe haber sido fácil para ella asumir que le gustaban las mujeres a una edad tan temprana. Nunca nos lo dijo ni a mi madre ni a mí. Yo descubrí sus preferencias sexuales cuando ambas teníamos veinticuatro años, y fue porque le comenté que me gustaba Idoia, una chica española que conocí en la orquesta. Este fue uno de sus muchos secretos, aunque al menos sí lo compartió conmigo.

«Hoy me he dado cuenta de algo. Samanta ni siquiera me ve como yo la veo a ella. Soy solo una amiga, alguien con quien comparte el almuerzo o se ríe de los cotilleos. Lo descubrí porque me contó que Michael, un chico de un par de cursos más, le ha pedido salir, y estaba demasiado emocionada. Me duele en el pecho y necesito llorar, me siento tonta. Yo creía que ella y yo podríamos tener algo bonito, algo que me hiciera sentir fuerte, completa, libre. ¿Será que me estoy equivocando y esto no es amor? Ahora, cuando pienso en ella, me avergüenza sentir esto. Creo que se me ha roto el corazón, y me alegra que mi madre me haya dejado estar hoy en casa. No puedo soportarlo cómo esto me ahoga.»

Amelia no buscaba cualquier tipo de amor; ansiaba algo que llenara ese vacío que tenía dentro, algo que aliviara sus inseguridades y la hiciera sentirse auténtica. Creía que había encontrado a alguien que borraba sus temores y le hacía sentir plenitud, pero Sam la decepcionó, y me pregunto cuántas personas más lo habrán hecho hasta que apareció Elara.

Dejo la lectura, cierro el diario y la miro; sigue dormida, ajena a todo lo que ocurre. Me pregunto si Amelia encontró en ella esa conexión profunda, la misma que podría liberarla de todas las expectativas que la aplastaban, de la tristeza por no creerse suficiente, por no haber cumplido con lo que nuestra madre soñaba para ella. Parte de mí se siente culpable por haberle pedido que me acompañara, por haber forjado sueños sin considerar sus propios deseos. Pero, al final, ella eligió lo que pensó que era mejor. Mi hermana era increíble, y me alegra que Elara apareciera en su vida, porque solo quienes tienen luz dejan huella en el corazón de los demás, y estoy segura de que nadie podrá olvidarla.

Mis ojos se nublan por las lágrimas y me paso las manos por ellos tratando de disolverlas. Me hubiera gustado que mi hermana tuviera una vida sin tristeza, sin dolor, sin los tonos grises de la oscuridad. Porque se merecía lo mejor, ambas lo merecíamos. Me duele que no tuviera la oportunidad de descubrir que el mundo está pintado de colores y que, aunque haya días negros, no duran para siempre.



16

ECOS Y SOMBRAS

Elara

La oscuridad se disipa poco a poco. Al principio solo noto un dolor pulsante en la cabeza, como si algo estuviera golpeando para abrirse paso desde dentro. Todo está confuso: sonidos, colores, sensaciones. Nada parece tener sentido mientras mis párpados luchan por abrirse. El silencio es denso, roto solo por un leve zumbido que no sé de dónde proviene.

«¿Dónde estoy...?», pienso. El dolor empeora cuando intento moverme y un gemido se me escapa sin querer. No sé qué ha pasado; me siento extraña, pesada, como si mi mente estuviera desconectada. El frío me rodea, pero noto la suavidad de unas sábanas contra mi piel. Cuando finalmente logro abrir los ojos, una luz tenue me confunde al principio, aunque pronto distingo el entorno. Estoy en un hospital; las paredes blancas, las máquinas, el olor... son inconfundibles. Apenas se escucha una voz, y trato de hacer memoria para descubrir qué hago aquí.

Lo último que recuerdo es estar en el ático, mientras observaba la lluvia caer, pensando en Amelia, en cómo enfrentar el futuro que me espera ahora que ella ya no está. La idea de obtener la beca para el conservatorio, aprobar los exámenes, convertirme en pianista y vivir de ello, se ha desdibujado, como un sueño que no estoy segura de lograr. Recuerdo la música del piano y la lluvia. Lucho por controlar mi respiración mientras la ansiedad me crece en el pecho. Mi cabeza late con fuerza, y cierro los ojos, llevándome una mano a la frente para disipar el dolor, donde noto una venda cubriéndome la frente. Al abrirlos y llevar la mirada hacia mi derecha, una imagen inesperada me deja paralizada. Mi cuerpo se queda lacio y el corazón me da un vuelco, dándome ganas de salir corriendo.

—¿Amelia...?

Está ahí, dormida en el sillón junto a mi cama. Su cuerpo se encorva como si hubiera velado por mí durante horas. Tiene los brazos cruzados y algo descansa en su regazo, un cuaderno o un libro, no puedo distinguirlo desde donde estoy. El corazón me da otro vuelco; mis labios forman su nombre y los sentimientos me invaden de golpe incapaz de procesarlos del todo. Noto las lágrimas al verla, y sonrío aliviada por tenerla a mi lado con esa serenidad suya

que siempre me hacía creer que todo estaría bien.

«Elara, Amelia... Amelia está muerta». La voz de Lily atraviesa mi mente, y siento una punzada en el pecho. La tristeza regresa, y rápidamente la confusión se disipa, y los recuerdos regresan a la velocidad de la luz, como un torrente de flechas que se clavan una tras otra, despertando una realidad que mi mente parece haber intentado borrar.

Es cierto, Amelia está muerta y yo podría estarlo también de no ser porque Violet me siguió bajo la lluvia. Cuando vuelvo la vista hacia la mujer en el sillón, suspiro. La semejanza entre Violet y su hermana es tan impactante que me cuesta creerlo. Había escuchado que los gemelos idénticos podían parecerse así, pero no creí que fuera tan real. Un nudo se me forma en la garganta y no puedo detener el llanto. Me pregunto si es egoísta desear y soñar, que Amelia siga viva, que esta mujer junto a mí sea ella, que no me haya dejado.

—Te echo tanto de menos... —susurro un poco más alto, y Violet se mueve en el sillón despertando poco a poco. De pronto, los nervios me encogen el estómago, y el miedo me provoca un temblor en las manos. Estoy a un paso de que toda mi vida cambie, y, presa del pánico, me aferro a lo único que quiero y que tengo: Amelia—. Por fin despiertas...

Violet abre los ojos por fin y fija su atención en mí. Sonrío intentando ocultar tras ese gesto el torbellino de emociones que no sé cómo controlar. Sus ojos son más oscuros, más serios que los de su hermana, y la confusión se apodera de su expresión mientras rezo porque mi actitud sea suficiente para que crea que la estoy confundiendo con Amelia. Debo haberme dado un golpe fuerte en la cabeza, viendo las vendas que la rodean. No sé si este juego saldrá bien, pero necesito intentarlo.

—Podría decir lo mismo... —murmura, y en el tono de su voz noto a una mujer muy diferente—. Has dormido durante cuatro días. ¿Cómo te sientes?

«Cuatro días», pienso, y me remuevo incómoda en la cama.

—Adolorida... —confieso—. ¿Qué ha pasado?

El gesto de Violet cambia, y soy incapaz de adivinar en qué piensa. Parece tratar de asimilar que lo he olvidado todo, que ahora la confundo con su hermana, así que levanto una mano y espero que la sujete entre las suyas, deseando que esa conexión disipe todas las dudas.

—¿No recuerdas nada? —pregunta con curiosidad al sujetarla, y yo finjo que no.

—Recuerdo que volvía al apartamento después del trabajo —improviso, rememorando uno de mis tantos recuerdos con Amelia—. Le pedí a Tim salir un poco antes; quería darte una sorpresa.

—Entiendo... —Violet traga saliva y vuelve la mirada hacia la puerta—. Voy a avisar a las enfermeras; les diré que has despertado. Los médicos querrán examinarte.

—De acuerdo, pero... espera... —No sé cómo me atrevo, pero tiro de su mano y la acerco para rozar mis labios con los suyos, dándole un beso que provoca algo dentro de mí—. Gracias por cuidar de mí.

—Y-Yo... —tartamudea y se queda pálida, soltándose de mi mano para alejarse como si la asfixiara estar conmigo.

Cuando atraviesa la puerta y desaparece, cierro los ojos dejándome caer sobre la almohada. Sé que es una locura, que esto no está bien, que soy una egoísta que solo piensa en sí misma, pero tengo miedo. No quiero que Violet me arrebatte lo poco que me queda de su hermana, y estoy segura de que cualquiera en mi lugar lo entendería.



17

UNA VERDAD OCULTA

Violet

No sé cómo describir la noche que he pasado. Elara despertó hace horas, y al hacerlo, me confundió con Amelia. Fingir ser mi hermana es confuso y desgarrador, pero no puedo hacer nada. Cuando los médicos llegaron esta mañana lo dejaron claro: «Tiene una pérdida temporal de memoria. Ha olvidado los eventos recientes por ser tan traumáticos». Aún resuenan en mi mente sus palabras, y sigo sin saber cómo soportaré los próximos días hasta que Elara recupere sus recuerdos y regrese a la realidad.

Llevo un buen rato de pie junto a la ventana, mirando la ciudad mientras ella descansa. Hace un rato hablé con Mark para contarle la situación, y casi se echó las manos a la cabeza al saber que los médicos me han recomendado que deje fluir las cosas. Al igual que yo, cree que esto es una locura y que no es justo que me pidan asumir el lugar de Amelia después de lo ocurrido. Me encantaría decir que no a este plan, pero no puedo oponerme a las recomendaciones médicas, no si eso significa que se pondrá bien.

Me vuelvo hacia Elara con lentitud y me muerdo el labio consciente de que en cualquier momento despertará y que, al hacerlo, mi mundo cambiará de nuevo. Solo pensar en reemplazar a Amelia en su vida me revuelve el estómago. No solo temo empeorar su estado, sino también que esta situación me supere hasta el punto de perder la cabeza.

Suelto un suspiro y me dejo caer en el sillón junto a su cama. Sé que murmura algo en sueños, pero estoy tan sumida en mis pensamientos que ni siquiera lo escucho. Me duele el pecho por la carga emocional que supone todo esto, y aunque los médicos me han recomendado no hacerla recordar, en mis manos queda quedarme a su lado o alejarme para evitar que esta farsa empeore.

—Amelia...

El nombre de mi hermana en sus labios me hace estremecer. No puedo ser tan cruel como para derrumbar su mundo. No después de todo lo que ha pasado. Tengo una responsabilidad y debo ser la adulta en esta situación. Me paso las manos por la cara y suelto un bufido, intentando

ahuyentar el malestar que se enreda en mi interior, pero solo consigo tensarme más. Cuando vuelve a llamarla en sueños, me acerco y le acaricio la mano, despertándola.

—Estabas teniendo una pesadilla —le digo. Sus ojos se encuentran con los míos, y me sonríe—. Hace un rato vinieron los médicos y mencionaron que, si todo va bien, esta tarde podrían darte el alta para que vuelvas a casa.

Ella sonríe débilmente, y en sus ojos veo una mezcla de confusión y ternura. Sé que esa mirada no es para mí, que me he convertido en un reflejo de una mujer que no soy, y no sé cómo actuar. Amelia y yo pasamos años separadas; no conozco su estilo, ni sus gestos, ni qué le gustaba o no. Es todo tan confuso y repentino que siento que en algún momento, voy a ahogarme.

—¿A casa? —pregunta, incorporándose un poco—. Pensé que insistirías en que fuera contigo —suspira, y los nervios explotan en mi interior. Fingir ser Amelia es nada en comparación con la idea de convivir juntas. Además, no quiero regresar a la casa donde hallaron a mi hermana muerta, y eso me paraliza—. Llevas tiempo diciéndome que el ático es un desastre y que debería mudarme contigo. Ahora que tienes una razón de peso, vas y no insistes.

«¿Cómo voy a hacerlo?», pienso llevándome una mano a la frente, tengo que encontrar una salida a esto. Me levanto y busco el teléfono para pedir ayuda a Mark, pero sé que esta vez no podrá salvarme.

—Solo... estoy preocupada —respondo intentando salir airosa—. Imaginé que querrías estar rodeada de tus cosas. Ya sabes que mi casa es un poco...

—Es el lugar donde creciste; para mí, es perfecto.

Consciente de que se encuentra sola en la academia, lo mejor es que esté bajo vigilancia en un lugar más acogedor. Sé que me costará horrores regresar a la casa de mamá, pero debo fingir que todo está bien. Asiento y le acaricio la frente con una mano.

—Tienes razón. Pero primero debemos esperar a ver qué dicen los médicos. De momento, iré a buscar algo de comer, ¿te parece?

Antes de marcharme, le doy un beso en la frente y, al salir, me apoyo contra la puerta mientras siento cómo mi corazón se resquebraja. Estoy condenando a Elara a vivir una mentira que tarde o temprano la destruirá, pero ahora, en este momento, no puedo arrebatarle lo único que parece mantenerla en pie. Me pregunto qué haría Amelia en mi lugar. Ella no está aquí, y si lo estuviera, tal vez me reprocharía estas cosas. Lo único que puedo hacer es seguir adelante y mantener esta ilusión hasta que su mente se aclare y recupere los recuerdos de esta tristeza que, poco a poco, nos consumirá a las dos.



18

EL PRECIO DEL ENGAÑO

Elara

El sonido de la puerta cerrándose tras Violet resuena en la habitación, y el alivio que siento es inmediato. Por fin estoy sola. No tengo que seguir fingiendo, al menos mientras ella esté fuera. Exhalo un suspiro profundo y dejo que mi cuerpo, tenso desde que desperté, se hunda en las sábanas. Fingir resulta mucho más agotador de lo que había imaginado.

Llevo una mano al vendaje que cubre mi cabeza; el dolor persiste, aunque ya es más soportable. Pero esa molestia no es nada en comparación con el torbellino emocional que me envuelve desde que abrí los ojos y me encontré frente a Violet. Fingir no es lo peor, lo más aterrador es que la mentira ha funcionado. Los médicos creen que he perdido la memoria y que mi mente, como medida de defensa, ha borrado los recuerdos de los últimos meses. A veces desearía que fuese así, porque al menos me ahorraría sufrir tanto. Violet cree que realmente la he confundido con su hermana y sigue el juego, probablemente porque es una buena persona.

Esta ilusión me ha dado algo de estabilidad, una especie de ancla. Me permite aferrarme a la idea de que Amelia aún está aquí, que la mujer que me salvó, que me enseñó a soñar y que confió en mí cuando nadie más lo hizo sigue viva, en lugar de... muerta.

Me vuelvo en la cama y el dolor físico se entrelaza con el emocional. Violet no merece esto, pero tampoco yo. Sin embargo, la confusión que me atormenta es tan densa, tan aplastante, que me aferro a esta mentira como a una tabla de salvación en un mar de desesperanza. Estoy perdida, no sé cómo seguir adelante y...

Cierro los ojos y permito que los recuerdos me inunden. La última mañana que vi a Amelia, me despidió con una sonrisa cansada. Me dijo que no se sentía bien, pero no pensé que fuera algo serio. Si hubiera sabido... Si hubiera entendido que sería la última vez que la vería con vida, la habría abrazado más fuerte, le habría rogado que no se fuera, que no me dejara sola. Pero no supe ver las señales. Horas después, Lily apareció en la academia con el rostro pálido y me dio la noticia que desgarró mi alma y derrumbó mi mundo.

El corazón me late frenéticamente al evocar a Amelia. Su risa, su amor por la música, la

forma en que me miraba mientras tocaba el piano... No sé cómo podría seguir adelante sin ella. Y ahora, Violet... Es tan parecida a Amelia y parece como si el destino se burlara de mí. Cada vez que la miro, la veo a ella, y aunque duele, también me reconforta.

Abro los ojos y miro al techo del hospital. Sé que este engaño no puede durar para siempre. En algún momento tendré que enfrentar la verdad, mirar a Violet y confesarle que estoy mintiendo, que no he perdido la memoria, que sé quién es ella en realidad. Pero no sé cómo hacerlo sin perder lo poco que me queda. Sin Amelia, no tengo nada. Mi vida estaba unida a la suya; mi futuro, mi sueño de entrar al conservatorio, todo estaba anclado en ella. Y ahora ese sueño se siente inalcanzable, irreal.

Me paso una mano por la cara y trato de espantar las lágrimas que están a punto de salir. No puedo derrumbarme ahora. Tengo un mes para recuperarme y prepararme para las pruebas del conservatorio; un mes para recomponerme. Pero cada vez que lo pienso, el vacío en mi pecho se ensancha. Amelia era quien creía en mí y, sin su apoyo, no puedo enfrentar el presente a solas. Violet es mi único vínculo con ella, y aunque sé que está mal y que es una traición, necesito que siga ocupando el lugar de su hermana un poco más. Solo hasta que logre encontrar la manera de enfrentarme a estos cambios. Quizás mañana encuentre el valor para decirle la verdad, pero hoy... hoy necesito aferrarme a esta mentira un poquito más.



19

LOS RECUERDOS DEL PASADO

Violet

Hace más de quince minutos que salimos del hospital para regresar a casa. El taxi avanza por las calles de Londres con una lentitud que agradezco. Elara está sentada a mi lado, parece tranquila, pero yo siento todo lo contrario. Tengo las manos metidas en los bolsillos del abrigo e intento que no note cómo me tiemblan los dedos al pensar en lo que está a punto de suceder. Vivir juntas no era algo que había contemplado; para ser sincera, llegué a la ciudad con otra intención, pero ahora solo me queda fingir y rescatar de los diarios y de mis propios recuerdos a esa Amelia que, me doy cuenta, nunca llegué a conocer del todo.

La casa —mi casa— fue mi hogar desde que nací hasta que me marché en busca de mis sueños. Era mi refugio, el lugar donde Amelia y yo compartíamos risas, sueños y, a veces, discusiones. Pero también es el sitio en el que la encontraron muerta. Cuanto más pienso en tener que vivir allí, siento el aire atrapado en mis pulmones y me asfixio. No soporto que Elara no recuerde nada de lo que pasó, que me haya visto obligada a afrontar este regreso. Aunque no es la primera vez que estoy aquí desde que volví a Londres, la idea de quedarnos aquí es algo insostenible.

Noto que el corazón me late con fuerza al ver cómo el taxi gira en una calle que reconozco. Ya estamos a solo unos metros. Niego con la cabeza un par de veces, queriendo resistirme, pero cuando miro a Elara, me doy cuenta de que no tengo alternativa. Ella confía en mí, o mejor dicho, en Amelia, y no puedo defraudarla.

Me tranquiliza que no perciba mi estado. Lleva todo el viaje observando por la ventana sumida en sus pensamientos, quizá mientras recuerda momentos compartidos con mi hermana en este lugar. Para ella, la academia y esta casa son mucho más que edificios: son el último vínculo físico con la persona que amaba. Para mí, sin embargo, este lugar es un mausoleo, un espacio en el que los recuerdos pesan tanto que no sé si podré soportarlos.

Al levantar la vista, veo que el taxi se detiene frente a la fachada del edificio de ladrillos rojos y ventanas blancas. A la tenue luz de las farolas, la casa parece congelada en el tiempo. Pago al taxista rápido, temiendo que mis emociones me impidan avanzar. Ojalá Mark estuviera

aquí, acompañándonos, suavizando este momento que me resulta tan frío y extraño. La última vez que estuve con él, las cosas me parecieron diferentes, y ahora son mucho peores.

Elara sale del coche y, cuando la sigo, me espera bajo la humedad de la tarde londinense.

—Ya estamos en casa... —murmura, entrelaza sus dedos con los míos y me dedica una sonrisa, mezcla de nostalgia y algo más que no logro identificar—. Esto parece irreal.

—Sí, lo es... —respondo forzando una sonrisa vacía. Tampoco puedo creer que esté a punto de hacer algo que, cuando estuve aquí con Mark, prometí que jamás haría, porque sigo pensando que lo mejor es vender esta casa—. Es algo increíble... —añado entre murmullos mientras busco las llaves en el abrigo—. Toma, abre tú, ya voy detrás.

Obedece y yo saco la mochila que llevé al hospital con algo de ropa y lo que pensé que Elara necesitaría, cosas que recogí en el ático. Estar en la academia, recorrer su apartamento y toparme con las fotografías de ella y Amelia fue como invadir una intimidad que no me pertenece. Es la misma sensación que tuve al volver a esta casa hace unas semanas.

Un clic seco señala que la puerta se abre, y nos recibe un hogar oscuro y frío, como si el tiempo se hubiera detenido en él. Al cruzar el umbral, una oleada de recuerdos me ataca. Puedo escuchar las risas de Amelia y yo jugando en el salón, las tardes en que el piano de nuestra madre llenaba el aire mientras nos enseñaba las primeras notas, guiándonos hacia un destino que un día creímos compartir.

—Creo que me instalaré en el cuarto de invitados —dice Elara y rompe el pesado silencio que flota en el ambiente—. Tu cama es demasiado pequeña para las dos.

Asiento incapaz de hablar. La sola idea de dormir en el cuarto donde el corazón de Amelia latió por última vez me eriza la piel.

—Sí, será lo mejor... —respondo en un susurro apenas audible.

Levanto la vista hacia el final de las escaleras que llevan al segundo piso, y sonrío brevemente. Amelia y yo las subíamos corriendo cientos de veces, cada vez que volvíamos de la escuela o del conservatorio. Era nuestra pequeña carrera diaria, que si ganábamos, nos daba derecho a una recompensa dulce en la cocina. Es triste recordar esos momentos y darme cuenta de cómo, poco a poco, la inocencia se fue perdiendo, y la distancia entre nosotras lo destruyó todo.

Con el cuerpo rígido y los recuerdos acorralándome, empiezo a subir los escalones, seguida de Elara, hasta que me detengo frente a la puerta. Apoyo una mano en el pomo y respiro hondo, como si girarlo fuera a desatar una tormenta de emociones que no estoy preparada para enfrentar.

—No puedo hacer esto... —murmuro, y siento cómo la respiración se me acelera. Estoy al borde de un ataque de pánico, el aire se vuelve denso, y cada respiración se convierte en un esfuerzo. Este lugar está lleno de sus recuerdos, de su sufrimiento, de esa oscuridad que terminó por apagar su vida—. Necesito salir... —dejo caer la mochila en el pasillo y suelto el pomo. Ahora no puedo estar aquí. A Elara le irá bien sin mí y lo que necesito en este momento no se

encuentra aquí—. Voy a la academia a buscar tus cosas, imagino que necesitarás más ropa — digo en voz alta sin esperar respuesta.

No sé si me ha oído, pero tampoco me importa. Bajo las escaleras rápidamente y abro la puerta buscando la bocanada de aire que me libere de la opresión que siento. La frescura de la tarde me envuelve y, por primera vez desde que salimos del hospital, siento que puedo respirar.

Me quedo apoyada en la puerta un momento. No puedo permitir que esto me supere; tengo que ser fuerte, por Elara y por mí misma, y por todas las cosas que aún me quedan por hacer.



20

HAY COSAS QUE NUNCA SUPE

Violet

La academia me recibe tal como la dejé hace no mucho: silenciosa y fría. Aunque no hay nadie y la música solo resuena en mis recuerdos, este lugar es el refugio que buscaba, el único donde ahora mismo puedo escapar del torbellino de emociones que se agitaron en mí al entrar en casa. No debí haber cedido a las recomendaciones de los médicos, debería haber hablado con Mark y con Lily, para que ellos se encargaran de esta situación. Ser mi hermana, cargar con el peso de su muerte y además tener que fingir frente a Elara me ha puesto entre la espada y la pared, y no poder expresar lo que siento con nadie me está destrozando.

Llevo horas pensando que quizás esta es una cruel lección del destino para hacerme ver que no soy la única que sufre en este mundo; todos tenemos sueños y cargas, y no hay nada asegurado. Hubo un tiempo en el que reproché a Amelia que se dedicara a enseñar después de tanto esfuerzo en el conservatorio. Ahora, con lo que sé, comprendo que fui una de las personas que contribuyó a que ella se sintiera infravalorada.

El día que discutimos no supe ver que necesitaba este espacio, refugiarse y encontrarse en la calma de la academia y de su hogar. Dije cosas hirientes y me arrepiento de haberle hablado así. Después hui, sin mirar atrás, me aferré a mi oportunidad con la orquesta y me fui para no enfrentar el dolor que me producía ver que no seguiríamos adelante con aquel sueño de la infancia. Lo hice tan mal, que ojalá pudiera pedirle perdón, aunque ahora eso es lo de menos.

Camino dejándome llevar por el impulso hasta esa sala en la que me he refugiado tantas veces durante estas semanas. He estado dándole vueltas a lo que haré con la academia, pero ahora sé que no puedo cerrarla. El frío de la calle se ha colado entre las paredes, y me encojo en el abrigo buscando algo de calor. En el bolso llevo el diario que leía el otro día, y aunque me aterra lo que pueda encontrar en sus páginas, mi necesidad de descubrir lo que sentía es aún más fuerte.

Repaso las hojas, encuentro algunos dibujos y recorro las palabras hasta que una frase me golpea como una bofetada: «He perdido el deseo de tocar; ya no puedo más.» Se me hace un nudo en la garganta porque entiendo que Amelia estaba agotada, que sus emociones la

sobrepasaban y que solo deseaba apartarse de ese dolor. Ella, quien se emocionaba conmigo cada vez que una tecla sonaba, que se ilusionaba al ensayar juntas, había llegado a este punto, y esa frase revela sin duda cómo se sentía.

«El piano, la música... ya no significan lo mismo para mí. Cada ensayo es un recordatorio de que estoy fallándole a mi madre, a mi hermana. No sé cómo detener esto sin decepcionarlas. Violet no para de hablar sobre el certamen, sobre ensayar juntas y lograr un dúo. Me encantaría tener fuerzas para hacerlo, sería maravilloso, pero... ¿cómo puedo intentarlo si al sentarme siento que quiero salir corriendo? Me doy asco. Los profesores tienen razón: no sirvo para esto, ni para nada, y debería escucharlos.»

Al leer esto, me invade una mezcla de ira y tristeza. Por primera vez desde que leo los diarios de mi hermana, me pregunto si también los profesores del conservatorio contribuyeron a que se sintiera así. Amelia, siempre tan tierna, vulnerable y emocional, pudo haber sido destruida por una autoridad que la hacía sentir insignificante. Y lo peor es que nadie se dio cuenta de su sufrimiento.

«El profesor DiSantis me dijo hace unos días: ‘No eres ni la sombra de lo que fue tu madre. Con este nivel, ni para maestra servirías, y me da risa que tu madre haya creído que sus dos hijas podrían brillar cuando es obvio que solo lo hace una.’»

La garganta se me cierra, y niego repetidamente. No puedo creer que él dijera algo así. Giano no era esa clase de persona; conmigo siempre fue respetuoso, serio y perfeccionista, pero no cruel. Repaso el fragmento una y otra vez, dejándome claro que él trató a Amelia de una manera distinta, como si la hubiera despreciado. Era un hombre con resentimiento que encontró en mi hermana una manera de desahogar su amargura.

—Maldita sea, Amelia... —Cierro el diario de golpe y me pongo de pie con las manos en la cintura. Me paso una mano por el pelo en un intento por encontrar en mis recuerdos de una mala acción, un gesto negativo, una reprimenda o un castigo de Giano hacia mi hermana. Por aquel entonces yo era una alumna más y veía en nuestro profesor a una figura a la que respetar y obedecer, pero solo era un mal nacido que usaba su superioridad como arma—. ¡Debiste decírselo a mamá!

Con este descubrimiento pesándome en el pecho, busco mi teléfono y llamo a Matthew; antes de irse del hospital la otra noche, me dio su número por si quería hablar algún día. El tono suena un par de veces hasta que al fin contesta, y yo suelto un suspiro de alivio.

—¿Violet? —pregunta algo sorprendido—. ¿Ha pasado algo?

—No, todo está bien... ¿Te he llamado en mal momento? —Me acaricio la frente y empiezo a caminar en círculos—. Qué tonta soy, es la hora de cenar. No habré interrumpido nada, ¿verdad? O peor aún, dime que no he despertado a tu hijo.

—Tranquila, estoy saliendo del trabajo. —Me calma—. Pero dime, ¿qué ocurre?

Respiro profundamente e intento calmarme antes de hablar. Su respuesta es importante; podría ayudarme a entender cómo el conservatorio destruyó el espíritu de Amelia.

—Quería preguntarte... ¿el profesor DiSantis fue muy duro contigo en el conservatorio? —Dudo un momento—. Sé que dejaste de tocar, y quería saber si él tuvo algo que ver.

Matthew mantiene el silencio durante unos segundos que me parecen una eternidad y yo me apoyo en uno de los sofás para estar más cómoda. Sé que lo que le he preguntado es algo muy personal, que es posible que no se lo haya contado a nadie, pero...

—Él no dejaba de recordarle de quién era hija —responde sin más—. La comparaba con tu madre, contigo. Le decía que si quería seguir sus pasos no podía continuar así, que jamás conseguiría tener un futuro en la música siendo tan torpe al piano —explica y después suspira—. Tu hermana era encantadora, tenía una manera especial de amar la música.

—Entiendo... pero, éramos pequeños, no sé. A lo mejor, todo fue un malentendido y vosotros lo visteis como un hombre demasiado duro —le digo en un intento por no sentenciar a nuestro profesor a la primera.

—DiSantis no era con todos como con ella —me cuenta de repente—. Era más distante, menos encantador, más frío.

—No lo puedo creer... Yo... —balbuceo sin saber cómo reaccionar—. ¿Por qué nunca me dijo nada?

—¿De verdad no sabías nada de esto? —me pregunta y yo niego como si lo tuviera delante—. El conservatorio fue muy difícil para muchos, pero para tu hermana al parecer, mucho más.

—Lo he leído en uno de sus diarios, y tú acabas de confirmarlo...

—¿Cómo es posible que no lo dijera? —pregunta y yo niego sin saber bien qué responder—. Amelia lo pasaba muy mal, ¿no notaste nada raro en ella?

—Ya sabes que yo estaba demasiado metida en mis cosas como para eso... —le explico y de pronto, las lágrimas acuden a mis ojos—. Me siento tan mal en este momento. Yo he llegado a donde estoy gracias a Giano y él, él le destruyó la vida a mi hermana. Le robó todo lo que la hacía feliz, ¡maldita sea!

—Siento que te hayas enterado así... de verdad.

—No te preocupes —suspiro y me seco las lágrimas—. Creo que ha sido Amelia la que ha estado guiando mis pasos este tiempo. Por alguna razón, cuando llegué, encontré sus diarios, también a Elara y ahora todo me encaja. Ella necesitaba decírmelo de alguna manera y...

—No sé quién es Elara, pero si quieres mi ayuda... —dice Matthew al otro lado de la línea—. Es posible que puedas saber dónde se encuentra DiSantis si visitas el conservatorio. Allí eres una gran estrella, no creo que te nieguen nada.

—Gracias por el consejo, Matthew. Y perdona por las horas. Me has ayudado mucho.

—Si necesitas algo más, ya sabes dónde encontrarme.

Cuando cuelgo, el dolor y la culpa empiezan a disiparse un poco. Aunque me siento mal por no haberme dado cuenta antes, ahora sé que ni mi madre ni yo fuimos responsables de la tristeza que se fue apoderando de Amelia. Y eso, aunque sea un pequeño alivio, me da algo de paz.



21

TEJIENDO MENTIRAS

Elara

La luz de un nuevo día comienza a filtrarse a través de las cortinas que cubren las ventanas de la habitación de invitados. Todo parece en calma, el silencio reina en la casa y extraño ese aroma a café recién molido que Amelia preparaba cada vez que me quedaba aquí. Desde que ya no está, he tenido que acostumbrarme a sentir cómo mi corazón se encoge cada vez que pronuncio su nombre y también, a esta soledad que me envuelve constantemente. Puede que ahora tenga a Violet, pero eso cambiará en cuanto descubra la verdad.

Con los pies descalzos sobre el suelo, me levanto y me acerco a la ventana para observar la calle desde la distancia. Hoy no llueve, pero el cielo sigue gris y debe hacer frío, porque el vaho de mi respiración empaña el cristal. Anoche me fui a dormir con la sensación de que, a pesar de los meses que compartí con Amelia, nunca llegué a conocerla del todo. Ella vivía una doble vida y, frente a quienes la rodeaban, se ocultaba tras una sonrisa que a mí me robó el alma. Lo nuestro fue fluyendo poco a poco, entre partituras y miradas cómplices. La amé por su forma de dibujar un futuro para mí, un porvenir en el que ni siquiera yo creía, pero sobre todo, por la alegría que transmitía en cada beso, abrazo y caricia. Ojalá hubiese sabido, aunque fuera solo un poco, que sufría y se consumía en su propia tristeza; habría hecho cualquier cosa por ayudarla.

Mi teléfono vibra sobre la mesita de noche y veo un mensaje de Lily preguntándome si estoy libre para hablar. Me muerdo el labio antes de tocar la pantalla y comenzar una llamada que sé que no será fácil.

—Buenos días... —murmuro, intentando disimular un bostezo.

—Por fin consigo hablar contigo —responde ella, preocupada—. ¿Estás bien?

—Sí, bueno... —Me llevo una mano a la cabeza y suspiro—. Fue una locura. Soy incapaz de recordar cómo llegué a la carretera...

—Lo importante es que has regresado a casa. Porque lo estás, ¿verdad?

Miro a mi alrededor y me muerdo el labio, sin saber muy bien qué responder. Sí, estoy en

casa, aunque en el fondo sé que no. La verdad es que nunca he tenido un “hogar” y es triste admitir que Amelia fue la única que me hizo creer en esa posibilidad.

—Tengo algo que contarte... —digo, sentándome en la cama.

—Mark me lo ha contado esta mañana —me interrumpe—. Sé lo de tu accidente gracias a él. También que supuestamente has perdido la memoria... —Hace una pausa intencionada—. Supongo que eso es cierto...

—Estoy bien, supongo que con el tiempo regresará...

Dudo un segundo en si contarle o no la verdad, pero... ¿a quién quiero mentir? Lily me conoce de tiempo, sabe que estoy en una situación crítica, que el hecho de que Violet haya regresado me pone en peligro y que haría todo lo que fuera por seguir adelante con la vida que tenía hasta hace cosa de unos meses.

—Solo quiero asegurarme de que todo va bien y que no necesitas ayuda.

—Tranquila, puedo yo sola... —le digo en un susurro—. Además, no estoy sola...

El silencio se forma al otro lado de la línea y soy incapaz de no mordirme una uña. Estoy cometiendo una locura.

—Lo sabía...

—¿El qué? —pregunto algo incómoda.

—No es cierto que has perdido la memoria, ¿verdad? —pregunta en un tono serio, y me llevo una mano al cuello incómoda—. Mira. Sé que Amelia te ayudó mucho, que gracias a ella dejaste ese cuchitril de apartamento en el que vivías y que fue, además, tu maestra. Pero Violet no es Amelia, y no puedes...

—¿Qué estás insinuando?

—No insinúo nada. Sé que tienes miedo, que estás sola, que te aterra mirar al futuro sin saber qué pasará. —Su tono se convierte en una regañina—. Sé que estás pasando por un momento muy difícil, pero fingir que has perdido la memoria... ¿de verdad crees que es la mejor forma de manejar la situación?

Me tenso al verme descubierta y aparto el teléfono de mi oído. No quiero seguir hablando de esto; mucho menos con Lily. Lo último que necesito es un sermón sobre lo que está bien y lo que no.

—No tienes idea de lo que estoy viviendo —respondo a la defensiva, sin poder evitarlo—. Amelia ha muerto, Lily. ¡Ha muerto! —le recuerdo—. Estoy completamente sola, sin familia, sin hogar, sin futuro. Lo único que tengo es un trabajo de pocas horas al día. Fingir que he perdido la memoria es lo único que me da un respiro. Solo necesito tiempo para ordenar mi cabeza, y también, mi vida.

Lily guarda silencio, y por un momento creo que me he pasado. Sé que he sido dura, pero es la verdad. Sin Amelia no tengo nada, y eso me aterra.

—Entiendo que no debe ser fácil, pero lo que estás haciendo... —Su voz ahora es suave como una caricia—. Te olvidas de que no estás sola en esto. Violet también está sufriendo; ¿te has imaginado cómo debe sentirse? ¿Cómo crees que es para ella verse obligada a ocupar el lugar de su hermana? ¿Lo has pensado!?

Sus palabras me golpean como un balde de agua fría y, por primera vez desde el accidente, pienso en Violet. Hasta ahora, solo he pensado en mí, en mi miedo, en mi necesidad de aferrarme a lo poco que queda de mi vida, en mi futuro. Estoy usándola, aprovechándome de su dolor para crear una burbuja que me permita protegerme y cuidarme sin pensar en el efecto que eso podría tener en ella.

—Sé que también sufre... —admito en un susurro, con la voz entrecortada por la emoción que he reprimido estos días—. Pero también necesita tiempo para procesar todo, para entender por qué las cosas terminaron así y encontrar la forma de seguir adelante.

—¿Y crees que ayudas a Violet obligándola a hacer esto? —Su enfado es evidente y abro los ojos al darme cuenta de que tiene razón—. Solo lograrás empeorar las cosas. Y espero que estés preparada cuando la verdad salga a la luz. Porque Elara, la verdad siempre se descubre.

—Solo necesito un poco más de tiempo... —respondo e intento convencerme tanto a mí misma como a ella—. Después... después le contaré la verdad. Te lo prometo.

—No tienes que prometerme nada. Ya no eres una niña que necesita que le digan qué está bien o qué no —suspira y me dejo caer sobre la cama abrazándome a la almohada—. Solo quiero que sepas que te digo esto porque me importas. Las cosas no terminarán bien si sigues por este camino. Violet ya perdió a una hermana, una parte de sí misma que jamás recuperará. No la obligues a cargar con una mentira...

Sus palabras me duelen. Jamás he querido hacer daño a nadie, y mucho menos a Violet. Pero tengo miedo. Me aterra estar sola, enfrentar la vida sin nadie a mi lado, regresar al punto de partida y encontrarme sola, sin nadie que me dé la mano y me diga que todo irá bien.

—Aún no estoy lista para enfrentar las cosas... —susurro, casi sin voz—. Pero lo haré.

Lily se queda en silencio, y en esos segundos me pregunto si realmente esto es lo correcto o si solo me estoy dejando llevar por el miedo, arrastrando conmigo el recuerdo de Amelia y también a la persona que ella consideraba "la más importante de su vida".

—Cuidate, ¿de acuerdo? Y si necesitas algo, ya sabes dónde estoy.

—Lo haré.

La llamada termina, pero las palabras de Lily resuenan en mi cabeza. Es cierto, la verdad siempre sale a la luz, pero por ahora me aferraré a esta mentira, porque enfrentar la realidad significa aceptar que lo he perdido todo. Y aún no estoy lista para hacerlo.



22

ENTRE EL DOLOR, Y LO QUE SE DEBE HACER

Violet

La noche se prolongó demasiado después de lo que descubrí. No pude evitar darle vueltas a lo que pasó desde que llegamos al conservatorio y comenzamos a recibir clases del profesor DiSantis. Nos adoraba, o al menos eso aparentaba, porque bajo esa sonrisa encantadora y ese talento para convertir a sus alumnos en los mejores, se escondía un ser podrido que llevó a mi hermana a un final que no merecía. A mí sus clases me fascinaban, aprendí muchísimo de él, y el simple hecho de saber que llegué a ser quien soy por su enseñanza, me repugna. Nunca llegamos a conocer realmente a las personas que están a nuestro lado, ni siquiera a las que más amamos.

Hace cosa de una hora decidí salir e ir a comprar algo para el desayuno. Después de lo ocurrido con Elara, el regreso a casa y la saturación de cabeza que tengo por lo de mi hermana, olvidé por completo llenar la nevera. En la bolsa que cargo conmigo llevo un poco de todo: un par de porciones de bizcocho de zanahoria, un café solo para mí, un par de zumos —que me ha costado una vida encontrar— y unas salchichas con huevos revueltos. Quizá sea mucho, pero espero que baste para empezar un día que, con suerte, no será tan pesado como los anteriores. Le he estado dando muchas vueltas a las cosas y, tal vez, enfrentarme a este caos me ayude a sanar el alma de mi hermana después de todo. Aunque sea demasiado tarde, se lo debo, así como también cuidar de Elara hasta que todo esté bien.

Con las llaves resonando entre mis dedos, me detengo un momento antes de entrar. Lo que está pasando es demasiado complejo como para asimilarlo, por eso he decidido no darle demasiadas vueltas y limitarme a hacer lo que debo hacer.

Al abrir la puerta, el aroma familiar a lavanda me envuelve, y cuando llego al salón, donde pasé la noche, me encuentro con Elara, cuya mirada se ilumina al verme antes de dedicarme una sonrisa. Sigo sin saber bien cómo tratarla y, aunque Amelia no dejó claro en sus diarios cuál era su relación con ella, solo puedo hacer una cosa: ser yo.

—¿Llevas mucho despierta? —le pregunto de espaldas, mientras coloco las bolsas sobre la encimera de la cocina—. Pensé en hacer algo de desayunar, pero la nevera estaba vacía y...

—Te me adelantaste. Pensé que podríamos salir juntas. —Al girarme, me sonrío dulcemente, y yo me muerdo el labio, pensativa—. No tienes que preocuparte por mí, apenas me duele nada, incluso podría con un par de bolsas.

—No es eso... —le digo y rompo la distancia, acercándome hasta que solo la isla nos separa—. ¿Te parece si nos quedamos aquí el resto del día? Después de lo que ha pasado, necesito un poco de calma y...

—Ah, sí, claro... —Elara se recoge el cabello hacia un lado, algo incómoda—. Perdona, sabes que soy muy enérgica y me cuesta estar quieta. Aunque, en realidad, tengo cosas más importantes que hacer.

—¿Cómo cuáles?

—¿En serio? —Cruza los brazos—. Las pruebas para la beca del conservatorio son en cuestión de semanas. Tengo mucho que ensayar, y tú, mucho que enseñarme. Sigo sin pillarle el punto a la pieza, y creo que me adelanto en un par de tiempos.

«Las pruebas para la beca», pienso, y ahora me cuadran las cosas. La última vez que hablé con Amelia, me mencionó a Elara, y me doy cuenta de que mi hermana no solo era su maestra, sino que la estaba ayudando a entrar al conservatorio.

—Estoy segura de que cuando te sientes al piano y toques, sabré cuál es el fallo. A veces, la más mínima tontería hace que la pieza entera se venga abajo —le aseguro, y me doy la vuelta para servir lo que he traído para el desayuno—. No sabía qué te apetecía, así que he traído un poco de todo.

—Ahora mismo me comería lo que sea. Siento como si llevara días sin probar bocado.

De repente, el silencio se instala entre nosotras. «Su estado se ha debido a la desnutrición», recuerdo, y la idea de imaginarla estando sin comer me inquieta. Sin decir nada, llevo toda la comida a la mesa y me siento a su lado.

—Ese jersey... —dice mientras sujeto el café y abro la tapa—. Te lo regalé por Navidad, ¿verdad? —Esta mañana no sabía qué ponerme y fue lo primero que cogí del armario al final del pasillo. Quería parecerme más a Amelia que a mí misma, pero no imaginé que fuese un regalo de Elara—. Creo que lo recuerdo, sí.

—Lo encontré en el armario y bueno... —respondo encogiéndome de hombros.

—Fue una pena no haber encontrado dos iguales; podríamos haberlos llevado a juego —comenta, y eso me saca una sonrisa espontánea. Elara me observa y se muerde el labio—. Me gusta verte sonreír, ¿sabes? Cuando desperté en el hospital, te vi muy seria.

Hay muchas cosas que me gustaría preguntarle a Elara; como si mi hermana le habló de Giano o le contó sobre su tiempo en el conservatorio. Me tomo unos segundos para pensarlo y le doy un trago al café mientras la idea me ronda. Tener que sostener esta mentira me está impidiendo conocer detalles de mi hermana que necesito saber, y eso me molesta.

—Estaba pensando... —murmuro finalmente— en ir al conservatorio un día de estos.

Quiero saber qué tutores estarán en el jurado.

—Es cierto. La última vez que fuiste, no te dijeron mucho —comenta pellizcando el bizcocho con los dedos—. Solo que no podían darte información y que era secreto. No me pareció nada profesional que te echaran.

—¿Cómo?

—Sí, bueno, tú y tu hermana fuisteis parte del conservatorio; os conocen —me explica mientras recoge las piernas sobre el sofá—. Te trataron como a una desconocida, y eso no estuvo bien.

Por alguna razón, siento un nudo en el estómago y mi cuerpo se tensa. Este podría ser el momento perfecto para saber si Elara conocía el acoso y los malos tratos que Amelia sufrió en el conservatorio, pero el tema me inquieta profundamente.

Dejo el café y me acomodo en el sofá igual que ella, mirándola directamente.

—Hay muchas cosas de mi época en el conservatorio que no sabes —le digo, apoyo un codo en el respaldo y descanso la cabeza en mi mano—. Mi hermana y yo, entramos cuando éramos pequeñas. En principio iba a ser nuestra madre quien nos enseñara, pero al abrir la academia, le fue imposible y nos inscribió con la idea de que fuéramos grandes músicos. —Hago una breve pausa—. Pasamos años allí, y...

—Lo sé, me lo contaste el día que hablábamos de las becas y esas pruebas de nivel —me recuerda, y yo bajo la mirada, tratando de encontrar las palabras—. Me confesaste que los estudios allí son muy duros, que hay niños prodigio con un talento increíble, como tu hermana...

—Yo no... —Me quedo paralizada al darme cuenta de que mis palabras han salido antes de poder contenerlas, queriendo interrumpirla para negar que yo fuera una niña prodigio—. Quiero decir, que no te conté todo.

—¿Todo?

—Sí, bueno... —Me remuevo en el sofá y suspiro—. Yo, como muchos niños, sufrí los desplantes de un profesor que daba clases en el conservatorio —confieso, a sabiendas de que es verdad. Elara abre los ojos y el bizcocho queda olvidado; toma mis manos, ligeramente manchadas de azúcar, y su expresión cambia—. El profesor DiSantis era uno de los mejores. A Violet le encantaban sus clases, pero a mí...

—¿DiSantis? ¿Ese no es...?

—Él se pasó el tiempo recordándome que jamás sería como mi madre, que nunca alcanzaría el nivel de mi hermana, que no merecía nada más que...

—Espera, ¿hablas de Giano DiSantis? —Asiento varias veces—. ¿No es él el profesor que abrió su academia cerca de la tuya y te invitó a formar parte de su equipo?

Elara nota mi reacción, y sin más, se abalanza para abrazarme. Tardo en reaccionar porque lo que acaba de contarme es algo que desconocía, algo que se suma a la lista de secretos que mi hermana me había ocultado. Correspondo al abrazo como puedo. Cierro los ojos y

contengo la creciente rabia; cada día encuentro fragmentos de este rompecabezas que fue la vida de Amelia, y me duele pensar en todas las piezas que aún me faltan por descubrir.

—Tuviste que pasarlo fatal allí... —murmura contra mi cuello y su aliento provoca un escalofrío en mí. Ella huele a miel, a las galletas de canela que nos compraba mi madre, y me aferro a su cuerpo intentando calmar un torrente de emociones que apenas puedo contener—. Ahora entiendo por qué no me contabas mucho, por más que te preguntara, o por qué no quisiste acompañarme el día de puertas abiertas. Si lo hubiera sabido..., qué tonta soy.

Al oírla, me separo ligeramente y fijo mi mirada en sus ojos. Sé que quizá no ha sido la mejor manera de contarle esto. Acaricio su mejilla y me acerco para darle un beso en la cara, similar a los que Amelia me daba cuando yo estaba inquieta o me costaba dormir.

—Bueno, ahora ya lo sabes... —murmuro y le sonrío mientras desvío la mirada hacia el desayuno—. Te prometo que estaré ahí el día de la prueba, apoyándote.

—¿Seguro? Puedo decírselo a Lily y a los demás...

—Segurísimo, quiero ver cómo los dejas boquiabiertos —añado con un toque de alegría en la voz, aunque no tenga ni idea de cómo toca—. Pero lo más importante es que practiques. Si mi... —Me muerdo el labio nuevamente—. Si mi hermana Violet estuviera aquí, diría que los dones también se perfeccionan y que hay que trabajarlos para que brillen como las estrellas.

—Tu hermana parece una mujer increíble... —susurra, y el halago me llena el corazón de calidez—. Es una pena que esté tan lejos. Me encantaría conocerla.

—Nunca se sabe, tal vez lo hagas muy pronto —le aseguro, y ella me sonrío de nuevo—. Será mejor que nos comamos el desayuno. Después, nos pondremos con el piano.

—De acuerdo...



23

ENTRE LO REAL Y LO FINGIDO

Violet

Han pasado tres días desde que Elara y yo empezamos a vivir juntas, y aunque el peso de la mentira sigue siendo aplastante, las cosas parecen fluir con una sorprendente naturalidad. Creo que el hecho de que Amelia y yo seamos tan parecidas facilita las cosas entre nosotras, permitiéndome relajarme y hacer que ella no note la diferencia. Por extraño que parezca, me siento cómoda en este papel, y aunque al principio pensé que sería mucho más difícil, debo admitir que estaba equivocada.

Elara ha resultado ser una chica encantadora, y no me sorprende que mi hermana se enamorara de ella; su risa, su sonrisa, su manera de hacer las cosas más fáciles, su ternura... Cada pieza que la compone hace que el día a día sea cómodo y relajado. Además, he descubierto que tiene una pasión inmensa por la música; compartimos gustos similares, y toca como yo lo hacía a su edad: con entrega y una necesidad vital. Estar a su lado ha logrado que recuerde quién era Violet Hemming, la mujer y no solo la pianista famosa, y eso me gusta, porque al final, bajo los focos y la fama, uno se olvida de sus orígenes.

Desde el baño, escucho la melodía del piano colándose bajo la puerta. Hoy he decidido, después de mucho pensarlo, ir al conservatorio y buscar al profesor DiSantis. No puedo contarle nada a Elara sobre mis planes, así que he quedado con Lily y Mark para comer. Hace tiempo que no nos vemos y, aunque sé que no será un reencuentro maravilloso, me consta que ellos también han sufrido mucho por la muerte de Amelia. Además, necesito saber si mi hermana les contó algo, si alguien estaba al tanto de lo que le sucedía.

Bajo del piso superior con el abrigo negro de mi hermana y algo de maquillaje cubriendo las ojeras. Me encantaría poder usar mi ropa, rescatar los colores y no esconderme tras tonos neutros, pero por ahora debo conformarme con esto. El ruido de los tacones llama la atención de Elara; deja de tocar y me priva de la melodía que disfrutaba hasta hace un momento. Mi hermana tenía razón, posee un don natural para la música y una conexión con el piano que me recuerda a mí misma cuando tenía poco más de veinte años. Sin embargo, he notado que este mundo es para ella un refugio, el único en el que puede escapar de la realidad que la rodea, y temo que un día

despierte y se dé cuenta de que, por más que brilles, eso no garantiza una felicidad plena.

—Bueno, ya estoy lista —le digo y ella se gira en la butaca para mirarme—. ¿Cómo me veo?

Elara se pone de pie, se acerca con una sonrisa y ajusta la solapa del abrigo.

—Ahora sí —añade guiñándome un ojo—. ¿No te marchas muy temprano? —Mira el reloj—. Son las diez, y dudo que a los chicos les apetezca mucho almorzar a la hora del desayuno.

—Tengo algunas cosas que hacer antes —respondo y le sonrío con suavidad—. Quiero pasar por la academia para recoger unas partituras —me excuso—. Tú sigue con el ensayo, lo estás haciendo muy bien.

—¿De verdad lo crees? —pregunta abrazándose con cierto nerviosismo—. No sé... todavía me cuesta un poco. —Frunce los labios y suspira—. Pero bueno, intentaré seguir hasta que fluya con naturalidad. Supongo que solo tengo que dejarme llevar.

—Exactamente. —En ese momento mi cuerpo se mueve solo; levanto una mano y acaricio su mejilla con suavidad. Al sentir el tacto de su piel en mis dedos, una descarga eléctrica me recorre y me aparto como si me quemara—. Te sabes la pieza de memoria. Cierra los ojos y deja que el ritmo de tu corazón marque el tiempo. Si cuando vuelva, aún te cuesta, lo haremos juntas, ¿de acuerdo?

Elara sonríe, y en ese instante veo alivio en sus ojos. Saber que estoy aquí, aunque sea en medio de una mentira, parece darle consuelo, y eso es lo que hace que esta locura tenga algo de sentido. Amelia quería ayudarla, y yo seguiré haciéndolo hasta que logre su propósito.

En silencio, me alejo de ella y me acerco a la puerta, dispuesta a salir, pero entonces me toma de la mano, tira de mí, se pone de puntillas y me besa. El tiempo se detiene, me quedo sin aire. Mi mente, mi cuerpo... todo se paraliza, y aunque el beso es solo un leve roce, siento que todo a mi alrededor tambalea. No es un beso robado ni un impulso descontrolado, es un gesto de amor, y eso hace que mi corazón se sacuda en el pecho.

—Cuídate, y no tardes mucho, ¿vale? —me susurra casi en mis labios y yo soy incapaz de decir nada—. Disfruta y saluda a los chicos de mi parte.

Salgo de casa en silencio, todavía percibo el calor de su cuerpo cerca del mío y siento cómo mi corazón late con fuerza. Mientras me alejo, mi mente me grita que esto está mal, pero mi cuerpo ha reaccionado como si fuera natural, como si este vínculo entre nosotras existiera de verdad.

Con la mente dividida entre lo que acaba de pasar y lo que me espera en el conservatorio, subo a un taxi y dejo que el ritmo de Londres me envuelva. El beso continúa en mi mente, no solo por la sorpresa, sino por lo que ha despertado en mí. Tengo muy claro que no debería sentir esto por Elara, no mientras finjo ser alguien que no soy, pero las emociones han sido reales, demasiado, y ya no sé qué pensar.

Intento despejar mi cabeza y concentrarme en lo que debo hacer. Hoy será un día difícil, y

mi visita al conservatorio tiene un motivo importante. Necesito descubrir por qué el profesor DiSantis se comportó de esa manera con mi hermana, y aún más importante, por qué le ofreció un lugar en su equipo cuando él fue el primero en decir que no tenía talento para ser maestra. No me marcharé de allí hasta que todas mis preguntas tengan respuesta, me guste o no lo que descubra.



El conservatorio me recibe tal como lo dejé hace más de diez años: con su elegancia habitual, revestido de mármol blanco y el eco de la música deslizándose desde las salas de ensayo ocultas por todas partes. Este ambiente que alguna vez formó parte de mi vida y de la de mi hermana, ahora se siente diferente, incluso extraño. A cada paso que doy mientras subo las escaleras para acceder a las aulas, no puedo evitar imaginar lo que Amelia llegó a sentir entre estas paredes. Imaginarla llorando en las esquinas, encerrada en los baños sufriendo, me eriza la piel y me tensa los músculos.

Subo hasta la tercera planta y recibo las miradas de algunos estudiantes que me reconocen de inmediato. Y aunque agradezco mi trabajo, el haber logrado ser quien soy, desde que descubrí lo que le ocurrió a mi hermana, todo ha perdido su luz, y no creo que pueda regresar a ese punto y seguir adelante como si nada.

El pasillo que lleva a la oficina del profesor DiSantis está a la vuelta de la esquina, pero al llegar, la encuentro vacía, así que decido ir a la sala de ensayo donde solía impartirnos clase. Me lleva solo unos minutos reconocer su voz, mientras uno de sus alumnos interpreta, de forma algo torpe, una pieza que conozco bien: las “Gymnopédies” de Satie, que él solía enseñar como preparativo para otras de mayor nivel.

Llego a la puerta en silencio y me apoyo en el marco, con los brazos cruzados. Observo cómo los estudiantes escuchan sus indicaciones y cómo él, con gestos duros y un tono que alterna entre frío y cortante, corrige a cada paso. Me transporto a un tiempo que parece lejano, y frente a mis ojos estamos Amelia y yo.

«—¿Acaso no puedes seguir el ritmo sin adelantarte? ¡No es tan difícil!

—Es que, ¿no cree que queda mejor de esta manera? —le dije en aquel entonces con toda la valentía del mundo. La pieza me sonaba mucho mejor con un poco más de ritmo, pero era solo una cría y estaba “profanando” la memoria de Satie al intentarlo; no lo entendía—. Mi madre dice que...

—Tu madre no está en esta sala, y aquí se hace lo que yo digo —espetó, y se giró hacia Amelia—. Vamos, siéntate, te toca a ti. A ver si al menos has aprendido mejor que tu hermana.

Ella caminó con la cabeza baja y los hombros encogidos; estaba al borde de los nervios. Cuando se sentó y colocó los dedos sobre el piano,

sus manos comenzaron a temblar.

—¿Qué te pasa? ¿Te has olvidado de leer? —Giano elevó la voz, y su grito rebotó en las paredes de la sala como un eco violento—. No me lo puedo creer. ¡Fuera de mi clase!»

Después de aquello, Amelia se marchó corriendo y la clase terminó. Mi estómago se revuelve solo al recordar ese momento, porque fui incapaz de ir a buscarla. Me quedé junto al piano, tocando la pieza de Satie como Giano me había pedido, como si lo que acababa de pasar no fuera importante.

—Empieza de nuevo, y ahora más lento. No puedes hacer lo que quieras con una pieza que no es tuya —dice, y me doy cuenta de que es el momento perfecto para intervenir.

Carraspeo, y el alumno al piano me mira. Veo en él el agotamiento y las ganas de marcharse, así que le sonrío.

—Vaya, vaya, hoy estamos de suerte. La señorita Violet Hemming ha encontrado un hueco en su agenda para hacernos una visita —comenta el profesor, girándose hacia los estudiantes—. Aquí tenéis el reflejo del esfuerzo, del tesón, de la constancia...

—Y del sufrimiento, no se olvide de eso —le interrumpo, y abandono el umbral para entrar en una sala cargada de pequeñas conversaciones de fondo—. ¿Ha terminado con sus alumnos? Me gustaría hablar con usted.

—Por supuesto.

Giano se dirige a ellos e indica con un gesto que recojan sus cosas. Los chicos no tardan en obedecer, y al momento caminan hacia mí, sonrientes y con miradas ilusionadas. Algunos se detienen para saludarme y recibo abrazos y palabras amables que me calientan el corazón. Pero una vez que se marchan, el ambiente regresa a esa frialdad que detesto.

—¿Qué te trae por el conservatorio después de tanto tiempo?

—¿De verdad me lo preguntas? —añado con ironía, rompiendo el trato formal. Me acerco hasta pasar por su lado y me siento, sin permiso, en la banqueta del piano. Mis manos, inquietas y hábiles, tocan la pieza de Satie como lo hice la primera vez: con prisa y con la pasión de un corazón impulsivo.

—Sigues adelantándote —me dice, y yo apoyo las manos sobre las teclas, haciendo que el piano emita un sonido estridente.

—Y tú sigues siendo tan duro como siempre —respondo, girándome para mirarlo—. Vengo a hablar sobre mi hermana.

El gesto de Giano se descompone, y por primera vez desde que lo conozco, percibo en él un atisbo de tristeza. No sé por qué dudo en continuar, pero al final me obligo.

—Siento mucho lo que le pasó a Amelia; tenía mucho talento —dice tomándome por sorpresa—. Pero eso ya lo sabes. Supongo que la vida puede ser abrumadora para algunas personas, incluso para las mejores.

—¿La vida? —Levanto una ceja y suelto una risa incrédula—. Mi hermana llevaba muchísimo tiempo sufriendo —añado, mirándolo directo a los ojos—. Primero fue mi madre, al obligarla a hacer algo que no quería, y después tú. Sé que la trataste mal, que la llevaste al límite...

—¿Me estás culpando de su muerte? —Se cruza de brazos, apoyándose en el escritorio—. Esa es una acusación muy seria, Violet. Tu hermana era una gran pianista, pero no estaba preparada para los cambios y las exigencias de este lugar. Un maestro tiene que ser duro para sacar lo mejor de sus estudiantes.

—¿Y qué pasa con tu academia? —pregunto y provocho que sus ojos se abran levemente—. ¿Por qué, de pronto, la invitaste a formar parte de tu equipo? ¡Es absurdo!

—Lo único que quería era que estuviera bien.

—¿Me ves cara de idiota?

—Tu hermana necesitaba ayuda, Violet —contesta finalmente—. La academia se venía abajo, no tenía alumnos, vivía de lo poco que le quedaba de sus ahorros. Cuando yo abrí la mía, pensé en tenderle una mano; ella era...

—Amelia no necesitaba la ayuda de una de las personas que más dolor le causó —replico, negándome a escucharlo más—. Su sueño era que la academia de nuestra madre siguiera en pie, que brillara. Pero lo único que lograste fue quitarle sus alumnos y hundirla aún más.

—Yo solo hice...

—Espero que su muerte pese sobre tu conciencia porque, aunque no la mataste con tus propias manos, destrozaste su vida, y te juro por mi carrera que pagarás por todo el daño que le hiciste.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Denunciarme? —añade con desprecio, como si tuviera todas las de ganar.

—Dime algo. ¿Crees que los padres de tus estudiantes se sentirán atraídos por la academia de una de las mejores pianistas que ha salido de aquí o por un profesor que se ha estancado entre estas cuatro paredes?

Con la pregunta en el aire, me doy media vuelta y lo dejo solo en la sala de ensayo. Ahora sabe cuáles son mis intenciones; no pienso dejar Londres hasta que logre que la academia recupere su esencia, esos años en los que la música de piano se filtraba por las ventanas.

DiSantis no intenta detenerme, y me alegra que no lo haga. Ahora conozco la verdad. Él fue una de las piezas que contribuyeron a la muerte de mi hermana, y aunque nunca admitirá su responsabilidad, poco a poco voy encajando todas las piezas en su lugar.

Solo me queda algo pendiente: hablar con Lily y Mark, y esperar que, con el tiempo, los recuerdos de Elara vuelvan a su sitio.



24

LAS VERDADES OCULTAS

Elara

No he parado de darle vueltas al beso que le di a Violet antes de que se fuera. Todavía me pregunto qué se me pasó por la cabeza para hacer algo así, y estoy tan confundida que he tenido que dejar de tocar el piano y concentrarme en otras cosas. Lily tenía razón al decirme que esto no está bien. Las dos se parecen tanto que empiezo a crearme mi propia farsa, y aunque sé que ella no es Amelia, mis emociones fluyen sin freno, como si este comportamiento fuera normal. No puedo seguir así; tengo que parar de una vez, decir la verdad y dejar de huir porque, si no lo hago ahora, la situación podría empeorar.

Llevo un trapo en la mano y limpio el polvo acumulado en las estanterías del salón. Me gustaría poder salir a la calle y respirar aire fresco, visitar a mis compañeros del trabajo y decirles que voy mejorando, a pesar de todo lo que ha pasado. Pero prometí que me quedaría para ensayar y perfeccionar la técnica hasta poder tocar la pieza de corrillo. Por eso, he decidido concentrarme en limpiar e impedir que mi cabeza se llene de pensamientos inútiles.

Ahora que Violet conoce lo de las pruebas en el conservatorio, está dispuesta a ayudarme, y el miedo a perder la oportunidad de conseguirlo ha desaparecido. No sé qué ocurrirá cuando le diga que lo recuerdo todo, que he estado fingiendo y que he sido tan egoísta como para obligarla a hacerme creer que es su hermana. Estoy segura de que ella también está sufriendo, que mi comportamiento la pone en una situación complicada y que debe sentirse incómoda. Soy terrible actuar así, y lo único que merezco es un castigo. Si Amelia estuviera aquí, seguramente se molestaría mucho, y no podría reprochárselo, porque esto es una locura, y de las grandes.

No había prestado atención a las fotografías que descansan sobre la tapa del piano hasta este momento. Quizá porque cuando venía a pasar las noches con Amelia solo tenía ojos para ella. Me habría encantado verla sonreír como lo hacía de niña, con esa ternura e ilusión en la mirada. Ella aún sonreía, sí, pero siempre me decía que la melancolía de Londres se le había metido dentro, y yo lo aceptaba. Seguramente todo cambió cuando discutió con su hermana, porque es evidente que lo hicieron; Amelia apenas hablaba de Violet y, cuando lo hacía, era para mostrarme algunas de sus actuaciones mientras ensayaba. Recuerdo que la adoraba, y aunque me

habría encantado saber qué las distanció, no tuve el valor de preguntarle.

Suelto un suspiro y dejo la limpieza para sentarme en el sofá y recostarme entre las almohadas con intención de descansar un poco. Sin embargo, algo escondido tras una de las almohadas llama mi atención. Al sacarlo, me encuentro con un diario de piel algo gastado y, aunque al principio freno mis impulsos, no tardo más de un minuto en abrirlo y descubrir que es de Amelia.

Mis manos tiemblan y, de pronto, el corazón se me para un segundo. Ahí debió dejar muchos de los pensamientos que no compartía, palabras que nunca me dijo, verdades que escondió del resto. Sé que no debería leerlo, que es una invasión a su privacidad, pero después de lo que ha pasado y cómo se fue, no puedo resistirme.

«Hoy he tocado el piano durante horas y sigo sin sentir nada. Las notas que antes hacían vibrar mi corazón ya no me afectan, y me pregunto si algún día regresaré a esos momentos de mi infancia en los que disfrutaba con esto. Me duele pensar que las lecciones de mi madre, su recuerdo, se han evaporado y desaparecido dentro de mí, pero no puedo evitarlo; ahora soy incapaz de cerrar los ojos y dejarme llevar. Estoy paralizada, y, si por mí fuera, me iría lejos de aquí. El conservatorio, la música... todo lo que alguna vez amé se ha convertido en una carga insoportable. Pero, ¿cómo puedo dejarlo esto cuando hay tantas personas que creen en mí?»

Cuando le conté a Amelia que uno de mis sueños siempre había sido formarme en el conservatorio de música, me explicó que estudiar allí era muy exigente, que estaría rodeada de los mejores y que eso podría hacerme dudar de mis habilidades. Ahora que leo esto, y después de lo que me contó Violet, jamás pensé que me lo decía por su propia experiencia, por todo lo que ella misma sintió. Pensaba que, al ser maestra en la academia, la música era su vida, su refugio, pero ahora me pregunto si, al final, lo que tenía no era más que el reflejo de lo único que le quedaba.

«Es curioso cómo el destino nos obliga a encontrarnos con las personas que más odiamos. Hoy, paseando por Hyde Park, me crucé con el profesor DiSantis y no pude evitar sentir que el estómago se me encogía. Cada vez que asistía a sus clases, recordaba lo de aquella noche y sentía desmoronarse algo dentro de mí; él cambiaba, me humillaba frente a los demás, me hacía sentir pequeña, como si nunca fuera suficiente. Me hacía odiar tocar, me dolía poner las manos en el piano, sentía vergüenza de no estar a la altura de mi madre. Giano decía que mis miedos solo eran una debilidad y que eso me llevaría a abandonar mis sueños. Y acertó.»

—¿Aquella noche? —susurro y me llevo la mano a la boca.

Las cosas que imagina mi mente son tan desagradables y aterradoras que suelto el diario, dejándolo caer sobre mis piernas. Ahora entiendo por qué rechazó su oferta de formar parte de su academia; ese hombre no era solo su antiguo profesor. Amelia cargaba con el peso de un fantasma con nombre y apellido, luchaba contra un monstruo en silencio y, a pesar de estar cerca

de ella, fui incapaz de ver esos pequeños detalles.

«Elara es lo único que me mantiene cuerda. A veces, cuando estoy con ella y la escucho tocar, siento que puedo respirar de nuevo, que recupero esa energía y que mi corazón vuelve a vibrar al compás de sus manos. Es la única persona con la que no tengo que fingir; me quiere tal como soy, incluso sin saber lo rota que estoy por dentro ni la tristeza que cargo en el corazón. No quiero que me vea así, ni tampoco Lily, Mark, incluso Violet, a quien extraño cada día más. No quiero que mi falta de fuerza les impida volar.»

Ver mi nombre escrito, saber que fui su ancla en medio de la tormenta, su refugio, su consuelo, y no ser consciente de nada de lo que estaba sintiendo, me hace sentir como una roca varada en la playa, de esas que están ahí para sostenerse cuando la marea es alta. No pude ayudarla, ni sostener sus manos e impedir que se marchara aquella mañana de la academia, mucho menos evitar que se quitara la vida. Ahora sé que DiSantis, el conservatorio y lo que pasaba en la academia... se le fue acumulando hasta que no pudo más y se hundió.

Quería evitar que las personas que la queríamos, quienes de verdad la apreciábamos, nos hundiéramos con ella. Y aunque fue egoísta al no permitirnos ayudarla, sé que lo decidió así porque no soportaba la idea de ver cómo cambiarían nuestras vidas por ella. Amelia nos amaba a todos, a Violet a pesar de sus diferencias, y por eso no nos dijo nada, lo dejó escrito en sus diarios y después, se fue para siempre.



25

EL PESO DEL PASADO

Violet

El ritmo de Londres a esta hora del día me envuelve mientras camino hacia la cafetería donde he quedado con Lily y Mark. Después de lo sucedido con DiSantis en el conservatorio, necesitaba un poco de aire fresco, y vi en el paseo una oportunidad para despejarme. Me sigue pareciendo extraño estar aquí. Supongo que, después de tantos años fuera, me he desconectado de mis raíces. Mi madre decía que esta ciudad guarda tantos secretos que nunca tienes suficiente tiempo para descubrirlos, y aunque entonces no la creí, ahora siento que necesito conocer cada uno de ellos.

Han pasado demasiadas cosas estos días y mi vida se ha ido desmoronando poco a poco. Me gustaría pensar que, con el tiempo, podré reconstruirla, aunque tengo claro que ya no volveré a ser la misma. La muerte de Amelia ha hecho que sea consciente de cuánto he perdido junto a ella, y me duele que el tiempo haya pasado sin detenerse. Ahora ya no puedo decirle que la quería, que significaba mucho para mí y que era increíble, tanto o igual que nuestra madre.

Descubrir que mi profesor favorito, el que me enseñó tanto y me convirtió en la estrella que soy, fue uno de los motivos por los que nunca llegó a creer que era fantástica, ha provocado que la culpa crezca en mí. Yo estaba allí, como el resto de mis compañeros, y no supe ver los matices oscuros de lo que sucedía.

Con este pensamiento en mi cabeza, llego al café y veo a Lily y Mark conversando en una mesa. Ellos estuvieron con Amelia todo el tiempo que estuve fuera, y aunque Mark me ha perdonado, Lily no; y no puedo culparla. Era mi hermana, lo único que me quedaba, y por mi maldito orgullo y mi falta de miras, la dejé atrás, sola y sin apoyo.

Cuando él me ve llegar, se levanta y me abraza. Lily, en cambio, me dedica una mirada seria y distante, conteniendo emociones que en algún momento estallarán.

—Tienes el rostro desencajado, ¿ha pasado algo? —pregunta Mark cuando me quito el abrigo y me siento con ellos.

—Ahora os lo cuento —respondo mordiéndome el labio inferior.

—Ya era hora de que nos reuniéramos los tres —añade, mientras que Lily me lanza una mirada que no me gusta nada. La culpable de que no nos hayamos visto antes soy yo, algo que Mark sabe, pero ya no podía retrasar más este encuentro—. ¿Pedimos algo para comer? No sé vosotras, pero yo me muero de hambre.

—Haz lo que quieras —responde ella con desgana.

—Con algo de picar estará bien.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que el camarero se marcha, solo sé que Lily no deja de mirarme, esperando a que rompa el silencio y dé comienzo a una conversación que será difícil. Mark ya me lo advirtió, y no espero algo sencillo, mucho menos teniendo en cuenta lo que me ha traído hasta aquí.

—Me alegra poder pasar esta mañana con vosotros. Hace tiempo que no salíamos los tres a comer —recuerdo, y Lily se inclina hacia adelante para sujetar su refresco y darle un sorbo—. Londres ya no parece la misma. Todo es... extraño.

—¿Extraño? ¿Esa es la palabra que usas para describir lo que ha pasado? —pregunta ella y entrecierra los ojos mientras golpea la mesa con la base del vaso—. ¿Que tu hermana se suicidara te parece únicamente extraño?

Su comentario directo me hace removerme en mi asiento. Ella nunca ha sido una persona delicada, pero no esperaba que fuera tan brutal. Mark la mira, pidiéndole que, por favor, no se comporte así, pero yo le freno.

—Déjala que se desahogue, Mark... Lo necesita.

—Vamos, Lily...

—No —responde con firmeza—. Es hora de que hablemos de esto. Todos hemos sido cómplices de lo que le pasó a Amelia, pero ella... —Me señala con el dedo—. Era su hermana y estuvo lejos y ausente hasta que ya fue demasiado tarde. ¿Se puede saber qué pasó entre vosotras para que ni siquiera la llamaras? ¿Tan grave era? ¿O es que tu maldito orgullo no te dejó admitir que te habías equivocado?

Las palabras de Lily me atraviesan como un cuchillo, y me llevo una mano al pecho, sintiendo el dolor punzante en el corazón. Sí, mi orgullo me cegó y, por culpa de eso, perdí la oportunidad de ayudar a la persona que más me importaba en este mundo. Ahora ya no hay nada que pueda hacer; Amelia no volverá, por mucho que reconozca mis errores, por lo que solo intento calmarme y mantener la serenidad.

—La verdad es que no tengo excusa —respondo, sincera—. Cuando Amelia y yo discutimos, creí que me estaba abandonando, que rompía nuestro sueño en común por la idea de mantener en pie la academia de nuestra madre... —confieso—. Fue algo entre nosotras; las dos dejamos de mantener el contacto, ella tampoco me habló y al final fui incapaz de ver que ella no estaba bien y que necesitaba quedarse aquí.

—¿Acaso se lo preguntaste alguna vez? —Lily se cruza de brazos y chasquea la lengua con ironía.

—No, pero... ¿y tú? ¿Lo hiciste? —le respondo pillándola por sorpresa—. Mira. Sé que he estado muy lejos durante estos años, pero no era un viaje de placer; estaba trabajando. Nunca dejé de quererla, siempre será mi otra mitad, y que no esté... —niego un par de veces—. Yo solo quería que las dos viviéramos nuestro sueño. Si quieres culparme de todo, incluso de que se quitara la vida, hazlo. Pero no olvides que vosotros estabais aquí, incluso Elara, y ninguno se dio cuenta de que estaba destrozada.

Mark, que hasta ahora ha sido un espectador de la conversación, me observa con sorpresa y luego mira a Lily, que de pronto cambia el gesto y desvía la mirada. Amelia nos engañó a todos, esa es la pura verdad, y aunque nos duela, solo podemos aceptarlo.

—Violet tiene razón... —murmura él—. A pesar de vernos tantas veces con ella, no supimos intuir que algo malo le pasaba. Supongo que lo atribuíamos a cómo iban las cosas en la academia, a su relación contigo... —Se encoge de hombros y mira a nuestra amiga—. Nunca entenderé por qué no pidió ayuda, por qué se encerró en sí misma y lo sufrió en silencio.

—Porque no quería arrastrarnos con ella —responde ella—. Amelia era de las personas que lo daba todo por los demás, pero que le costaba aceptar ayuda. En eso era muy orgullosa, y aunque ahora no está para saber qué pensaba, quiero creer que no deseaba hacernos daño.

El silencio que sigue a las palabras de Lily es tan pesado que necesito darme un respiro. Me levanto, voy a la barra y pido que añadan algo dulce a lo que vamos a comer. Cuando vuelvo y me siento, estoy más tranquila, con el corazón menos encogido.

—Os agradezco que no la dejara sola —admito, dedicando una sonrisa suave a Mark, quien está a mi derecha—. También agradezco que conociera a Elara, aunque las cosas con ella se hayan complicado con el paso de los días. Saber que Amelia se fue rodeada de amor me calma, pero no estoy aquí solo para hablar de eso —les digo en un susurro—. Hay algo que necesito preguntaros.

—¿Qué ocurre?

—¿Amelia os comentó alguna vez que uno de sus profesores del conservatorio, Giano DiSantis, había abierto una academia y le había ofrecido formar parte de su equipo? —pregunto sin rodeos.

Es algo que necesito saber, porque siento que también ocultó esta información.

—¿Tú sabías algo? —Mark le pregunta a Lily, y ella niega lentamente.

—Lo único que me dijo es que las cosas no iban bien y que, si seguían así, tendría que cerrar la academia —añade pensativa—. ¿Cómo supiste lo de ese profesor?

—Elara me lo comentó, y luego descubrí cosas en los diarios de Amelia que... —niego un par de veces—. Mi hermana sufrió malos tratos en el conservatorio, y todos venían de él.

—Espera, ¿¡qué!?

—Giano fue nuestro profesor durante esos años. Aún no sé cómo no pude ver lo que pasaba, el daño que le causaba y todo lo que eso provocó. —Me recojo un mechón de pelo detrás

de la oreja—. No dejaba de recordarle que estaba allí por ser hija de nuestra madre, que nunca llegaría a ser como ella.

—Entonces has leído los diarios... —comenta Lily, y yo asiento.

—Eso ahora es lo de menos —responde Mark—. Ese profesor... ¿crees que él fue el motivo...?

—No lo creo, pero supongo que verse en la tesitura de tener que competir con una nueva academia, de que él apareciera y todo lo demás... fue la gota que colmó el vaso —digo en voz alta—. Nunca sabremos qué la llevó a tomar esa decisión, pero lo único que podemos hacer es que su recuerdo y su figura no se pierdan con el tiempo.

—Explicate.

—Voy a recuperar el brillo que tenía la academia cuando Amelia y yo éramos niñas —aclaro hacia Lily, con seriedad—. Sé que no será fácil, que eso no la traerá de vuelta, pero es lo único que puedo hacer por ella.

—¿Te enfrentarás a DiSantis?

—La academia de mi madre era el sueño de mi hermana, así que haré todo lo que esté en mi mano para que sepa que sus sueños también eran importantes para mí —digo con voz tomada por la tristeza, al borde de las lágrimas—. Me gustaría que me echarais una mano.

—Cuenta conmigo para lo que sea. —Mark se mueve en su silla y, con una sonrisa decidida, me abraza—. Esa academia volverá a brillar como cuando éramos unos críos.

—También puedes contar conmigo —dice Lily, mirándome con gesto más amable—. Y no te olvides de Elara. Estoy segura de que también querrá ayudar.

—Con ella las cosas son más complicadas, sobre todo porque... —Señalo mi cabeza, refiriéndome a su pérdida de memoria—. Pero sé que no dudará en apoyarnos.

Aún tengo el beso que me dio y lo que sentí grabado en la mente, y no podré avanzar si debo fingir ser Amelia. Tengo que hablar con Elara, decirle la verdad y esperar que, a partir de ahora, las cosas mejoren.



26

PROMESAS AL SILENCIO

Violet

El cielo de Londres ha cambiado de color con el paso de las horas. Ahora, las nubes bajas amenazan con romperse en cualquier momento, y el viento frío corta mis mejillas. Sigo pensando en cómo enfrentarme a Elara, cómo contarle la verdad, pero, por más que le dé vueltas, por más que lo necesite, creo que hacerlo sería un error. No puedo ser yo quien la devuelva a la realidad, quien la obligue a despertar de esta pesadilla en la que ambas nos hemos visto atrapadas. Es mejor tomarme un respiro y ordenar mi mente antes de regresar a casa.

Después de la conversación con Lily y Mark, me siento con otro ánimo. Amelia ya no está y no volverá, nuestras vidas siguen adelante y estoy segura de que ella desearía que fuéramos felices. Cada paso hacia su tumba reafirma mi deseo de encontrar un hogar en Londres y de recuperar mi estabilidad; ese pensamiento me ilusiona. Mi madre decía que, si el corazón se agita al pensar en algo o en alguien, es porque ahí debíamos estar o era algo que teníamos que enfrentar. No tengo dudas de que este nuevo camino que se abre ante mí es el que me traerá paz.

Con la mente llena de ideas, cruzo las puertas de hierro forjado del cementerio, dejándome envolver por su silencio. El lugar está desierto, y me alegra que sea así; nadie escuchará lo que he venido a contarle a mi hermana. La última vez que la visité, vine a llorar y a reprocharle que no me hubiera contado nada, pero ahora sé que lo ocultó porque pensó que así nos protegía a todos.

Camino entre las hileras de lápidas y, al encontrar la suya, esbozo una leve sonrisa. Repaso su nombre grabado en la piedra y me agacho para apartar las hojas secas que el viento ha dejado caer sobre ella. Desearía poder abrazarla, mirarla una vez más a los ojos y verme reflejada en ellos. El nudo en mi garganta se aprieta, y exhalo un suspiro en un intento de calmar mis emociones.

—Hola de nuevo... —murmuro con suavidad—. Tengo tantas cosas que decirte que no sé por dónde empezar... —Echo un vistazo a mi alrededor y, al no encontrar dónde sentarme, decido hacerlo en el suelo—. Hoy he vuelto a reunirme por fin con Lily y Mark. Ellos te echan de menos. Y Elara, aunque... —suspiro y me muerdo el labio—, creo que ella también lo hace.

Pero desde el accidente, su mente está un poco desordenada...

Me llevo una mano a la cabeza, apartando el pelo de mi rostro para concentrarme en lo que me rodea. La tumba de nuestra madre está junto a la suya y niego un par de veces.

—Es raro haberme enterado de su existencia de esta manera... —le digo sin ningún tipo de reproche—. Me habría encantado conocerla cuando estabas aquí.

El beso de esta mañana vuelve a mi mente, y suelto un bufido mientras me cubro la cara con las manos, abrumada por la vergüenza. No sé en qué momento he empezado a confundir mis propios sentimientos con el amor que ellas compartían.

—Creo que perderé la cabeza si sigo fingiendo que soy tú —le confieso llevándome una mano al corazón—. ¿Qué debería hacer?

Tan pronto como lanzo la pregunta, el teléfono vibra en el bolsillo de mi abrigo, y, al ver la pantalla, noto que es un mensaje de Elara. No sé si mi hermana tendría algún número secundario o no, pero le dije que lo había cambiado y se lo dejé anotado en la nevera.

Elara: ¿Vas a tardar mucho? Tengo las manos agarrotadas de tanto tocar y empiezo a tener hambre. ¿Quieres que salgamos a cenar juntas?

Saber que me ha hecho caso y que sus ganas superan el agotamiento me arranca una sonrisa. Amelia y yo lo tuvimos muy fácil; fuimos unas privilegiadas. Pero personas sin tantos recursos, como Elara, solo tienen una oportunidad para demostrar su valía y conseguir una beca para estudiar en el conservatorio.

Violet: Tardaré un rato. Dime que, al menos, has almorzado algo. Acepto esa salida, ¿quieres ir a algún restaurante en especial?

En la pantalla aparece que Elara está escribiendo, y desconecto de lo que me rodea para esperar su respuesta. Soy consciente de que suspiro un par de veces, de que me agrada la idea de salir a cenar con ella y de que, después de todo lo que ha pasado, necesito hacer algo más que encerrarme en casa y enfocarme en lo que le ocurrió a mi hermana.

Elara: ¿Te apetece un tailandés? Podríamos ir a nuestro restaurante favorito. Seguro que a mis compañeros de trabajo les hará ilusión verme por allí. ¿Qué me dices?

Sorprendida, solo atino a responder con un “Ok” acompañado de un emoji sonriente y poco más. Miro la tumba de mi hermana y luego me muerdo el labio inferior. No sabía que Elara tenía trabajo, ni si eso puede representar un problema, o si sus compañeros conocían a mi hermana y saben de su muerte. Me da miedo que las cosas se compliquen y que lo que debería fluir de manera tranquila se vuelva algo precipitado y confuso.

Me pongo de pie, sacudo la ropa y apoyo una mano sobre la piedra. No tengo otra forma de despedirme de mi hermana; solo espero que, a partir de ahora, me ayude a colocar cada pieza en su lugar, a aclarar mi mente y mis emociones, y a que Elara recupere sus recuerdos. Sueño con conseguir que la academia vuelva a brillar, pero, sobre todo, con que el verdadero sueño de

mi hermana se haga realidad.



27

LIBERARSE DEL MIEDO

Elara

Durante estas horas a solas en casa, he pensado mucho en Amelia, en Violet y en mi propio futuro. He llegado a la conclusión de que, si realmente quiero ser feliz, no puedo construir esa felicidad a base de mentiras. No debo aferrarme al pasado por miedo a perderlo todo, ni aprovecharme del sufrimiento de otra persona. Alguien me dijo una vez que las cosas que son para uno siempre regresan, y guardo la esperanza de que, si pierdo esta oportunidad, otra se presentará en su momento.

Violet debería estar aquí en unos minutos. Mientras tanto, me siento al piano para practicar un poco más. No sé cómo serán las cosas cuando le cuente la verdad, pero estoy segura de que todo cambiará al hacerlo. No será fácil, sobre todo porque ella continúa siendo un enigma para mí; tengo miedo de que las cosas se derrumben y pierda esta vida que me hacía sentir parte de algo importante.

Descubrí que podía tocar el piano cuando tenía ocho años y estaba en el orfanato. La hermana Merine se sorprendió tanto que, desde ese día, me llamaba para amenizar las tardes y los eventos especiales. Salir de allí supuso alejarme de la música, apagar un talento que me ayudaba a canalizar mis emociones. Pero al cumplir los dieciocho e irme de la casa de mis padres adoptivos, reencontré la música en los pianos públicos de la ciudad. Nadie me dijo que tocar me daría la oportunidad de conocer a alguien como Amelia. Fue gracias a la música que ella me acogió, me dio un techo y me regaló un sueño por el que luchar.

Mis dedos se deslizan suavemente sobre las teclas y comienzo a tocar la pieza que Violet me ha hecho aprender de memoria. El sonido brota, dulce, y al instante me transporta a otro tiempo, a un espacio de felicidad. Tocar siempre me ayudó a conectar con algo profundo, donde las palabras o los pensamientos no se pueden expresar. Es mi lenguaje, el único en el que me siento realmente libre y en paz.

Mientras toco, mi mente vaga y vuelve a Amelia. Imagino cuánto debió de sufrir, cuánto dolor escondía tras esa sonrisa y las lecciones que me daba con tanta paciencia. Ella se convirtió en mi hogar, en la persona que creyó en mí cuando yo no podía hacerlo. Pero ahora, sé que la

mujer que tanto admiraba también era frágil y que, mientras me ayudaba a perseguir mis sueños, los suyos se desmoronaban.

El conservatorio, que antes era mi mayor ambición, ha dejado de parecerme tan maravilloso. Creo que es porque ahora conozco el sufrimiento que vivió allí, lo que ese profesor la hizo sentir. Sigo queriendo ser pianista, pero la necesidad de aprobar y entrar en ese lugar se ha desvanecido un poco. Desearía poder seguir estudiando sin enfrentarme a ese hombre que tanto daño le hizo.

Cierro los ojos y permito que las notas fluyan. No pienso en nada, simplemente me libero. Dejo atrás la tristeza por lo que he perdido, la frustración de no haber tenido una familia, el miedo al futuro. Me permito sentir sin máscaras ni mentiras, buscando en lo profundo de mi corazón un rayo de esperanza.

Estoy tan absorta que no me doy cuenta de que la puerta de la casa se ha abierto. Solo cuando termino de tocar y el último acorde se apaga en el aire, oigo el sonido de unos pasos acercándose. Sé que es Violet; puedo percibir su presencia, el aroma a lavanda y la intensidad de su mirada sobre mí.

—Te dije que lo mejor era no pensar demasiado y dejarte llevar —comenta, y eso hace que me gire para enfrentar su mirada con firmeza—. Ahora suena mucho mejor... —añade, sentándose a mi lado, en la misma banqueta—. No era cuestión de ritmo ni de técnica; simplemente pensabas demasiado, y cuando eso ocurre, los dedos se adelantan. Es como cuando uno tartamudea, ¿lo entiendes?

Asiento y me muerdo el labio, mirando las fotos que están sobre la tapa del piano. Pienso en lo que representan, en lo que simbolizan. Me he estado escondiendo y, a cambio, he usado la situación para protegerme de un futuro incierto.

—Hay algo que... —empiezo, vacilante—. Necesito decirte algo.

—Y yo a ti —responde y busca mi mirada con curiosidad—. Pero empieza tú. ¿Qué necesitas contarme?

Respiro hondo y acaricio las teclas como si en ellas pudiera encontrar el apoyo que Amelia me daba cada vez que las cosas se ponían difíciles.

—He estado fingiendo —confieso, y tan pronto como lo hago, el peso en mi pecho comienza a disiparse—. El accidente no me hizo perder la memoria. Lo fingí porque tenía miedo. Miedo de enfrentar todo lo que vendría tras la muerte de tu hermana y tu llegada a Londres. No podía perder la casa que Amelia me dio ni los sueños que ella había tejido para mí. Sé que fue egoísta, que estuvo mal. Lily me lo dijo; me he estado aprovechando de ti y...

Cuando la miro, Violet sostiene mi mirada, y el tiempo parece detenerse. No dice nada, pero su expresión se oscurece. Se levanta y se aleja, como si mi presencia la quemara. La veo caminar, llevarse las manos a la cabeza y suspirar; yo me cubro el rostro con las manos, avergonzada y al borde de las lágrimas.

—Has ido demasiado lejos, ¿sabes? —me dice, con tono de reproche, y yo asiento con los

labios temblorosos—. La muerte de mi hermana ha sido devastadora, y lo último que necesitaba al regresar era verme obligada a fingir ser ella. ¿Tienes idea de lo duro que ha sido para mí?

—Lo sé, y lo siento mucho, yo...

Violet recorre la sala con la mirada y coloca los brazos en jarra mientras intenta asimilar lo que he hecho. Me siento despreciable; si Amelia estuviera viva, no se lo creería, y eso es lo que más me duele. Su ausencia me ha llevado a perder la cabeza, a convertirme en alguien dispuesto a todo con tal de no perder lo que tengo.

—En otro momento te diría que estás loca, pero entiendo que fue tu primera reacción en mitad del caos.

—Te prometo que no quería hacerte daño —aseguro, poniéndome de pie—. Amelia era mi refugio, y su partida me dejó sin abrigo. Me rescató, vio en mí posibilidades y me dio algo que nunca nadie había hecho: esperanza. Que me dejara... bueno, que nos dejara —corrijo—, ha puesto nuestras vidas patas arriba. Sé que no es excusa, pero...

—Mi hermana te quería, Elara —dice, y su postura se relaja. Al acercarse y sujetar mis mejillas entre sus manos, tiemblo y hago lo imposible por no romper a llorar—. Ella vio algo especial en ti, y yo también lo veo. Creo que tienes potencial; con esa forma de tocar, podrías llegar a donde quisieras. Así que, bueno... —Me sonrío—. No puedo reprocharte nada. Al final, tampoco me negué a seguir el consejo de los médicos. Te estaba engañando también.

—¿Cómo puedes ser así? —pregunto al borde de las lágrimas—. Tan... amable después de lo que he hecho. He sido egoísta contigo, te he hecho creer que estaba perdida, que creía que tú eras ella... te he besado... —le recuerdo, y Violet levanta una ceja, divertida, dejándome totalmente paralizada—. ¿No te llena de rabia?

—Quiero hacer lo correcto, y si Amelia te abrió su corazón, su vida y la academia, yo también lo haré.

Todo sucede muy rápido. Me suelto de sus manos y rodeo su cuello con mis brazos, abrazándola con fuerza. Por primera vez desde que la vi al piano, siento que las cosas están bien. No puedo evitar romper a llorar al darme cuenta de que es el recuerdo de Amelia lo que ha hecho que estemos aquí, juntas, siendo quienes somos.

—Gracias por...

—Gracias a ti por hacerle ver que el amor existe.

Y cuando nos miramos y veo mi reflejo en sus ojos, algo en mi interior florece y se expande sin control.



28

BAJO EL MISMO PARAGUAS

Elara

Nunca imaginé que confesarlo todo, abrir mi corazón y expresar mis emociones me haría sentir tan liberada. Al principio, el dolor por la pérdida de Amelia y el miedo a lo que podría suceder me hicieron encerrarme en mí misma, no quería ver más allá, me quedé anclada en lo sentía y me olvidé del resto. No quería enfrentarme a la verdad y ahora que ha pasado un tiempo, sé que ha sido lo correcto. Violet me sorprendió tanto con su reacción; no me gritó ni me juzgó, solo me escuchó como si de verdad comprendiera mi situación y mientras caminamos bajo la lluvia, siento que esa carga pesada que oprimía mi pecho ya no existe.

Llevamos varios minutos disfrutando del aire fresco y húmedo de una típica noche londinense de septiembre. Al fin, después de semanas conviviendo juntas, la veo sonreír relajada, sin tensiones que frunzan su ceño ni la detengan al expresarse tal como es. Sin la presión de fingir ni la ansiedad de fallar en algún gesto. Ahora somos solo dos personas que tratan de sanar el vacío que dejó una mujer a la que amábamos profundamente.

Bajo el paraguas que compartimos, el murmullo de la lluvia se vuelve casi acogedor. A pesar del frío, noto un ligero cosquilleo en el estómago. Esta cercanía, sujetarme de su brazo y percibir su calidez, genera en mí un estado emocional desconocido. Ni siquiera cuando conocí a Amelia o cuando nos besamos por primera vez sentí algo parecido, y no dejo de preguntarme qué tiene Violet que hace que todos mis sentidos se enfoquen en ella.

Apenas nos conocemos, casi no sabemos nada la una de la otra, y supongo que el silencio que compartimos es natural. Puedo notar cómo me mira de reojo y cómo suspira con frustración, sin saber por dónde empezar. Después de lo sucedido, deberíamos ser capaces de abrirnos completamente, pero parecemos dos personas que se encuentran en una cita a ciegas, sin saber por dónde comenzar.

—Al final no hablamos de lo que querías contarme —le recuerdo repasando nuestra última conversación en casa—. ¿Fue bien lo de Lily y Mark?

Guarda silencio unos segundos y luego baja la mirada hacia los charcos de lluvia a

nuestro paso. Solo espero que Lily no haya sido muy dura y que Mark, como siempre, haya calmado el ambiente. Lily puede llegar a ser muy directa, capaz de hacer que alguien se sienta fatal si se lo propone, y nadie merece eso, menos aún Violet.

—La comida empezó bastante tensa —confiesa sin muchos detalles—. Mark y yo ya nos habíamos visto, pero con ella... —Se encoge de hombros—. Lily me reprochó mi distanciamiento de Amelia, al menos hasta que le hablé sinceramente y le conté cosas de mi hermana que ni siquiera yo habría sabido de no ser por sus diarios. Mi hermana vivía en su propia burbuja de terror, aunque ante nosotros brillaba con una luz que nos cegaba. Así que... —suspira y se muerde el labio—. Solo necesitaban saber más de ella.

—Entiendo... —murmuro sin saber qué más decir. Yo también leí uno de esos diarios y entendí que Amelia intentaba evitar que sus seres queridos se vieran envueltos en su dolor. No puedo reprocharle nada, cada persona elige sus propias batallas, aunque me habría gustado poder ayudarla, tenderle una mano y asegurarle que todo saldría bien—. Lily a veces puede ser algo insoportable.

—Lo ha sido desde pequeña —me asegura. No sabía que se conocían desde hacía tanto tiempo, y me sorprende—. La conocimos cuando un amigo de mi madre nos consiguió la casa. Fue en un momento bastante duro.

—Amelia me contó que tu madre era una gran artista...

—Lo era. No solo tocaba bien el piano, también tenía un oído excepcional para la música —comenta con nostalgia—. Decía que la música es como la cocina: tiene ingredientes, y hay que saber ordenarlos y combinarlos, pero una vez que lo dominas, puedes hacer cualquier cosa. Y ella... —suspira—, hacía que todo esto pareciera un sueño.

—Debió ser increíble poder aprender de vuestra madre —medito en voz alta—. A mí me habría encantado tener a alguien así en mi vida.

—Bueno, conociste a mi hermana. —Violet se detiene un momento y me mira con una sinceridad que me desarma—. Amelia heredó de ella esa magia, aunque es triste que algunos no fueran capaces de verla y quisieran arrastrarla al fango.

—¿Quién podría hacer algo así? —Frunzo el ceño confundida.

—Giano DiSantis.

—Él... —murmuro, incapaz de continuar. Leí en el diario que encontré algo sobre ese hombre, pero no imaginaba que fuera tan cruel—. Será hijo de puta. No puedo creer que una persona así tenga una academia y esté enseñando a niños.

—Y no solo eso. Siento decirte que continúa siendo profesor en el conservatorio —añade, preocupada—. Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para que, cuando entres allí, te trate como debe y no como hizo con mi hermana.

—Para ser sincera, la idea ha empezado a desencantarme... —susurro, soltando un suspiro—. Esta mañana, cuando te fuiste, encontré un diario de Amelia y, al leerlo, comprendí cuánto sufría. —No logro mirarla a los ojos—. Me dolió saber que los reproches y el maltrato

formaban parte de sus días allí, y... —Me muerdo el labio—. No sé si quiero estudiar en un lugar que le trajo tanta tristeza.

—Ey... —Violet acaricia mi mejilla y me sonrío—. Hay muchas maneras de ser pianista. No necesitas un título ni recibir clases en un conservatorio; solo necesitas a alguien que te enseñe la técnica y, lo más importante, creer en ti.

—Pero sin un título, ¿cómo voy a conseguir trabajo? —admito sin esconder mi deseo de construir un futuro sólido—. Me he pasado la vida dando tumbos, hasta que Amelia apareció un día en el metro y me escuchó tocar. Necesito algo que sea mío, algo con lo que avanzar y ser feliz.

—¿Confías en mí? —Su pregunta me toma por sorpresa, pero no dudo en asentir—. Entonces deja que sea yo quien te ayude a hacer ese sueño realidad. Tú decides si será dentro o fuera del conservatorio, pero yo estaré aquí para ayudarte, igual que hizo mi hermana. Porque tienes un don maravilloso, y el mundo merece escucharte.

Una vez más, siento ese hormigueo en el estómago, pero esta vez con más fuerza. Coloco mi mano sobre la suya en mi mejilla y sonrío. Amelia y Violet no solo se parecen físicamente; comparten un corazón enorme. Me siento agradecida de haber llegado a sus vidas, pero, sobre todo, de tener la oportunidad de aprender de ambas.

—Gracias... —le digo sinceramente—. No tienes idea de lo que significa para mí.

—No tienes que agradecerme nada. Yo también voy a necesitar tu ayuda de ahora en adelante.

—¿Y eso por qué? —pregunto confundida.

—Porque vamos a devolverle a la academia de mi madre el brillo y la vida que tenía antes. Lily y Mark ya lo saben, pero creo que tú también deberías. —Dice esto sin apartar la mirada de mis ojos—. Ya lo tenía casi decidido, pero voy a dejar los escenarios y dedicarme a dirigir la academia. Quiero que cualquier persona, sin importar su edad, encuentre allí un lugar para disfrutar de la música y vivirla. Sé que eso es lo que mi hermana querría, y siento que se lo debo después de todo.

—Amelia...

—Lo sé, rompería a llorar de emoción —me interrumpe—. Pero de felicidad, y eso me da aún más ganas de seguir adelante.

—Siento haberte mentido y... —No puedo evitar fijarme en sus labios, en cómo su cabello cae sobre sus hombros, en cómo el rojo de su abrigo realza el tono caramelo de sus ojos—. No debí ser así. Ni siquiera entiendo por qué lo hice.

—Uno hace cualquier cosa para evitar perder lo que tiene.

—Supongo, aunque... me pasé un poco. —Suelto una risita—. Lo de los besos... fue demasiado.

—Un poquito sí.

Violet de pronto aparta su mirada de mis ojos y observo como sus mejillas se sonrojan entregándome una imagen de ella que me parece tan dulce como preciosa. Algo en mí me susurra que esos instantes nos trajeron aquí, a este instante en el que mi cuerpo anhela besarla otra vez.

«No sé cuánto tiempo más voy a soportar esta situación. Aunque por fuera aun sonrío e intento parecer fuerte, noto como poco a poco me voy desmoronando por dentro. Nadie tiene idea de lo que me pasa, y es mejor así, porque si lo hicieran.... ¿qué pensarían de mí?»

Desde hace tiempo que lucho por recomponerme, pero cuando alguien te implanta la semilla de la desconfianza e inseguridad en el corazón, esta germina y se expande con rapidez por todo tu ser. Hace mucho que empezaron a desmenuzarme, a arrancar cada pedazo de mí para lanzarlo a los lobos y destruirlo. Por un tiempo intenté ser fuerte, intenté demostrar que podía estar a la altura de las expectativas, pero nunca fue suficiente. Y ahora, a pesar del amor que ha llegado a mi vida y que me llena de una forma que nunca pensé posible, las voces de mi cabeza no callan y me recuerdan constantemente lo rota que estoy.

La primera vez que besé a Elara, creí que algo en mí cambiaría para siempre. Sus labios se convirtieron en un bálsamo y su cariño, me envolvió de una manera que jamás había sentido antes. Con ella, por un momento muy fugaz, sentí que podía respirar de nuevo, como si la oscuridad se apartara y pudiese alcanzar la paz. Pero lastimosamente esa luz desapareció, se desvaneció y me vi gobernada por los fantasmas de un pasado que siguen persiguiéndome a pesar de todo.

Tonta de mí, pensé que había encontrado un refugio, pero ni siquiera ella puede salvarme. Nadie puede. Nadie puede salvarme de mí misma y esta oscuridad que me sigue, de este peso que llevo cada día y me aplasta más y más con cada segundo que pasa. El amor es lo único que me ha mantenido viva todo este tiempo, pero ni siquiera puede curar lo que está roto. A veces miro a Elara y me pregunto cuánto tiempo más voy a seguir fingiendo. Fingiendo que lo que me da es suficiente, que con ella a mi lado todo estará bien.

Me da miedo que se descubra lo que soy de verdad; un cascarón vacío, una mujer que fue aplastada y destruida, que no tuvo fuerzas para enfrentarse a aquellos que tanto daño le hacían y mucho menos, fue valiente para pedir ayuda. Violet, Elara, mis amigos, han sido lo mejor que me ha pasado, pero ¿cómo puedo seguir en sus vidas si no puedo ofrecerles nada? Soy un pozo sin fondo. Cada vez que intento llenar el vacío solo consigo ahondarlo más. Ya no hay luz en mí, solo oscuridad, la misma que tarde o temprano también los arrastrará a ellos.

Nadie sabe que cada día me despierto con el peso insostenible de no querer seguir adelante y me alegra que sea así, porque no quiero que conozcan la parte más frágil de mí. Quiero seguir siendo la Amelia que todos conocieron alguna vez, esa que brillaba incluso cuando el mundo entero parecía caerse a pedazos, esa que tenía magia en las manos y reía hasta que le dolían las mejillas. La misma que soñaba con tocar el piano junto a su hermana.

Me he pasado la vida entera luchando por demostrar que merezco estar aquí, que merezco hacer realidad mis sueños y respirar el mismo aire que los demás. Pero debo admitir que estoy cansada, cansada de intentar mantenerme a flote cuando lo que quiero es dejarme caer y desaparecer.

Sé que nunca voy a escapar de esta soledad, de esta sensación de vacío. No importa cuánto lo intente, no importa cuánto amor reciba. Al final, el amor, por más fuerte que sea, no puede arreglarlo todo. No puede llenar los huecos de lo que arrancaron de mí, ni reparar las grietas que, con el tiempo, han debilitado mi corazón.

Me aterra el día que todo el mundo descubra esto porque sé que llegará el día que me miren y se den cuenta de que no soy quien creían que era, que solo soy una sombra de lo que fui, una que se ha ido desvaneciendo con el paso del tiempo hasta morir.

No sé cuánto tiempo más podré seguir así, disimulando que gracias al amor he encontrado de nuevo el camino. Elara se merece a alguien que pueda amarla como ella me ama a mí. Alguien que no esté tan rota, una persona que no esté al borde del abismo y sepa cuidarla, que sepa ver que detrás de esa sonrisa inocente y sus problemas, se esconde una mujer fuerte, un alma luchadora que ha librado batallas incluso más fuertes que las mías.

Solo espero que me perdone, que también lo hagan los demás y que el día que me atreva a decir adiós, no se culpen por todo lo que nunca dije o sufrí, porque esta es mi vida, mi lucha, y solo yo debo decidir hasta cuando vivirla.»



29

ECOS Y SENTIMIENTOS

VIOLET

Las cosas han cambiado bastante en cuestión de días. Tras el momento incómodo que pasé cuando hablamos de los besos, la noche en el restaurante con Elara fluyó como una cita normal. Es cierto que al principio me sentí algo incómoda al ser recibida por sus compañeros y escuchar sus palabras de apoyo por la muerte de Amelia, pero todo cambió una vez que nos quedamos a solas y empezamos a conversar.

Todavía no sé en qué punto situar nuestra relación. Ni siquiera puedo afirmar si lo que siento es amor de verdad. Diría que mis sentimientos por ella han crecido; primero debido a su accidente y nuestra forzada convivencia, después, por esos momentos en los que bajé la guardia y permití que se acercara a mí. Ahora que ya no hay mentiras, puedo mostrarme como la mujer que soy, ella se ha interesado, ha preguntado y curioseado todo lo que ha querido sobre mí. Aunque esto era algo que jamás busqué, debo reconocer que está empezando a llenar un espacio en mi vida que ni siquiera sabía que existía.

Hoy, aprovechando que hace un buen día y que la lluvia ha cesado, hemos decidido visitar el mercadillo de Portobello Road. Es uno de los más antiguos, activo desde el siglo XIX y, aunque en un principio estaba lleno de antigüedades, ahora se vende de todo. Aquí espero encontrar decoración para la academia, algo que le dé un toque especial y recupere parte de la belleza que tenía en su esplendor. Además, es la excusa perfecta para pasar más tiempo con Elara y conocerla un poco mejor.

—He pensado que podríamos comer fuera —comenta rompiendo el silencio que nos envolvía desde que salimos de casa—. Así podemos pasear tranquilas por el mercado. Me gustaría ver si encuentro libros de poesía antigua. El último que leí me lo regaló tu hermana en Navidad, y echo de menos la lectura.

El viento fresco le mueve el pelo, y una sonrisa se dibuja en sus labios, borrando la melancolía que días atrás nublaba sus gestos. De algún modo, leer los diarios de mi hermana y entender lo que la llevó a quitarse la vida ha aligerado nuestros corazones, dándonos una sensación de paz. Sé que la sombra de la muerte de Amelia siempre nos acompañará, pero

tenemos que avanzar.

—¿Te gusta leer? —le pregunto observándola, echando un vistazo a nuestro alrededor.

—Tanto como tocar el piano. —Elara sonríe y levanta la mirada al cielo—. Cuando era pequeña... —ríe—. Bueno, esto va a sonar raro, pero... —Se recoge un mechón tras la oreja y me mira—. Solía llevarme “prestados” libros de la biblioteca y, tras leerlos, los devolvía sin que nadie se diera cuenta.

—O sea, ¿que los robabas? —añado, curiosa.

—No —niega y lanza un suspiro—. A mí me abandonaron cuando tenía poco menos de un año, y me recogieron en un orfanato. Allí supe lo que era que te quisieran y te cuidaran. —Se encoge de hombros. Algo en su expresión me dice que le avergüenza hablar de esto, así que freno mis pasos y le invito a mirarme a los ojos—. En el centro había una biblioteca, pero ya sabes, los niños no pueden leer ciertos libros y...

—Y tú te saltaste esa norma —concluyo—. No te imagino como una niña rebelde.

—Deberías. —Me sonríe—. Nunca llevé bien eso de cumplir reglas.

—Bueno, yo creo que existen para romperse —confieso. Sin darme cuenta, vuelvo al pasado y a un momento que compartí con Amelia—. Debes saber que mi hermana era un poco como tú. De las dos, siempre era ella la que se quejaba. Mi madre decía que no estaba hecha para seguir las exigencias de nadie, que era un espíritu libre, que nadie podía encerrarla en una jaula —añado, soltando un suspiro al recordar cómo el profesor DiSantis nunca la dejó ser ella misma—. En cambio, yo siempre he sido más...

—¿Obediente?

—Sí, y con los años, muy estricta. Supongo que aprendí de mi madre la importancia de hacer las cosas tal como te las enseñan, porque así te aseguras de que las cosas salgan bien —respondo, sincera—. Amelia era mucho mejor que yo en todo. Tenía tu mismo don con el piano, pero no necesitaba que nadie le dijera cómo debía tocar. Lo hacía con destreza, cariño y pasión, y eso, en un lugar como el conservatorio, donde te enseñan a ser “perfecto” —acentúo con los dedos—, no gustaba. Supongo que ese no era su sitio...

Solo caigo en cuenta del silencio a nuestro alrededor cuando llegamos a una de mis tiendas favoritas. Siempre me han fascinado las antigüedades, la historia que cada objeto guarda después de haber pasado de mano en mano. Sonríe y le hago una seña a Elara para que me siga hasta que una campanita anuncia nuestra llegada.

—No suelo hacer esta clase de cosas, pero... me gusta la idea de que hoy busquemos algo juntas para darle vida a la academia —comento—. ¿Qué te parece si nos repartimos la tienda? Tú explora esa parte, y yo buscaré por aquí. —Señalo con la mano antes de volverlas a guardar en el abrigo—. Si encuentras algo que te guste, anótalo en la libreta que te di y luego haremos cuentas para ver cuánto nos costará todo.

—Está bien...

Cuando se aleja, algo me impulsa a sujetar su mano y tirar de ella para detenerla. Al ver su sorpresa, sonrío y me encojo de hombros como si fuera una niña en medio de un juego.

—¿Eliges tú dónde comer? —le digo recordando que no le había respondido—. Que no sea tailandés, me encanta, pero aún tengo el estómago tocado después de la comilona del otro día.

—De acuerdo. Ahora, déjame trabajar.

Al soltar su mano, ella me sonríe y retrocede hacia los pasillos sin apartar la mirada de mis ojos. Es curioso cómo el destino nos ha llevado hasta aquí, cómo el recuerdo de mi hermana ha unido a dos personas que apenas se conocen, y aun así, parecen sentir algo mutuo. Quiero creer que no es una locura, que esto ha pasado porque estaba destinado, que Amelia lo aprueba allá donde esté, y que los sentimientos incipientes que apenas brillan, crecerán y se expandirán con el tiempo.



30

LO QUE SUSURRA EL CORAZÓN

Violet

Con los planes de remodelación en la cabeza y un montón de ideas acumulándose con el paso de los días, he escapado de casa buscando un poco de aire fresco. Elara ha quedado con Lily, que la acompañará al médico para una revisión, y yo, me he montado en un taxi y he puesto rumbo al cementerio. A través de las ventanas puedo observar como el sol empieza a caer sobre las fachadas de los edificios sacando a la ciudad de su letargo nocturno. Es temprano, no hay mucha gente, pero hay vida en cada una de las calles que recorreremos al ritmo marcado por el tráfico.

Hoy no llevo flores conmigo, pero sí una madeja de emociones liándose más y más en mi pecho. La compañía de Elara, tenerla cerca, vivir a su lado, compartir su espacio provoca que cada gesto y mirada esté lleno de significado. El cosquilleo en mi estómago, las risas, las sonrisas que me roba; me estoy perdiendo en esa mirada que me atrapa y engulle hasta prohibirme escapar. Y me gusta, aunque no sé si lo que me pasa está bien.

Los minutos pasan rápido y cuando pongo los pies en los caminos de piedra que se bifurcan frente a mis ojos y dan acceso a los rincones del cementerio, caigo en cuenta de lo que hago aquí.

Tras semanas leyendo los diarios, las preguntas que me hacía, las culpas que me lancé a mí misma se han ido disipando, permitiendo que la situación no duela tanto y comience a aceptar las razones que tenía mi hermana para dejarnos. A veces cometemos el error egoísta de pedir, de exigir, y nos olvidamos de que nuestras vidas son nuestras y nada más.

Con mis pies levantando algunas hojas muertas en el camino, conecto con lo que ha pasado desde el momento en que puse un pie en el aeropuerto. Lo que más deseo ahora es recuperar las riendas de mi vida y asegurarme de que los pasos que doy, son ciertos y verdaderos, que no me dejo nada tras de mí.

Cuando llego a la tumba de mi hermana, sonrío aunque apenas un poco. Suelto un suspiro y como las otras veces, reviso una por una las letras que forman su nombre como si de pronto, fuese a verlas desaparecer.

—Hola de nuevo, Mel... —susurro, enderezo los hombros un poco y meto las manos en los bolsillos de mi abrigo—. La vez pasada que vine a verte, no te comenté que he estado leyendo tus diarios. No sabía si debía hacerlo, pero... creo que querías que los encontrara, y gracias a ellos he entendido muchas cosas.

Aparto un segundo la mirada de la tumba y suelto un suspiro llevándola a mi alrededor. Unas tumbas más allá, hay una pareja colocando flores y haciendo una visita a su ser querido, tal como lo hago yo; reencontrándose con el recuerdo y el pasado vivido y sentido.

—Elara... —pronuncio en voz baja su nombre—. Te comenté que me volvería loca si seguía siendo tú, pero es que lo estoy. Sé que Elara y tú os queríais, lo he visto reflejado en tus palabras y ahora... —niego un par de veces—. Ahora estoy sintiendo cosas por ella que... —Las palabras se me atascan en la garganta, pero las empujo fuera—. Me gusta y no puedo evitarlo.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, disfrutando de la brisa fresca que corre en ese momento.

—Me gustaría creer que esto va bien, pero... —susurro y me muerdo el labio inferior—. No quiero que pienses que estoy... reemplazando y robándote algo que es tuyo. Y ya no sé qué hacer.

El silencio responde y me paso una mano por el pelo quitándomelo de la cara.

—¿Está bien quererla así? —pregunto al aire, a sabiendas de que no obtendré respuesta, pero esperando algo, cualquier cosa que alivie este nudo que cargo en el pecho—. ¿Está bien seguir adelante a pesar de...?

Saco las manos de los bolsillos y me abrazo a mí misma como si quisiera darme el apoyo que necesito de ella.

—Estoy tan perdida sin ti, que... —Me encojo de hombros—. Siempre fuiste mi brújula y ahora que no estás... ¿está bien dejar que lo que siento por Elara crezca?

La imagen de ella aparece en mi mente. Su sonrisa, esa mirada curiosa, su decisión, la suavidad de sus labios. Ahora que la conozco, que sé algo más sobre su historia, me doy cuenta que es una mujer valiente, fuerte. Creo que soy capaz de reconocer las razones por las que Amelia se enamoró de ella. Pero no puedo evitar pensar que si ella estuviera aquí, nada de esto estaría pasando.

—A pesar de todo, daría cualquier cosa por tenerte a mi lado, por escuchar tu voz, por pedirte consejo. No sé si esto es lo que querías para mí, para nosotras, pero...

El viento vuelve a soplar, arrastrando las hojas caídas a mi alrededor. Me quedo en el lugar dejando que el silencio me envuelva e intento escuchar algo, un susurro, una respuesta, aunque sé que nunca llegará. Después de un rato, dejo atrás las preguntas y coloco una mano sobre la lápida donde mis dedos acarician la piedra fría.

—Te prometo que cuidaré de ella —murmuro ahora más segura de lo que vendrá en el futuro—. No sé qué pasará, pero lo haré bien, por mí y también por ella.

Con la mirada puesta en la tumba una última vez, decido girarme y alejarme. El peso en mi pecho continúa ahí, pero ahora es más soportable. Mientras salgo del cementerio, el sol rompe las nubes y baña todo con una luz brillante y cálida. Quizá sea una señal, o quizá solo sea un día despejado después de tantas lluvias. Pero por primera vez en mucho tiempo, noto que estoy un paso más cerca de saber lo que debo hacer. Y eso es suficiente por ahora.



31

EL AMOR, LA VERGÜENZA Y LA ESPERANZA

Elara

La visita a la tienda de antigüedades fue todo un acierto. Cuando Violet me dijo que era uno de sus lugares favoritos y me vi rodeada de tantas baratijas antiguas, no supe ver su potencial. Sin embargo, eso cambió en cuanto me adentré en los pasillos y me topé con cuadros, figuras, partituras viejas y un piano que sin duda tiene siglos. Nos vamos a gastar bastante, pero Violet no parece darle importancia; está dispuesta a hacer todo lo necesario para que la academia de DiSantis se hunda, igual que lo hizo la de su hermana.

Ayer, mientras me contaba sus planes y cenábamos juntas en casa, sacó algunos álbumes familiares y empezó a organizar las fotografías de la academia en un mural. Su propósito es revivirla desde las cenizas, que toda persona que cruce su puerta se enamore del lugar, y que aquellos que deseen aprender música lo hagan con la misma devoción que ella siente.

No había notado hasta entonces lo apasionada que es. No solo es decidida, sino que sabe muy bien lo que quiere y cómo lograrlo. Sé lo mucho que le ha afectado leer los diarios de su hermana, pero ahora que ha descubierto la verdad, las dudas que antes ensombrecían sus ojos han desaparecido, dejándola envuelta en una determinación que me eriza la piel. No sé si estoy perdiendo la cabeza o qué es lo que pasa, pero me resulta tan atractiva que mi cuerpo reacciona solo con escucharla hablar.

Las cosas entre nosotras no han dejado de fluir y aunque nuestra relación no nació como otras, la verdad es que con cada día que pasa, nos sentimos más y más cómodas en nuestra compañía.

—La otra noche no te lo pregunté, pero ¿cómo terminaste trabajando en el restaurante? —pregunta de repente, mientras caminamos hacia una de mis cafeterías favoritas; allí sirven un chocolate delicioso que se me ha antojado de repente.

—Es una historia bastante larga, pero te la resumo —comento soltando un suspiro—. Ya te dije que me abandonaron cuando era una niña y crecí en el orfanato —le recuerdo. Ella asiente mientras se aparta un mechón de pelo de la cara—. No tuve familia. Fui de esas niñas que no

logran llamar la atención de los padres que buscan adoptar, así que a los dieciséis años me enviaron a una casa de acogida... —explico muy por encima—. Como no encajaba, me mandaron a otra y después a otra, hasta que cumplí dieciocho y me independicé.

—Pero, ¿cómo ibas a independizarte si no tenías nada?

—Durante un tiempo me quedé con unos amigos, pero los cambios no llegaron hasta que vi un anuncio en el restaurante. Phaibun vio en mí a alguien para el puesto que necesitaba cubrir. —Me encojo de hombros—. Primero fui friegaplatos, luego la chica que recogía las mesas, hasta que un día me propusieron ser camarera y acepté. No eran muchas horas, pero al menos podía comer.

—Comer sí, pero vivir no... —Frunce el ceño y le sonrío.

—Por eso tu hermana, al conocer mi situación, me ofreció el ático de la academia —digo, y Violet abre los ojos. En ellos veo cómo encajan las piezas que todavía no entendía—. Yo no le pagaba; a cambio, me ocupaba de la seguridad del lugar.

—Pero...

—Ella nunca me pidió nada—añado y ella asiente—. Un día, después de empezar a trabajar en el restaurante, me quedé tocando el piano público en la salida del metro que está cerca de aquí, y coincidimos. Fue así como descubrió mi talento.

—Ahora lo entiendo todo.

—Me habló de la música, de que tenía un don que debía desarrollar, que con él podía hacer realidad mis sueños —añado, y siento un nudo en la garganta al recordarlo—. También me habló de ti, de lo feliz que eras viajando gracias a la música. Creo que fue la primera vez que me imaginé en un escenario, rodeada de gente.

—Debió ser duro enfrentarte a eso sola —comenta, consciente de que mis palabras no logran abarcar lo que sufrí aquellos años—. No sabía que Amelia me ponía como ejemplo para sus alumnos.

—Tu hermana te adoraba —aseguro aferrándome a su brazo y acortando la distancia entre nosotras—. Se mantuvo alejada para no arrastrarte con ella. Es difícil decirlo, pero creo que nos protegía.

—Supongo que sí...

Mientras caminamos, el tiempo parece desaparecer, dejándonos solo a nosotras, envueltas en el aire fresco de Londres a esta hora de la tarde, y que nos impulsa a avanzar.

—Pero, en fin, ya he contado mucho; ahora hablemos de ti —susurro sintiéndome algo avergonzada por ser el centro de la conversación—. Cuéntame, ¿cómo ha sido vivir tu sueño?

—Pues... —Al mirarla veo sorpresa y dudas. Algo me dice que nadie le ha hecho esta pregunta nunca, lo cual me asombra, porque significa que en todos estos años lejos de aquí, no se han asegurado de que estuviera bien—. Los primeros años fueron frenéticos, alucinantes. Recorrimos toda Inglaterra y parte de Escocia con la orquesta. También Francia, París, y

viamos a Nueva York en la época de Navidad. Ser la única pianista te coloca en el centro de las miradas, no solo del público, sino del director y los compañeros; el trabajo requería precisión y excelencia. Así que me esforcé muchísimo para ser la mejor.

—Justo como pensaba tu hermana...

—Sí, pero ser la mejor exige un esfuerzo sobrehumano —confiesa mirando al cielo—. No puedes desviarte de la melodía porque si lo haces, puedes arrastrar al resto del equipo. Y hay tanta presión que, de repente, un día te das cuenta de que lo que amabas ya no te apasiona, sino que te consume. —Sorprendida por su sinceridad, me detengo, y Violet se da cuenta de lo que eso significa—. Supongo que todo tiene su tiempo. En los últimos años impartí algunas clases en la academia de un amigo en Vancouver. Estaba agotada; ya no podía más.

—¿Por qué no volviste? ¿Por qué no le dijiste a Amelia que las cosas no iban bien? —insisto—. Ella te habría acogido. Estoy segura de que lo habría entendido.

—Lo sé, pero...

—La vergüenza —adivino y Violet asiente—. No querías que ella supiera que la música que tanto amabas ya no te llenaba.

—Exactamente. No quería que pensara que soy una fracasada. —Se encoge de hombros y sus ojos se tornan rojos y vidriosos—. Ella creía en mí, más de lo que yo misma lo hacía. No podía decepcionarla. Aunque... —Suelta una risa irónica—, al final lo único que logré fue perder los mejores años lejos de ella, años en los que pude haberle ayudado e impedir que...

Antes de que continúe, pongo un par de dedos en sus labios y la abrazo, intentando evitar que se rompa otra vez. No necesito preguntar nada más para darme cuenta de lo destrozada que está por las decisiones que tomó, sus consecuencias y lo que perdió. Verla así me afecta, y me dejo llevar por el deseo de ofrecerle mi apoyo, tal como hacía con su hermana cuando la veía saturada o nerviosa.

—Estoy segura de que Amelia está orgullosa de ti —le susurro al oído—. Eres una mujer increíble, Violet Hemming. Y aunque no te conozco tanto como me gustaría, puedo decirte que el mundo es mejor contigo en él.

Mis palabras me llegan muy hondo, y cuando me rodea con sus brazos, descubro que, de algún modo, las dos nos necesitábamos. Quiero pensar que ha sido Amelia quien, con su magia, ha logrado entrelazar nuestros corazones, porque ahora, en su cercanía y con su latido mezclado con el mío, me doy cuenta de que este es el verdadero lugar en el que debía estar.

—Gracias por esto —murmura. Cuando nos separamos, acaricia mi mejilla y me pierdo en mi reflejo sobre sus ojos—. Ahora entiendo por qué Amelia se aferró a tu amor tanto tiempo. Eres capaz de regalar luz en medio de la oscuridad.

—No soy tan especial...

—Sí que lo eres —replica y su pulgar roza mis labios—. Eres como un ángel en la tierra, capaz de brindar calor, fuerza y esperanza a quienes se sienten más perdidos, te lo digo en serio. Sé calar a la gente. Y créeme, me alegra que mi hermana se cruzase contigo en ese restaurante.

Al menos sé que la hiciste feliz y que encontró el amor en medio de su dolor.

—Solo la quise...

—El amor, aunque no sea suficiente, da otro color a nuestra vida —aclara y yo muerdo mi labio inferior, sintiendo esas mariposas en el estómago que ahora, reconozco bien. No sé en qué momento empecé a sentir esto por Violet, pero me doy cuenta que me estoy enamorando, y que es real—. Y tú haces que desee besarte sin parar.

—¿Y por qué no lo haces?

Por primera vez, sin sombras, miedos o excusas, me acerco a ella y el tiempo se detiene. La naturalidad con la que nos movemos me eriza la piel y cuando nuestros labios se unen, el resto del mundo desaparece y un millón de sensaciones se abren paso dentro de mí.



32

SUMERGIDA ENTRE RECUERDOS

Violet

Hace unos quince minutos que estoy en este espacio de la casa que me daba tanto miedo. Elara se ha metido a darse un baño después de haberlo hecho yo, y he aprovechado el silencio que reina para enfrentar algo que antes me daba pánico. El dormitorio en el que mi hermana pasó sus últimos momentos sigue tan frío y distante como la primera vez que tuve que entrar; cada rincón está impregnado de su presencia, pero ahora ya no siento el peso de su ausencia aplastándome. Hay algo más cálido en mi interior, una mezcla de añoranza, tristeza y amor que hace vibrar mi corazón y aflorar las lágrimas con una suavidad inesperada.

Elara y yo hemos disfrutado de nuestro paseo por Londres y aprovechado para hablar de todo y nada al mismo tiempo. Compartir esos momentos con ella me ha ayudado a disipar el dolor y me ha embargado de una calidez que no esperaba sentir después de todo.

Cuando recibí la noticia de que Amelia se había quitado la vida, entré en un estado de shock que traje conmigo de vuelta, como la pequeña maleta con lo necesario para pasar aquí solo un par de días. Sabía que no podría soportarlo mucho tiempo y que querría huir de este lugar cuanto antes; arreglar las cosas y regresar a Vancouver, donde había encontrado una manera de avanzar. Pero fue Elara quien trastocó mis planes, la que me obligó a abrir los ojos. Nos hemos acercado tanto durante estos días que al mirar hacia atrás no reconozco el momento exacto en el que todo cambió. Supongo que fue cuando me besó por primera vez, sin todavía confesarme la verdad, porque ahí comprendí que no podía seguir fingiendo.

A mi alrededor, las fotos, las partituras, la ropa y los libros favoritos de Amelia están tal y como ella los dejó, como si en cualquier momento fuera a regresar. Noto su perfume en el aire, esa mezcla de canela y vainilla que siempre me recordaba a las tardes de cocina con mamá. Aunque ya no esté, en cierta forma es como si siguiera aquí, impregnando cada rincón de esta casa con su esencia. El rencor por haberse alejado y por no contarme lo que pasaba ha desaparecido, y en su lugar siento una tristeza tranquila que surge del amor y no del reproche.

La cama en la que estoy sentada es la misma donde encontraron su cuerpo, y aunque no puedo evitar imaginar cómo pasó sus últimos días, quiero creer que estuvo acompañada por

Elara, que visitó a Lily y a Mark, y que paseó por Hyde Park al atardecer. Me quedan muchas preguntas sin respuesta, pero ahora que acepto que su tristeza era demasiado grande para seguir adelante, ya no me paralizan; en cambio, me impulsan a avanzar. Dirigir la academia de mi madre se convirtió en su sueño una vez que ella nos dejó, y aunque no pude salvarla, sé que, manteniéndola viva, Amelia también permanecerá.

Me pongo de pie y me acerco a su escritorio, donde examino las partituras, algunas sin terminar, otras llenas de anotaciones. Si las cosas hubieran sido distintas, Amelia se habría convertido en una gran compositora. Siempre fue meticulosa, perfeccionista, con un don único y un oído que percibía melodías en cualquier parte. La música era su refugio, la forma en la que expresaba lo que no podía decir con palabras. Me habría encantado tocar una de sus piezas en un escenario, mostrando al mundo quién era de verdad. Aunque ya he decidido cuál será mi futuro, me he prometido a mí misma que su música sonará y se escuchará en todos los rincones posibles.

—Te juro que lo haré... —susurro mientras rebusco entre las cosas amontonadas, hasta encontrar un pequeño cuaderno de anotaciones con un lápiz a medio usar.

Al abrirlo, mis ojos se agrandan, y no tardo en secarme las lágrimas que aún humedecen mis mejillas. Es un cuaderno de notas, pero en lugar de dibujos, contiene ideas, apuntes sobre cómo mejorar la academia y algunos datos de los estudiantes a quienes ayudaba. Sonríe al ver el nombre del hijo de Matthew anotado entre frases, porque aquí, en sus propias palabras, veo la prueba de que no quería rendirse, de que aún guardaba esperanzas incluso cuando la tristeza la invadía.

Elara aparece mencionada en varias páginas, y me detengo en esas líneas para descubrir cuánto creía Amelia en ella, en su talento y en su capacidad de poder llegar lejos. Tiene algo más allá de un gran talento para tocar; tiene una fuerza y determinación para superar los obstáculos, y sé —ahora más que nunca— que puede lograr cualquier cosa que se proponga. Mi hermana no querría que se rindiera, y tengo claro que la decisión de Elara de abandonarlo todo es porque teme que las expectativas y la presión la destruyan, como le sucedió a mi hermana. Pero no voy a permitir que se dé por vencida, no mientras yo esté aquí para ayudarla a salir adelante si llega a caer.



33

LA NECESIDAD DE SANAR

Violet

He perdido la cuenta del tiempo que he pasado hojeando el cuadernillo lleno de notas de Amelia, pero eso es lo de menos. Ahora, además de las ideas que había pensado, tengo todas esas mejoras que ella quería para la academia y que nunca llegó a implementar. Estoy deseando encontrarme con Mark para que me ayude con las reparaciones que necesita el edificio, y cuando estas estén listas, comenzaremos con la parte artística y decorativa. Sé que nos tomará tiempo, que reformar el edificio completo no será sencillo, pero no hay otro proyecto en el que prefiera invertir lo que he ahorrado a lo largo de estos años.

Con entusiasmo, salgo del dormitorio de mi hermana con una sonrisa serena, ansiosa por mostrarle a Elara lo que he encontrado entre sus partituras. Pero cuando levanto la vista, saliéndola veo salir del baño y toda mi determinación se convierte en humo. Su cuerpo, aún húmedo y envuelto solo en una toalla, me deja sin aliento, y esas gotas que caen por su pelo y recorren su piel me roban cualquier intento de disimulo. Quizá no debería mirarla así, pero tampoco soy de piedra, y me cuesta mucho apartar la atención.

—¿Todo bien? —pregunta con una sonrisa tranquila y una mirada en la que intuyo muchas cosas por descubrir.

—Sí, claro... yo solo... —Llevo la vista al cuaderno y lo levanto algo nerviosa—. Encontré esto y pensé que te gustaría verlo. Son anotaciones de Amelia, repletas de ideas para la academia y detalles sobre sus alumnos. —Dudo un segundo—, y también de ti.

Elara acorta la distancia entre nosotras y me roba el cuaderno de las manos. Desde el día que me besó, y los que vinieron después, no puedo negar que mi atracción por ella crece con el paso de los días. Me es imposible ignorar el aroma a jabón, el rubor que le ha dejado el calor del baño o el camino de lunares que baja de su cuello, un recorrido que, en ese instante, me gustaría seguir con los labios. Todo lo que hemos vivido, las emociones que compartimos, los secretos y el recuerdo de mi hermana han creado un vínculo entre nosotras que ahora me atrae sin remedio.

—Amelia también quería darle un cambio a la academia... —susurro, y cuando Elara alza

la mirada, mi corazón se desboca. La tengo tan cerca, con su pelo aún húmedo y pegado a la piel, que sin apenas pensarlo, alzo una mano para recoger con los dedos las gotas que tocan sus mejillas. El roce me provoca una descarga eléctrica que recorre todo mi cuerpo y lo despierta—. Usaremos esas ideas cuando Mark y su equipo empiecen con las reformas.

—Sí... —murmura ella y se muerde el labio provocando que mi atención se quede en su boca—. Me gusta...

—¿El qué? —pregunto algo desorientada y ella ríe, consciente del efecto que tiene sobre mí—. Perdona, es que...

—¿Qué?

Su gesto pícaro enciende una chispa dentro de mí que hasta ahora permanecía dormida. Me gusta, me atrae y siento una necesidad de estrecharla entre mis brazos tan grande que tengo que dar un paso atrás para no lanzarme sobre ella. Hace tan solo unos meses que era la pareja de mi hermana, y sentir todo esto me provoca una sensación de traición hacia su recuerdo.

—Creo que esto no está bien... —murmuro, aunque en el fondo no es lo que quiero decir—. Amelia...

—Nos ha llevado hasta aquí —responde con una seguridad que disipa mis intentos de rehuirlo—. ¿Acaso no sientes lo mismo?

—¡Claro que sí! —contesto casi sin pensar y después me muerdo el labio inferior—. Si no sintiera nada, no te habría tenido a mi lado estos días. Te habría pedido espacio.

—¿Entonces? —Elara coloca una mano en mi pecho, y en ese instante siento cómo el deseo recorre cada parte de mi ser, avivando una necesidad de tocarla y acercarme a ella como hace mucho no lo hago con nadie. Intento apartar la mirada y controlar el impulso, pero cuando da un paso hacia mí, coloca una mano en mi mejilla y me sonríe, siento que no podré evitarlo—. No tienes que frenar lo que sientes. Amelia no nos juzgaría. —Su pulgar roza mis labios, y descubro que no puedo seguir negando lo que ella provoca en mí—. Violet...

Al escuchar mi nombre en sus labios, me inclino hacia ella y Elara reacciona uniendo sus labios a los míos, borrando el espacio entre nosotras. Siento sus manos húmedas en mi cuello, el aroma a jabón embriagar mis sentidos y el latido de mi corazón acompasándose con el suyo.

Lo único que hago es sentir, dejarme llevar por la suavidad de su boca contra la mía, de sus manos mientras recorren mi espalda, y del calor de nuestros cuerpos traspasando la tela de mi ropa. No hay prisa, ni urgencia, solo entrega y curiosidad. Y cuando las mías buscan su cintura y le retiro la toalla, Elara se abandona en mis brazos, llevándome consigo hasta su dormitorio.

Solo estamos ella y yo, y lo sé al caer sobre su cuerpo y ver mi reflejo en sus ojos. Veo mi reflejo en sus ojos. No entiendo cómo hemos llegado a este punto, cómo hemos pasado de ser dos desconocidas a dos personas que buscan amor, comprensión y, sobre todo, compañía. Ella se quita la toalla con delicadeza y acaricia mi piel con una ternura que me arranca un suspiro. Ya no hay marcha atrás, me dejo llevar y me acomodo entre sus brazos, dejándole claro lo mucho que la necesito.

Los minutos se vuelven algo maravilloso y eterno, y nos perdemos la una en la otra, mientras exploramos y descubrimos cada rincón de nuestra piel, cada historia que esconden sus pliegues, cada herida invisible. No hay prisas, ni presión. Simplemente estamos aquí, compartiendo este instante de intimidad que ambas necesitábamos para continuar. Cuando quedamos embriagadas por el éxtasis, nos tumbamos en silencio, con las manos entrelazadas y el cuerpo aún cálido por el contacto.

—Esto parece irreal... —susurra y yo acaricio su mejilla con ternura—. Cuando Amelia murió, sentí que mi mundo se desmoronaba, y ahora... —sonríe y juega con un mechón de mi pelo—. Ahora me doy cuenta de que en la vida las cosas pasan por una razón.

—¿Eso crees? —Levanto una ceja, consciente del significado de sus palabras.

—Suenas difícil, lo sé... —murmura en voz baja—, pero si no hubiera sido por... —Se muerde el labio—. No habrías regresado a casa, no habrías descubierto lo que realmente le ocurrió, y tampoco te habrías animado a dejarlo todo para devolverle la vida a una academia que te vio crecer como pianista.

Soy incapaz de responder, así que la invito a recostarse en mi pecho y cierro los ojos. Por primera vez en mucho tiempo me siento en paz, en casa, en el lugar al que pertenezco. Y aunque me duela aceptar que tuve que perder a mi hermana para descubrir que mi sitio estaba aquí, es una realidad que acojo en mi corazón.



34

ELEGIR ENTRE EL MIEDO Y LOS SUEÑOS

Elara

Un nuevo día da comienzo, y me despierta con la luz que proviene de la calle al chocar con mis ojos. Me siento tan cómoda en la cama que escondo los brazos bajo las mantas y me refugio en el calor que envuelve mi cuerpo unos minutos más. A mi lado, Violet yace completamente dormida, con su cabello castaño desparramado sobre la almohada y el gesto tranquilo, sin inmutarse de nada. Tiene las mejillas rosadas y algunas pecas muy pequeñas destacan sobre el tono de su piel. Hemos pasado la noche haciendo el amor, y cuanto más me repito esas palabras, más abrumada me siento. Yo creía que lo que teníamos Amelia y yo era algo maravilloso, inigualable, pero esto, lo que acaba de nacer entre nosotras, es mucho más fuerte y embriagador.

Por extraño que parezca, me he estado preguntando a lo largo de estos días si lo que sentía por Amelia era amor. Llegó a mi vida como un bote salvavidas, rescatándome cuando más lo necesitaba y me urgía encontrarla. Me aferré a ella desesperadamente y me dejé llevar por sus pasos, su presencia, porque sabía que a su lado iba a estar bien. Tengo muy claro que la quise, que nuestro amor fue sincero, pero lo que ahora gobierna en mi pecho y hace latir mi corazón es mucho más intenso, y eso me pone de los nervios y, a la misma vez, pone en mis labios una sonrisa que soy incapaz de borrar. Con Violet el mundo a nuestro alrededor parece más brillante, incluso en medio del caos emocional que ambas arrastramos.

Con mucho cuidado, me escapo de la cama tratando de no despertarla, y una vez que estoy de pie, busco algo de ropa que ponerme y salgo de la habitación, no sin antes tomarme unos segundos para mirarla y ser consciente de lo que nos está pasando. Me estoy enamorando de una mujer que apenas conozco, que tiene diez años más que yo y, aunque suene a locura, la verdad es que me gusta.

Dispuesta a comenzar este día con una sonrisa, me dirijo a la cocina con la intención de preparar el desayuno para las dos. No sé mucho sobre los gustos de Violet, pero quiero intentarlo. Deseo que este día comience bien para nosotras, que aleje el torbellino emocional de los días pasados y nos ayude a centrarnos en lo que debemos hacer hoy.

Mientras camino en busca de los ingredientes que necesito para hacer unos huevos

revueltos, no puedo obviar el cosquilleo que revolotea en mi estómago. A pesar del año que Amelia y yo estuvimos juntas, no tuve un momento para hacer algo así por ella, y me pone nerviosa pensar que mi torpeza puede destruir lo que en mi mente resuena como “el desayuno perfecto”.

Ayer, mientras disfrutábamos de nuestra compañía en el restaurante y de un paseo, me habló de que quiere visitar conmigo el conservatorio, hablar con el director del mismo y llevar consigo los diarios de su hermana; quiere atajar el problema de que ese mal nacido de Giano siga dando clases allí. Le hice prometer que no lo veríamos; más que nada porque no sé cómo voy a reaccionar al tener delante de mis narices al hombre que provocó que Amelia dejase de ser la niña que sonreía en las fotografías. Pero, aun así, estoy tensa por lo que pueda llegar a pasar.

Con la sartén en el fuego y los huevos ya batidos en un bol, camino hacia la nevera para buscar algo de fruta, y mis ojos chocan con el almanaque que cuelga de la puerta. Quedan solo unos días para las pruebas y, de pronto, algo dentro de mí se paraliza. Mi corazón, que hasta ahora estaba en calma, se acelera y esta vez lo hace por el miedo. Cuatro días. Cuatro días hasta las pruebas que podrían cambiar mi vida, que podrían darme un futuro en la música... o terminar por no significar nada.

Decido apartar mis pensamientos y sacar lo que pueda del interior del frigorífico para no tener que fijarme de nuevo en la fecha, y le doy la espalda al mundo con la intención de centrarme en lo que debo hacer. Amelia creyó siempre en mi potencial, lo hizo desde el primer día que me vio tocar. Ella fue quien me animó, quien insistió en que tenía el talento suficiente para conseguirlo. Invirtió todo su tiempo y esfuerzo en mí, y ahora... ahora no me veo capaz de hacerlo. Violet me dijo que hay muchas maneras de conseguir mis sueños, que el conservatorio no es lo único, y quiero creer que eso es verdad.

Con un nudo en la garganta, sigo, y en cuestión de minutos el aroma del desayuno llena la cocina. Las imágenes de Amelia me invaden, traen de entre las cenizas sus sonrisas de aprobación cada vez que lograba dominar una pieza complicada; sus palabras de aliento cuando dudaba de mí misma. Ella pensaba que tenía un don, y aunque Violet también me lo ha asegurado, ¿qué pasa si ambas están equivocadas? ¿Qué pasa si, en realidad, no soy tan buena como dicen? ¿Y si me doy cuenta de que no valgo para esto?

La idea me aterra y es entonces cuando el peso del miedo, del miedo al fracaso, me aplasta. Amelia invirtió su tiempo en enseñarme y la sola idea de fallar me paraliza. No quiero que me ocurra lo mismo que a ella, acabar destrozada por los abusos e insultos de mis maestros y hundirme en una depresión tan profunda que me devore hasta no dejar pedazo de mí.

«Lo siento, tu pasión no es suficiente». Esa frase, que nunca nadie ha pronunciado, resuena en mi mente, y por un tramo de tiempo indeterminado desconecto de lo que estoy haciendo y me dejo llevar por una burbuja de temor, un temor muy real. Estoy atrapada entre el deseo de cumplir con las expectativas de Amelia y honrar su memoria y la desgracia de descubrir que, en realidad, no soy tan buena como creía.

—¡Elara! ¡Que se quema! —Violet aparece corriendo por la puerta y reacciono justo cuando ella sujeta la sartén y la tira al lavabo para echarle agua y apagar así unos huevos revueltos que se han carbonizado. Solo reacciono cuando el olor a chamuscado golpea mis

sentidos y, una vez que ella regresa a mi lado, pregunta—: ¿Estás bien?

—Lo siento, yo...

Hay cosas que no se pueden controlar, y eso es el miedo a ser incapaz de hacer realidad tus sueños. Me aferro a su cuerpo con los ojos llenos de lágrimas, y al notar sus brazos rodeando el mío, suelto el peso que llevo dentro. Empiezo a temblar; Violet me sujeta fuerte y me brinda su calor, un apoyo que no había recibido de nadie, ni siquiera de su hermana. Inconscientemente, le había ocultado a Amelia lo mucho que me aterraba que todos se rieran de mí, que me señalaran con el dedo o juzgaran mi manera de tocar el piano por haberme pasado la vida haciéndolo en las calles.

—Tranquila, todo está bien. No pasa nada si el desayuno se ha quemado; podemos ir a una cafetería. Conozco una que te va a encantar —me dice con una dulzura que me aplasta, y entonces me aparto de su cuello para mirarla a los ojos—. Solo son unos huevos.

—No es eso... —niego un par de veces y me seco las lágrimas con una mano—. Es que faltan apenas unos días para... ya sabes.

La veo apartar la mirada para observar el almanaque, y entonces, noto cómo su gesto cambia, invadido por la preocupación. Ya hablamos de las pruebas hace días, y quedamos en que no me presentaría. Estoy segura de que creerá que soy una niña por no tener seguras mis decisiones, pero en vez de regañarme, sujeta mi rostro entre sus manos y me besa.

Es un gesto suave, tranquilizador, tan cálido como una taza de té en un día de lluvia, como el fuego de una chimenea en invierno.

—Dime algo, ¿no quieres presentarte porque no deseas seguir los pasos de mi hermana o porque temes descubrir que no eres válida para entrar al conservatorio como los demás? —Aparto la mirada de sus ojos, y eso es suficiente como respuesta—. Si algo heredamos mi hermana y yo de mi madre, fue la capacidad de descubrir quién está hecho para la música y quién no —añade—. Yo no sabía ni que existías hasta hace unas semanas, y cuando te vi tocar, te juro que me paralizaste el corazón.

—No exageres...

—No lo hago —sonríe—. Mira, cuando entres allí, si al final así lo decides, te encontrarás con situaciones diversas —comenta una vez que se asegura de que el fuego esté apagado y me lleve con ella al salón—. Estarán los más listillos, los que con esfuerzo sacan adelante las pruebas, y los que están ahí porque sus padres así lo desean, aunque no se les dé bien —enumera—. Amelia y yo fuimos de las últimas, aunque en nuestro caso, se nos daba de maravilla. Siempre estuvimos en el punto de mira porque mi madre era pianista.

—Me lo puedo imaginar...

—Mi madre, al igual que Amelia, tenía otra manera de sentir la música, de amarla y hacerla suya. Por eso invirtió todo lo que tenía en la academia —me cuenta con un toque de melancolía en la voz—. No recuerdo mucho de esa época porque era muy pequeña, pero el ático que Amelia te cedió para vivir fue el primer hogar en el que convivimos las tres. A menudo, nos

contaba que esa época fue dura para ella, pero que nunca se arrepintió de la decisión que tomó.

—Tuvo que ser complicado estar sola y tener que criar a dos bebés a la vez.

—Era fuerte, y bastante testaruda —admite entre risas—. Pero cuando se le metía algo en la cabeza, no paraba hasta conseguirlo. Con su academia, quería que las personas que entraran por esa puerta amasen la música, y lo hicieron mientras vivió.

—¿De qué murió?

—De cáncer. De un momento a otro comenzó a adelgazar muchísimo —me cuenta a la vez que sube las piernas al sofá y se sienta sobre ellas—. Apenas comía o tenía fuerzas para nada. Y un día, en una visita médica, se lo dijeron. A Amelia y a mí nos quedaba poco para terminar los estudios en el conservatorio, y bueno... —Se encoje de hombros—. Un día se apagó su luz y ya está.

—Lo siento mucho, tuvo que ser difícil vivir eso.

—También tener que luchar por hacerte un lugar en este mundo —aclara y toma mis manos entre las suyas—. Tú también eres fuerte y capaz de enfrentarte a cualquier cosa. Lo has hecho toda la vida. Esto no es nuevo para ti.

—Sí que lo es... —suspiro—. Nunca me he examinado de nada. Tengo los estudios mínimos porque en el orfanato teníamos profesores, y cuando me fui, solo pensaba en cómo conseguir dinero para comer.

—Bueno, entonces, deja que yo te examine. Ya sabes que estoy capacitada —me recuerda—, así que puedo ser estricta contigo y decirte qué haces bien y qué no.

—¿Serás tan dura como tus profesores?

—Seré honesta y paciente, pero jamás usaré tus experiencias en contra para que mejores.

—¿Eso hacía DiSantis? —pregunto frunciendo el ceño.

—Siempre —responde y su expresión se endurece—. Por eso no pienso dejar que se salga con la suya. Necesitan saber la clase de persona que es.

—¿Estás segura de entregar los diarios de tu hermana?

—Es lo menos que puedo hacer. El conservatorio merece tener profesores que transmitan amor por la música, no dudas sobre el valor de sus alumnos.

—Como tú...

Cuando digo esas palabras, Violet me sonríe, y por un momento siento que he desvelado algo que llevaba oculto. Imaginarla como mi verdadera profesora, aprender de ella... consigue que llegue a replantearme seriamente mi decisión. Quizá, después de todo, sí que sea una buena oportunidad.

«Giano Disantis. Su nombre trae consigo un vendaval de emociones que no sé bien cómo manejar. Al principio, cuando Violet y yo lo conocimos, pensé que era el mejor profesor del conservatorio; hablaban de él como si fuera un genio, un hombre capaz de lograr que cualquier niño se convirtiera en una estrella. Mi madre lo admiraba de una forma tan especial, que me sentí emocionada, incluso honrada. Pensé que teníamos una gran oportunidad, que con él podríamos volar, seguir hacia adelante con los aprendizajes que ya teníamos y conseguir ese sueño que poco a poco se hacía más real en mi corazón.

Pero no fue así, y aún me duele recordar la manera en la que pasaron las cosas.

Desde el primer día que entré en su clase supe que las cosas no irían bien. Giano no tenía ni paciencia, ni empatía. Sus palabras eran como cuchillas afiladas, siempre encontraban la forma de hincarse donde más dolía. Me observaba con ese aire crítico y superficial, como si cada movimiento de mis manos o nota que tocaba nunca fueran suficientes, y si cometía algún error, lo sabía incluso antes de que yo misma lo notara.

‘¿Eso es lo único que puedes hacer, Amelia? ¡Si quieres brillar como tu madre, debes esforzarte más!’

Esa frase todavía me persigue a día de hoy. Giano la recitaba como si fuera algo normal, algo sin importancia; el ánimo de un tutor para una alumna que se negaba a seguir el ritmo del resto, pero para mí, era un recordatorio constante de que nunca estaría a la altura, de que nunca sería suficiente para él, para mamá, e incluso para Violet.

Con el tiempo, sus clases dejaron de gustarme y se convirtieron en un juicio constante. No tocaba el piano para sentir o expresarme. Lo hacía para evitar la vergüenza, las miradas, su desaprobación, para no ver su expresión de decepción y no escuchar cómo suspiraba cada vez que mi interpretación no cumplía lo que él nos imponía.

Lo peor de todo es que me hacía dudar de la música. De ese amor que sentí siempre, de esa conexión que creí indestructible. Había días en los que salía de sus clases sintiéndome vacía, como si cada nota se apagase en mi interior. Me miraba al espejo y me preguntaba si realmente quería ser pianista, si tenía el derecho de estar en el conservatorio, si debía seguir intentándolo, si valía la pena sufrir.

He culpado una y mil veces a mi madre por esto. Ella creía mucho en él, en su talento, en su capacidad. Creo que le era imposible ver lo que Giano hacía conmigo. O tal vez sí lo hizo, pero no quiso aceptarlo. Mamá tenía una manera extraña de justificarlo. ‘Es exigente porque sabe que tienes potencial, Amelia. Si no creyera en ti, no te presionaría tanto.’ Yo me aferraba a esas palabras, las guardaba en mi corazón, sin embargo, no lograron consolarme.

Lo de Giano no era sólo presión. Me hacía sentir pequeña, insignificante, y lo peor de todo es que comencé a creerle y dudar de mí misma. Hubo momentos en los que pensé rendirme. En dejar el conservatorio y todo atrás. Pero no podía. No podía defraudar a mi madre, ni a Violet, ni siquiera a mí misma, aunque cada día me costaba más encontrar razones para seguir.

No puedo negar que Giano me enseñó cosas importantes. Técnicas, disciplina, cómo dejarme llevar y que el piano fuera una extensión de mí misma. Pero eso tuvo un precio demasiado alto. Mi confianza, mi amor por la música, mi propia identidad. A veces me pregunto

si él lo sabía. Si entendía el daño que me hacía.

Es extraño escribir esto ahora, porque una parte de mí continúa sintiendo que tal vez me equivoqué, que quizás él tenía razón y simplemente yo no era lo suficientemente buena. O que no estaba hecha para la música. Pero al mismo tiempo, otra parte de mí sabe que nadie debería sentirse como yo en sus clases. Nadie debería temer tocar, fallar, no ser suficiente. Esa fue la razón por la que decidí quedarme y seguir adelante con la academia de mamá, para que personas como yo tengan un lugar.

Giano era un maestro brillante. Eso nadie lo puede negar. Pero para mí fue una sombra. Una que aún intento alejar, pero que sigue persiguiéndome, recordándome cada día que, tal vez, solo tal vez, no soy lo que todos esperaban que fuera.»



35

UNA VISITA LLENA DE SORPRESAS

Violet

Elara y yo llevamos más de quince minutos caminando por el jardín del conservatorio. Después del desayuno, pensé que sería bueno relajarnos, que disfrutase del olor a tierra mojada y de las vistas del edificio desde afuera. A esta distancia se puede escuchar el suave sonido de los instrumentos mezclándose con el ajeteo de la ciudad, y eso me recuerda a los días de verano, cuando mi madre nos traía de picnic a la sombra de los árboles y nos hacía fantasear con que algún día, no muy lejano, formaríamos parte de su historia.

Ahora, mientras miro los ladrillos rojos y los grandes ventanales de cristal, no puedo evitar sentir una enorme mezcla de emociones. Por un lado, la nostalgia que provocan los recuerdos bonitos que guardo de este lugar. También tristeza, por lo que ocurrió entre sus muros y que nunca supe, y, sobre todo, esperanza, una esperanza que nace de las ganas de poner freno a las artimañas de un hombre que, hasta hoy, sigue impartiendo clases aquí. Elara está justo a mi lado, con la mirada fija en el enorme edificio que se levanta ante nosotras, y puedo ver en sus ojos azules lo nerviosa que parece. Sé que la idea de formar parte de este mundo le aterriza, pero nadie la va a obligar; quiero que sepa que tiene otras opciones y que no perderá sus sueños.

—La primera vez que mi madre me trajo aquí, también puse esa cara.

—¿Qué cara? —pregunta con las mejillas algo rojas por el frío y la vergüenza.

—La de: “Esto es tan grande que capaz y me pierdo por los pasillos” —digo y se echa a reír. Estoy segura de que mi comentario habrá aliviado un poco ese miedo que carga por dentro, o al menos, eso deseo—. Ya verás que no es tan grande desde dentro.

—Si tú lo dices...

Con una sonrisa y la seguridad de estar haciendo lo correcto, la sujeto de la mano y entrelazo mis dedos con los suyos, percibiendo en el contacto ese cosquilleo que nace dentro de mí cada vez que la beso. Solo tenemos que subir unos escalones y atravesar el arco de piedra para encontrarnos con la puerta principal de forja y cristal. Al empujarla, lo hago con la misma sensación de la última vez, y, cuando Elara sigue mis pasos hacia el interior, el mundo exterior se

desvanece.

—Bienvenida al que alguna vez fue mi segundo hogar —digo en voz baja tratando de no romper el silencio, aunque el conserje nos mira y yo le dedico una sonrisa. A nuestro alrededor, las paredes están repletas de fotografías de músicos y compositores que estudiaron aquí, y entre ellas, distingo la imagen de mi madre y también la mía—. Deja que le pida unos pases a Austin y seguimos adelante.

Elara se queda en el sitio, y durante unos segundos, la veo auparse para intentar ver más allá de las puertas que separan la entrada de los pasillos que llevan a diferentes áreas del edificio. A la izquierda, está el que va hacia las oficinas y áreas administrativas, pero nuestro camino es por la derecha, donde también están los que conducen a las aulas y salas de ensayo. Quiero que recorramos cada espacio juntas, aunque aún no le he comentado por qué he decidido que vengamos hoy, a tan solo unos días de las pruebas para la obtención de becas.

—Bueno, ¿preparada? —Levanto una ceja y ella se cuelga el pase del cuello—. Quiero que conozcas esto y veas que no es un lugar tan malo para pasar los días.

Elara asiente despacio y se aferra a mi mano, apretándola suavemente.

El suelo de mármol refleja nuestras figuras al caminar y, a medida que avanzamos, percibo las notas de un violín a lo lejos. Ella sonríe; sin embargo, está demasiado absorta en las fotografías en blanco y negro que llenan las paredes como para notarlo. En los tablones de anuncios, hay carteles de eventos musicales próximos, y cuando giramos en una esquina, nos cruzamos con un grupo de alumnos.

—¿Eso son salas de ensayo? —pregunta señalando un sinfín de puertas con la mano.

—Sí. En cada una se toca un instrumento diferente —le explico sin elevar demasiado la voz—. Están insonorizadas para que no se mezclen las melodías. Así es más cómodo. Vamos.

Tiro de su mano, cruzamos un pequeño atrio de luz natural, y a la derecha, encontramos la gran escalera que lleva al piso superior, donde están las aulas de ensayo para piano. Al final de estas, la acústica cambia por completo, y el sonido de algunos de ellos sonando a la vez nos envuelve; algunos alumnos ensayan y eso llama la atención de Elara, quien los observa a través de la pequeña ventanilla de cristal en las puertas.

—Tocan muy bien...

—Bueno, aquí se viene a aprender; es lógico que sea así —comento, intentando que no se sienta inferior—. Tú también tocarás de esa manera.

—Tienes mucha fe —me reprocha abrazándose a mi brazo para refugiarse de lo que sea que esté sintiendo—. No sé si este lugar está hecho para mí.

—¿Y si te dijera que no vas a estar sola? —pregunto antes de abrir la puerta que da a una gran sala con un piano de cola Steinway.

Sonríó al recordar cuando yo misma tocaba en él, ensayando para los certámenes de Navidad.

—¿A qué te refieres?

Al escuchar su pregunta, le guiño un ojo y tiro de ella para caminar hacia otro lugar diferente del que estamos visitando. Caminamos rápido, bajamos nuevamente la escalera, y esta vez, en lugar de cruzar el atrio, tomamos el pasillo de la derecha, hacia una zona más tranquila y formal del conservatorio. A nuestro alrededor, hay muchas fotos de músicos que marcaron un antes y un después en la historia de este lugar, y, una vez que llegamos a una pequeña sala de espera, me detengo.

—Sé que esto te va a parecer muy extraño, pero... —Me muerdo el labio—. He pensado en postularme para ser profesora en el conservatorio. Cuando me lo mencionaste esta mañana, no quería decirte nada, pero...

—¿¡Qué! —La exclamación de Elara resuena en la sala y yo le cubro los labios en un intento de que no vuelva a gritar.

—He estado pensando que la única manera de poner fin a lo que Giano ha estado haciendo aquí es conseguir que lo echen y suplir su puesto —le explico más serena—. Esta decisión no cambia mis planes de reformar la academia de mi madre, pero ayudará a los demás.

—¿Estás segura? Volver aquí, recordar...

—Conozco este sitio como la palma de mi mano —respondo y echo un vistazo a mi alrededor—. No me va a costar adaptarme. Hasta hace unos años, era alumna, pero cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que me encantaría pasar los últimos años de mi vida impartiendo clases y transmitiendo mi pasión por la música.

Elara fija la vista en mis ojos y luego da un paso adelante, acercándose un poco más a mí. Sé que duda; lo veo en su gesto, pero finalmente, asiente y yo respiro aliviada.

—¿Esperas aquí mientras voy al despacho de dirección? —pregunto con curiosidad y ella afianza su agarre a mi mano antes de regalarme un beso en la mejilla—. Prometo que no tardaré mucho.

—No me moveré de aquí.

Con su respuesta, saco los diarios de mi hermana, donde hice algunas anotaciones, y me armo de valor para lo que estoy a punto de hacer. No es fácil para mí, pues soy su pupila y él, un hombre con años de experiencia; pero tengo muy claro que es lo mejor y lo que tengo que hacer para que la memoria de mi hermana, por fin descanse en paz.



36

EL INSTINTO DEL GRAN PIANISTA

Elara

Hace más de veinte minutos que Violet entró en el despacho de dirección. Le prometí que me quedaría en la sala de espera todo el tiempo que necesitase, pero, como siempre, la curiosidad me ha ganado.

El conservatorio es un lugar tan grande, con tantos rincones por descubrir, que no he podido evitar levantarme y empezar a caminar. Si no recuerdo mal, la sala de ensayos donde vimos el gran piano de cola estaba muy cerca de aquí; solo quiero escuchar cómo suena cuando se toca en este lugar y sentirlo como lo haría un alumno más. Sé que Violet espera que siga adelante con mis intenciones de estudiar en el conservatorio, pero aún tengo la cabeza plagada de dudas, y el miedo a no ser capaz de lograrlo me anega el alma. Necesito pensarlo bien; siento que voy a contrarreloj y el tiempo se me escapa.

Miro a mi alrededor y, antes de darme cuenta, mis pies ya me guían de regreso a las aulas de ensayo que minutos antes recorrí con ella. Lo hago con la sensación de haber pertenecido siempre a este sitio, como si supiera hacia dónde me llevan mis pasos. Y mientras camino, en la única persona que pienso es en Amelia.

Ella vivió la mayor parte de su tiempo entre estas paredes, sonrió, rio, entabló amistades, fue feliz; pero también sufrió, conoció el dolor, y se sintió insignificante e incomprensida. Aunque su hermana no lo sabe, eso es algo que Amelia y yo compartimos. Porque alguien que ha sido abandonado y nunca encuentra una familia, termina grabándose en el alma que es, de algún modo, un bicho raro.

Observo el reloj unos segundos y, tras mordirme el labio inferior, echo una mirada hacia atrás. No debería estar aquí sola, pero las luces siguen apagadas y la mayoría de las clases, excepto una, están cerradas. Al parecer, las horas de ensayo de los alumnos han terminado, y eso me anima a abrir la puerta y acercarme al piano colocado en el centro de la habitación.

Antes de darme cuenta, estoy sentada en la banqueta. Es curioso cómo algo tan simple como un instrumento puede hacerme sentir a la vez tan vulnerable y tan fuerte. Es como si este

pudiera extraer lo mejor y lo peor de mí, como si abriera las puertas hacia mi alma, exponiendo las heridas que aún no sanan y las cicatrices que el tiempo ha curado a su manera.

Con las manos temblorosas, cierro los ojos y toco suavemente las teclas con las yemas de los dedos. Necesito sentir el piano bajo mis manos, escuchar cómo resuenan las teclas en la sala vacía y, de pronto, el movimiento se desliza sobre él, llevando a la vida una pieza que nunca he mostrado a nadie. Es una melodía que solía tocar en el orfanato, una que me daba consuelo en los momentos más oscuros. Violet tenía razón al decir que soy fuerte; he tenido que serlo para no hundirme. Y una vez que las notas llenan el aire, suaves y cargadas de emoción, por un instante, me siento libre. La tensión se desvanece, y solo existimos la música y yo.

Estoy sumergida en la pieza, hasta que un aplauso rompe el silencio, y, sobresaltada, me detengo de golpe. Me giro rápidamente y veo a un hombre en la puerta. Mi primera reacción es de vergüenza; lo que hace levantarme de la butaca, cerrar la tapa del piano y apartarme de aquí.

—Lo siento... —balbuceo echándome hacia atrás—. No debería estar tocando sin permiso.

—No te disculpes —comenta él—. Tocas con el alma. Es... increíble.

No sé qué decir, así que me abrazo a mí misma y miro varias veces hacia la puerta, rogando que Violet aparezca. El hombre me observa; parece mayor, de unos sesenta o setenta años, con una mirada intensa y una presencia que me eriza la piel. No lo conozco de nada, pero hay algo en su forma de moverse y examinarme que me incomoda.

—Esa pieza... —Señala el piano acercándose un poco más—. Nunca la había escuchado antes. ¿Es tuya? —Asiento un poco tensa. Soy incapaz de responder con palabras. Tocar siempre fue mi refugio, pero compartir mi música con alguien más siempre me ha hecho sentir expuesta—. Tienes talento —continúa—. No todos poseen esa conexión tan profunda. Es raro ver algo así por aquí.

—Estoy segura de que entre sus alumnos hay alguien que lo toca así, incluso mejor que yo —respondo con las mejillas rojas y un nudo en el estómago. La forma en la que me mira resulta intimidante, pero trato de mantener la calma—. Pero se lo agradezco —murmuro intentando ser educada—. Ahora, si me disculpa...

—No sé si lo sabes, pero en cuestión de una semana el conservatorio realizará pruebas de acceso para obtener una beca de estudios —comenta de pronto. Dudo un momento antes de contestarle; no quiero hablar de las pruebas, pero él espera mi respuesta, y, tras mordirme el labio, asiento ligeramente—. Una persona con ese don no debería andar por ahí sin afinarlo.

—Sí, bueno... lo estoy considerando —respondo insegura.

—Bien —dice cruzándose de brazos—. Este conservatorio necesita más estudiantes como tú. Pero debes estar preparada para lo que viene una vez que cruces esas puertas y te conviertas en alumna. No es fácil estar aquí. Muchos tocan bien, pero no soportan la presión.

—Son dos cosas que no deberían ir de la mano —aclaro, y de repente, la puerta se abre con fuerza—. Violet... —sonrío, y al soltar un suspiro, me acerco a ella para sujetarle la mano.

—Por fin te encuentro —me dice y luego pone su atención en el hombre frente a nosotras. En su expresión veo algo que no esperaba—. Deberías haberte quedado en la sala de espera.

—Lo sé, pero...

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Violet, haciéndole reír al escucharla.

—¿No recuerdas que este es mi lugar de trabajo? —le responde con una sonrisa ladina y un tono que no me gusta nada—. La pregunta tendría que hacértela yo a ti. Pensaba que regresarías pronto a los escenarios.

—No, pienso quedarme aquí —aclara ella sumando un toque de tensión al ambiente—. Creo que este es mi hogar, mi lugar, y, si te soy sincera, Giano, lo único que quiero es evitar que más niños como mi hermana sufran por tu culpa.

—¿Giano? ¿DiSantis? —murmuro en voz baja casi para mí.

Todo en mí se congela, y el aire de la sala se vuelve pesado de repente.

—Tu amiga tiene talento —señala él con una sonrisa sesgada—. Me recuerda mucho a tu hermana.

—No te acerques a ella. —Violet, lejos de mostrarse tranquila, le advierte, y Giano se echa a reír—. Elara no tiene nada que ver contigo.

—No he hecho nada malo, Violet. Solo le he sugerido que se presentara a las pruebas —dice, con tono afable, como si lo ocurrido no fuera importante—. Tiene un don que pocas veces se ve por aquí, y sería una pena que lo desperdiciara. Pero ya me voy. Nos veremos muy pronto.

—No lo dudes. A partir de ahora, seré la profesora de los nuevos alumnos del conservatorio —responde, lanzando una sorpresa que choca con Giano y lo hace retroceder cuando está a punto de salir—. ¿Sorprendido? Te dije que haría todo lo que estuviera en mi mano para verte caer. Ya has sembrado demasiadas sombras en este lugar.

—No vas a encontrar nada.

—Eso ya lo veremos —replica ella sin moverse apenas un centímetro de su postura—. Ahora es mejor que subas al despacho de dirección. Me parece que te buscaban.

Cuando Giano se marcha, Violet se gira hacia mí, sujeta mi rostro entre sus manos y luego me abraza con toda la fuerza que tiene. Estoy temblando y me doy cuenta de ello cuando toma mis manos entre las suyas.

—Tranquila, estoy bien... —digo e intento serenarme—. No sabía que él era...

—No te preocupes. Ahora vámonos —me dice, pero yo soy incapaz de moverme y, en cambio, me dejo caer en una de las sillas, respirando con dificultad—. Elara... —Violet se arrodilla delante de mí y vuelve a abrazarme—. Tranquila. Todo está bien.

—No lo está...

—Siempre estaré aquí —promete, y de pronto, un recuerdo de Amelia diciéndome lo

mismo atraviesa mi mente, haciendo que me aparte.

—Nunca prometas algo que no puedas cumplir. Amelia lo hizo y mira dónde está ahora.

Violet baja la mirada y yo me llevo una mano a los ojos, en un intento por contener las lágrimas. DiSantis no es cualquiera, es un espectro del pasado que persigue todo lo que Amelia dejó atrás... y ahora que me conoce, temo que no me deje en paz. De repente, el miedo regresa, y quiero desaparecer, esconderme en el ático y no volver a salir.

Y eso es precisamente lo que hago: salir corriendo y esconderme en mí misma.



37

CUANDO EL MIEDO TE SUPERA

Elara

El dormitorio de Amelia se ha convertido en mi refugio durante las últimas horas. Evité entrar en él por miedo a enfrentarme a su recuerdo, y aunque el silencio que solía reconfortarme ahora me resulta abrumador, me alegra estar aquí, rodeada de sus cosas. He pasado toda la noche en la cama, abrazada a su almohada, sin moverme, envuelta en su aroma, como si aferrarme a su presencia pudiera darme alguna respuesta, una dirección, algo que me indique qué hacer.

El encuentro con Giano no deja de repetirse en mi cabeza: cada palabra, cada mirada. Me dijo que tenía talento, que mi forma de tocar era especial. Por un instante me sentí única, como si todas las dudas sobre mí misma se disiparan, aunque solo por un momento... Pero saber quién era me hizo sentir sucia y avergonzada de haber hallado satisfacción en sus elogios.

Me pregunto si así empezó todo para Amelia; si ella se sintió tan especial como yo al principio, atrapada en la ilusión de que alguien, al fin, la veía tal como era. Me recorre el miedo al imaginar cómo ese mismo hombre pudo apagar su luz poco a poco, hasta quebrarla y dejarla hecha pedazos. La forma en que Violet lo miró, como si fuera un monstruo emergido de las sombras, me hace entenderla. Odio haber sido tan ingenua y haberme dejado engañar por sus palabras; no sé cómo permití que me afectaran.

Decido levantarme de la cama y, tan pronto lo hago, una sensación de angustia se instala en mi garganta. Soy incapaz de sacudirme el asco. Amelia fue una de las pocas personas que creyó en mí, quien me dio un hogar cuando no tenía nada. Ella me cuidó, y ahora siento que estoy traicionándola. Hace unos días temía estar echando abajo todo su esfuerzo por enseñarme, pero ahora creo que lo mejor que puedo hacer es entrar al conservatorio y continuar aprendiendo de Violet.

Camino hacia la ventana, y al posar la vista en las calles, el miedo se mezcla con la tristeza. De repente, me veo de regreso en el orfanato, en esos días en que observaba la lluvia caer desde mi ventana y miraba cómo mis compañeros de habitación se iban con sus nuevas familias. Nunca tuve a nadie. Nadie me quiso, nadie me vio como algo más que una carga. Pasé de una familia de acogida a otra, cada una peor que la anterior, con miradas de desaprobación y

comentarios crueles. Nunca fui suficiente. Nunca. Hasta que ella apareció y cambió mi suerte.

Amelia fue distinta, y eso me hizo confiar. Vio en mí algo especial, algo que ni siquiera yo alcanzaba a ver. Me enseñó a amar el piano más de lo que ya lo amaba, a creer que tal vez, solo tal vez, podría ser algo más que una chica sin hogar y sin futuro. Me enamoré de su seguridad, de la manera en que convertía las partituras en historias mudas, llenas de notas que, al sonar, daban forma a un mundo de fantasía en el que yo volaba. Pero ahora, me siento pequeña e insignificante. Todo el esfuerzo que puso en mí, todo lo que hizo, me parece una carga enorme. Porque, en el fondo, tengo miedo de no ser lo suficientemente buena.

Camino por el dormitorio, tocando las cosas que dejó, y abrazo uno de sus jerséis. Todo sigue igual, como si aún viviera aquí. Pero el vacío que dejó es insoportable, y lo que me queda de ella son estos objetos, sus expectativas y sus deseos de que volara alto. Me encantaría decirle que estoy aterrada, pero como no puedo, las lágrimas fluyen mientras me siento en el suelo y abrazo mis rodillas.

—Elara... ¿puedo pasar? —Cuando escucho a Violet, me seco las lágrimas y me levanto, mirándome en el espejo junto a la puerta. Tengo los ojos hinchados y parezco una chica rota, asustada e insegura—. Tenemos que hablar.

—Pasa.

Abre la puerta, y al notar mi estado emocional, la cierra tras de sí y se acerca para fundirse conmigo en un abrazo. Después de lo egoísta que fui con ella, ha hecho tanto por mí en tan poco tiempo, que me cuesta mirarla a los ojos.

—Quiero que escuches lo que tengo que decirte —me susurra acariciándome la espalda—. Las pruebas están prácticamente aquí, y no te lo recuerdo para ponerte nerviosa o exigirte una respuesta. Tampoco para que creas que estás desperdiciando lo que Amelia hizo por ti, o echando a la basura una oportunidad que puede darte un futuro —añade—. Te lo digo porque quiero que sepas que, elijas lo que elijas, estará bien para mí y también para ella. No quiero que pienses que eso va a cambiar lo que siento por ti, o lo que ella sentía. Amelia te quería, pero yo también, y si no estás segura de ello, te lo dije, existen otras opciones.

—Es que... —murmuro y apoyo la cabeza en su hombro, mirando a mi alrededor—. Desde que me encontré con Giano ayer, no he dejado de preguntarme si ella también se sintió especial por sus palabras, si se creyó todo lo que le dijo hasta el punto de...

—Eso nunca lo sabremos, pero lo que sí sé es que a ese hombre no le quedan muchos días en el conservatorio —me asegura y sus palabras me hacen apartarme para mirarla a los ojos—. No tuve tiempo de contártelo, pero el director, después de leer los diarios de mi hermana...

—¿Va a despedirlo? —pregunto y Violet asiente.

—Seré yo quien dirija el departamento de piano de ahora en adelante —me cuenta, y mis ojos, aún vidriosos por las lágrimas, se abren ante la sorpresa—. Todo pasó muy rápido y quería darte tiempo para procesar lo que ocurrió. Pero quiero que sepas que nadie te hará daño, y que no lo permitiré. Y estoy segura de que mi hermana también lo cree con firmeza.

—No es eso lo que me pesa... —le confieso por fin—. He pasado toda mi vida sintiéndome insuficiente. Me encanta el piano, me gusta tocarlo, aprender a manejarlo, pero... ¿y si no valgo para estar allí y le quito la oportunidad a alguien que sí lo merece de verdad? No me lo perdonaría.

Violet se toma un momento para secar mis lágrimas y luego me dedica una sonrisa que me desarma y hace temblar mis rodillas.

—Como te dije, hay más opciones —me recuerda—. Además, si esa es tu decisión, tienes la posibilidad de hacer más que solo entrar al conservatorio —menciona y frunzo el ceño sin saber bien qué responder—. Estaré muy ocupada con mi nuevo puesto, y necesitaré a alguien que cuide del funcionamiento de la academia. ¿Qué dices?

—Que estás completamente loca.

—Lo digo en serio —responde de nuevo—. No podría confiar en nadie más que en ti para ocupar ese puesto.

—Pero quiero seguir aprendiendo.

—Y lo harás —asegura levantando las cejas—. Te daré clases particulares. Serás mi pupila, y te juro que aprenderás todo lo que yo llevo dentro.

—¿Estás segura?

—¿Lo estás tú? —me pregunta y me muerdo el labio—. No quiero imponerte nada. Deseo que seas tú quien decida por su vida, quien forje su futuro a su manera, quien dé pasos hacia adelante sin miedo...

—Nunca he dirigido nada. A lo mucho, el servicio de mesas en el restaurante —le digo riendo un poco—. No estoy segura de si sabré hacerlo bien, pero eso me dará tiempo para seguir aprendiendo, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Entonces lo haré lo mejor que pueda.

En ese momento, mientras nos besamos, la angustia, el miedo, la tensión, todo desaparece. Lo que nos rodea brilla, y mi corazón, que estaba oprimido por la ansiedad, vibra en el centro de mi pecho. Como le he dicho, pondré mi esfuerzo y mi amor en ello. Esa academia también va a brillar y lo hará por el recuerdo de todos aquellos a quienes alguna vez les dijeron que no valían para nada.



38

LA VERDAD EN UNA TAZA DE CAFÉ

Violet

El sonido llena el aire con el aroma amargo y reconfortante del café recién hecho, envolviéndome mientras observo por la ventana de la cafetería. Afuera, las calles de Londres parecen más vivas que nunca; la gente se mueve con prisa, ignorando la llovizna que ha comenzado a caer. Aquí dentro todo está en calma, el ruido del mundo se ha quedado fuera y eso me permite disfrutar de este espacio sin que mis pensamientos retumben en mi cabeza.

Entre mis manos, una taza de capuccino que ya debería haberme terminado permanece intacta. Mis dedos juegan con el asa mientras que mi mente sigue anclada a lo que ha pasado en el conservatorio durante mi visita de hoy. Era consciente de que iban a expulsar a Giano tras lo descubierto en los diarios de Amelia, pero no esperaba que me ofrecieran su puesto. No he tenido tiempo de procesarlo, aunque tampoco me he tomado un rato para pensarlo. Simplemente, salí por la puerta sabiendo que en unas semanas todo cambiará, que seré directora del departamento de piano, y aunque ese título está lleno de responsabilidad, no lo temo.

Lo que sí me asusta es lo que siento cada vez que estoy cerca de Elara y veo caer mi reflejo en su mirada.

Lily se encuentra detrás de la barra de la cafetería y no ha apartado sus ojos de mí desde que he llegado. No ha encontrado el momento de sentarse conmigo y tomarse un descanso, pero estoy segura de que lo hará pronto. Si estoy aquí es porque necesito hablar; cada día mis sentimientos por Elara crecen más y aunque estos días intenté ignorarlos, no puedo evitar que se cuelen en cada rincón de mi corazón. Tengo muchas dudas al respecto y la cabeza me estallará si no las espanto.

Un movimiento en la mesa me saca de mis pensamientos y cuando vuelvo en mí, Lily se sienta con un suspiro dejándose caer en la silla del otro lado.

—Creía que no iba a parar de servir café —comenta con una sonrisa ligera en los labios—. ¿Pensando demasiado? —pregunta, levantando una ceja mientras señala el café intacto—. Es una lástima que no te lo bebas.

—Disculpa... —le digo a sabiendas del trabajo que trae prepararlo. Levanto la taza y le doy un sorbo para así, dejarla de nuevo en el plato—. No puedo dejar de darle vueltas a las cosas.

—Cómo siempre. —Lily me estudia en silencio. Siempre ha tenido esa habilidad de ver más allá de los ojos de las personas, de comprenderlas, de empatizar sus emociones—. ¿Cómo te ha ido en el conservatorio?

—Bien. —Llevo la taza hacia mis labios y evito su mirada—. Al parecer, el despido de DiSantis será inmediato y... —Me muerdo el labio inferior—. Me han ofrecido su puesto.

—Espera, ¿¡qué!? —exclama sorprendida, colocando ambas manos en la mesa—. ¿Y ahora qué vas a hacer? No vas a tener tiempo para las dos cosas. La academia de tu madre necesita una directora, alguien que la lleve y vele porque todo vaya bien.

—Lo sé. Pero tampoco podía decir que no. ¿Sabes lo que significa que DiSantis no esté y poder enmendar todo lo malo que ha hecho estos años? —le pregunto con cierta emoción pintando mis palabras—. Creo que Amelia sería feliz en este momento.

—Sí que lo estaría. Pero me temo que no solo es eso lo que tienes en la cabeza, ¿verdad?

Lily me conoce demasiado bien y no tiene sentido ocultarlo.

—Es Elara. —Las palabras salen de mis labios con más facilidad de lo que esperaba, y ella se apoya en su mano dándome el espacio que necesito para continuar—. No puedo sacármela de la cabeza, Lily, y vivir con ella no hace que las cosas sean fáciles. —Apoyo los codos en la mesa y escondo mi cara entre las manos—. Las cosas han sido muy complicadas desde que llegué a Londres. Y ella, bueno, cada vez que estamos juntas, siento que todo lo demás deja de importar.

—Y eso te asusta. —No es una pregunta. Es una afirmación dicha con la calma de quien ya conoce la respuesta.

—Demasiado. —Levanto la cabeza encontrándome con sus ojos y esa mirada comprensiva suya—. No puedo evitar sentir que esto está mal, que estoy traicionando a mi hermana.

—Violet, escúchame. No soy quién para decirte cómo debes sentirte, pero esto no tiene nada de malo. Al contrario, ¿sabes lo que creo? Que Amelia te querría feliz. Al igual que a Elara.

—¿Y si no es así? —dudo—. ¿Y si lo que estoy haciendo es fruto de la mentira y la costumbre? ¿Y si es egoísta de mi parte querer ser feliz con ella?

Lily me sonríe y sujeta mis manos entre las suyas.

—Debo confesar que nadie habría esperado esto, pero ha pasado. —Su voz es suave, pero hay un pequeño filo de tristeza en ella—. Nos habría encantado que Amelia estuviese aquí, verla brillar y disfrutar de su amor, pero tu hermana no estaba hecha para eso y... —Se encoge de hombros—. Cuando supe de su relación con Elara, me sorprendí muchísimo. Luego me di cuenta que las dos se ayudaban, que se querían, sí, pero eran el bote salvavidas de la otra. No sé si me explico.

—Sí. Lo haces...

—No puedes vivir toda tu vida preguntándote qué habría querido Amelia, Violet. Es tu vida, y necesitas seguir adelante.

Tan pronto como ella habla, el silencio nos rodea y yo me dedico a darle un nuevo sorbo al capuccino; está helado y ha perdido toda la gracia.

—¿Sabes qué es lo que más me preocupa? —digo al final—. Que esto sea pasajero, que no sea real y que lo que siento sea solo una forma de llenar el vacío que ha dejado Amelia en nuestras vidas.

—¿Es eso lo que sientes?

Cierro los ojos por un momento y dejo que las imágenes de Elara llenen mi mente. Su risa, su forma de fruncir el ceño cuando está concentrada, el brillo en sus ojos cuando algo la emociona.

—No. —La palabra sale antes de que pueda detenerla, y al abrir los ojos, Lily sonrío de nuevo.

—Entonces no te preocupes. Sabes que es real. Solo tienes que parar de pensarlo y dejarte llevar.

—Gracias, de veras. Necesitaba esto.

—Solo hazme un favor. No esperes demasiado para decírselo. La vida es demasiado corta como para guardarse cosas como esta.

Tras esa petición, Lily se levanta, me dedica una sonrisa y regresa a su trabajo. La luz del sol entra por la ventana iluminando la taza y por primera vez a lo largo de estos días, noto que puedo respirar tranquila. Ya no hay dudas, es hora de dejar que el corazón hable y seguir adelante con esa vida que tengo por delante.



39

RENOVANDO NUESTROS SUEÑOS

Violet

La luz de la mañana entra con suavidad por las ventanas de la academia y, por primera vez en mucho tiempo, la sonrisa que llevo en los labios me duele en las mejillas. El peso que sentía desde mi regreso a Londres se ha diluido, y ahora guardo una cálida sensación en el corazón que se expande y acaricia toda mi piel. Saber que Giano dejará el conservatorio en pocos días me llena de alivio; ya no habrá fantasmas rondando por los pasillos, ni habrá ningún peligro, y eso es una maravilla. Ahora agradezco que mi hermana escribiera cada cosa que sintió, porque gracias a esos cuadernos se ha hecho justicia.

Hoy tenemos una reunión importante. Mark nos va a ayudar a evaluar la estructura del edificio en el que está ubicada la academia de mi madre. Elara y yo hemos hablado de cambios, de mejoras, de cómo queremos que renazca este lugar, de convertirlo en un espacio que no solo enseñe música, sino que inspire, tal como lo hacía mi madre cuando instruía a sus alumnos aquí. Pero lo que más me ilusiona es el hecho de que este ya no es solo mi proyecto, sino también el de Elara, porque ella será la próxima directora y sé que este sueño está en manos de la mejor. Además, verla tan ilusionada, con esa chispa en los ojos, me llena de alegría.

—¿Tú crees que podríamos tirar ese muro de ahí? —me pregunta, y señala con una mano. Llevamos un par de horas aquí, repasando nuestras anotaciones, y aunque es algo simple, para nosotras es tan importante que me pone nerviosa—. Creo que ayudaría a ampliar la entrada y a tener una pequeña recepción. ¿Qué opinas?

—Si a ti te parece bien, creo que será perfecto —le digo mientras la abrazo por la espalda y apoyo mi mentón en su hombro—. Me tiene tan emocionada todo esto...

—Yo también estoy muy ilusionada —responde mientras la aprieto entre mis brazos. Este lugar tiene tanta historia que la idea de darle un futuro me hace sentir mariposas en el estómago—. Ser la directora me pone algo nerviosa, pero ya puedo imaginarme aquí, rodeada de niños dispuestos a aprender y disfrutar de sus lecciones.

—Va a ser mágico. Ya lo verás.

El tiempo corre tan rápido como el latido de mi corazón, y cuando Mark llega, nos reunimos en el salón principal para discutir los cambios que queremos hacer. Él es práctico, tiene una visión clara de lo que es posible y de lo que no, pero lo que siempre me ha gustado es su capacidad para encontrar soluciones. Si algo no puede hacerse de una manera, lo hace de otra, y por eso confío en él.

—La estructura está en buen estado —comenta, recorriendo el espacio con la mirada—. Pero va a necesitar algunos refuerzos, especialmente en el ala este. Solo necesitaremos un poco más de tiempo del que calculamos inicialmente.

—¿Y sobre las ventanas del segundo piso? —pregunta Elara, refiriéndose a la zona que queremos transformar en una pequeña sala de conciertos íntima para los estudiantes.

—Podemos agrandarlas —responde Mark con una sonrisa—. Aunque el edificio es antiguo, no tiene protección histórica, así que también podríamos remodelar la fachada. Va a quedar espectacular con toda esa luz natural entrando. Y además... —menciona, llevándose una mano a los labios—, también vamos a remodelar la escalera. Así tendréis un mejor acceso al resto de los pisos. ¿Habéis pensado en el ático? —Nos observa, y Elara muerde su labio inferior, algo dubitativa.

Ese pequeño apartamento también fue mi hogar, y, cuando los recuerdos llenan mi mente, sé bien qué quiero hacer con él.

—¿Cabría la posibilidad de ampliarlo? Me refiero a unirlo con el almacén —medito en voz alta—. De ser así... —Me giro para mirar a Elara—, podríamos vivir juntas allí. ¿Qué te parece?

—¿Y la casa de tu madre?

—Cuando me fui de Londres dejó de ser mi hogar, y creo que es evidente que no me siento del todo cómoda allí —aclaro, y dejo a Mark a un lado para centrarme en nosotras—. Siempre será un lugar importante, pero necesitamos uno que sea nuestro, si es que tú quieres compartirlo conmigo, ya sé que no ha pasado mucho tiempo...

Siento un poco de vergüenza, y de repente, rompemos a reír, con la misma facilidad que la música lo hizo en el pasado.

—Vaya, vaya, y yo que pensaba que venía solo a trabajar. Parece que ahora tengo un buen chisme que contarle a Lily —bromea Mark, mientras abre los ojos con sorpresa fingida—. ¿Se puede saber cuándo...? —Nos señala a las dos, sin terminar la frase.

—Ni nosotras lo sabemos, simplemente ha pasado.

—Pues habrá que celebrarlo —añade, pero justo cuando estamos por responder, la puerta de la academia se abre de golpe y, al ver la figura de Giano, gobernado por la ira, mi cuerpo se tensa, y Elara retrocede unos pasos.

Mark se coloca delante de nosotras, y la felicidad que sentíamos por ver este lugar renacer, cambia por un aire helado que hasta paraliza mi cuerpo.

—¿¡Qué crees que estás haciendo!? —grita Giano con los ojos encendidos de furia. Sin dudar, doy un paso para enfrentarlo sin miedo a lo que pueda hacer—. ¿¡Crees que puedes destruir la carrera de mi vida!?

—¿No lo he hecho ya? —pregunto. Alzo una ceja y esbozo una sonrisa irónica—. Esta mañana me informaron de que ya te han despedido. Y, ¿la verdad? Rezo porque te duela, tal y como mereces.

—No tienes idea de lo que estás haciendo —espeta, negando con la cabeza—. Tu hermana eligió rendirse. No fue culpa mía, ella no podía con la presión. ¡Eso no me convierte en un asesino!

—¡Tú la presionaste! ¡Le hiciste creer que nunca sería como nuestra madre! ¡Te olvidaste por completo de decirle que valía para la música! —le grito desesperada.

—Pero una cosa es valer para la música y otra es convertirse en una verdadera artista como tú. —Me señala con el dedo—. Tu hermana era como yo, ¡heredó mi debilidad!

Sus palabras me dejan desconcertada, pero Mark actúa antes de que pueda reaccionar, empujándolo hacia atrás y dando por terminada la confrontación, lo que obliga a Giano a alejarse unos pasos.

—Será mejor que te largues antes de que esto empeore, te lo advierto—le advierte con firmeza.

Giano me dedica una última mirada, aunque no añade nada más; se da media vuelta y sale del edificio, dejando tras de sí una extraña sensación en mi pecho. Elara suelta un suspiro y luego me mira, buscando en mi expresión respuestas que ni yo misma sé cómo hallar.

—No creo que vuelva a aparecer por aquí —afirma Mark.

—¿Por qué crees que...? —pregunta Elara y busca una de mis manos—. Esto ha sido muy extraño...

—Presiento que hay algo que se me escapa, y no sé qué es... —murmuro con la mirada fija en la puerta.

Y de pronto, lo que parecía ser el final de una etapa es solo el comienzo de un nuevo misterio por descubrir.



40

TODO ESO QUE NOS DA MIEDO

Violet

Después del encontronazo con Giano y esa extraña sensación que se me quedó dentro, Elara y yo nos despedimos de Mark y volvimos a casa. El plan de ir a comer juntas se echó a perder, y aunque llevamos ya un rato aquí, todavía intento procesar lo que ha pasado. Elara no me ha vuelto a preguntar, pero sé que está dándole vueltas a lo mismo que yo. Giano se comparó con mi hermana, y al hacerlo, percibí algo tan inquietante en su mirada que me erizó la piel y me dejó paralizada.

—Toma, he pensado que querías un té. —Elara deja la taza en mis manos y se sienta justo a mi lado. La tensión entre nosotras es palpable, como una nube densa que nos envuelve, y cuando la miro, sé que quiere hablar del tema—. ¿Estás bien? Llevas mucho tiempo en silencio y eso no me gusta nada.

—Solo intento entender lo que ha pasado y por qué Giano reaccionó de esa manera —confieso, y después me muerdo el labio inferior—. Cuando mencionó que Amelia heredó su debilidad fue como si algo se me clavara dentro. En su mirada vi más que culpa, tristeza o arrepentimiento, algo que no percibí en nuestra última reunión y... —Suelto un suspiro—. Ya no sé qué pensar. Quizá nos hayamos precipitado, puede que...

—Él ejerció su poder sobre ella e hizo que creyera que no valía para la música —me recuerda en un susurro—. Tiene parte de culpa con lo que le pasó a Amelia, eso es innegable.

—Sí, pero... ¿qué quiere decir eso de que heredó su debilidad? —pregunto mirándola a los ojos—. Si lo piensas bien, yo también lo hice con su perfeccionismo. No sé... ¿y si él era solo un maestro exigente y Amelia hizo de sus palabras un mundo? —cuestiono también con ciertas dudas—. Cuando somos jóvenes, a veces damos demasiada importancia a lo que nos dicen los adultos y...

—¿En serio estás intentando defender a DiSantis? No me lo puedo creer. —Elara se pone de pie y sube las escaleras dejándome sola por un par de minutos. Cuando regresa, trae consigo los diarios de Amelia, que deja caer de golpe sobre el sofá—. Aquí tienes todo lo que escribió tu

hermana. No los hemos leído del todo, pero estoy segura de que no encontraremos nada bueno sobre ese hombre en estas páginas.

—¿Y si lo hacemos? ¿Y si estamos equivocadas al juzgarlo? —Con mis palabras, la hago cruzarse de brazos y niega varias veces—. Mira, no estoy diciendo que no tenga parte de culpa de lo que sufrió mi hermana en el conservatorio, pero es posible que solo fuera estricto con ella, tal como lo fue conmigo... —le explico mirando los diarios esparcidos y después suspiro—. Me parece que solo encontraremos respuestas si los leemos todos, pero no puedo hacerlo sola. Necesito tu ayuda.

—¿Me estás pidiendo que descubra si ese...?

—Sí —respondo con sinceridad—. Te lo estoy pidiendo por mí y también por Amelia. No creo que ella quisiera que culpáramos a un inocente de su muerte. Y es la única que puede ayudarnos a averiguarlo.

—Para que conste, solo lo haré por vosotras, porque esto no me gusta nada. —En ese momento, me acerco a ella y, tras sujetarla por las mejillas, la beso, provocando que se tranquilice un poco—. Será mejor que nos pongamos de inmediato —suspira—. No quiero que esto se prolongue más.

—Pediré algo para comer, ¿vale?

Con la sensación de haber tomado la decisión correcta, camino por el salón en busca de mi teléfono para encargar algo de comida. Leer lo que hay en los diarios de mi hermana será doloroso y agotador, pero también sé que es la única manera de hallar respuestas a todas las preguntas que de repente me han asaltado. Es posible que Giano sea tan inocente como culpable, y no quiero cargar con un error semejante.



He perdido la cuenta de las horas que llevamos inmersas en la lectura. A nuestro alrededor, hay diarios abiertos y restos de la comida tailandesa que nos ha acompañado. Estoy tan concentrada en lo que Amelia dejó por escrito que, cuando me doy cuenta, el sol de la mañana ha dado paso a una noche cerrada. Me gustaría decir que he encontrado algo útil, pero lo que he leído hasta ahora son las emociones de una niña perdida en sí misma, arrastrada por sus miedos y sus inseguridades, lo cual hizo que tanto Giano como el resto de profesores le exigieran más. Nos considerábamos unas privilegiadas; nuestra madre nos había conseguido un lugar en el conservatorio gracias a sus recursos, y no podíamos malgastar esa oportunidad. Yo lo entendí, pero Amelia era más terca, más independiente, y le costaba acatar las normas.

—Creo que necesito un descanso... —anuncio en voz baja dejando caer la cabeza en los cojines del sofá—. A este paso, me estallará el cerebro.

—Aquí hay algo —murmura Elara de repente. Levanto la vista y me acerco para mirar por encima de su hombro. En sus manos hay un par de hojas que no parecen formar parte del diario y que estaban escondidas intencionalmente—. Me da miedo leerlas.

—Ábrelas... —Aunque titubea, me hace caso y las dos empezamos a leer sin apenas respirar.

“Hoy he descubierto algo que no entiendo. Cuando bajé a la cocina esta mañana, vi a mamá y a Giano juntos en la cama. No debería haber visto eso, lo sé, pero no pude evitarlo. Me miraron como si fuera una intrusa, y sentí miedo. Mamá me llevó a un lugar apartado y me dijo que algún día entendería que el amor, una vez que nace entre dos personas, nunca se apaga, que solo cambia y también, que debía guardar ese secreto.”

—Espera, ¿qué...? —Le arrebató esas hojas a Elara y releo lo que hay escrito una y otra vez—. ¿Mi madre tenía una relación con Giano? —pregunto, y al mirarla me doy cuenta de que está tan sorprendida como yo.

—¿Es posible que ellos tuvieran algo?

—Según esto, sí —comento—, pero jamás los vi llevarse bien. Recuerdo que discutían muchísimo e incluso que ella llegó a expulsarlo de la academia en más de una ocasión. Hablaban, pero lejos de nosotras, así que no tengo idea... —añado algo pensativa—. Nunca sospeché nada de esto. Sabía que habían sido compañeros en el conservatorio, pero siempre me pareció que su relación era distante.

—Sin embargo, tu madre le pidió a tu hermana que guardara el secreto... ¿por qué lo haría?

—No sé qué pensar... —Durante unos segundos, que me parecen eternos, repaso los recuerdos que tengo de mi madre e intento situar su relación con Giano en ellos. Jamás percibí afecto entre ambos; al contrario, siempre había tensión, frialdad. Hablaban, pero nunca parecían conectar, y mantenían una distancia prudente—. ¿Y si mi madre ocultó su relación con él toda la vida?

—¿Por qué haría algo así? —pregunta Elara. Es algo que no tiene sentido—. Yo creo que ella no quería que tú y Amelia lo supierais. Si erais niñas, tal vez no deseara que os encariñaraís de él. Dicen que las madres son muy protectoras con sus hijos.

—¿Y aun así permitió que fuéramos al conservatorio sabiendo que él daba clases allí? —niego con la cabeza y me llevo una mano al cuello, sintiendo la presión debido a la confusión—. Aquí hay algo que se nos escapa...

—Me temo que la única persona que puede aclararlo es Giano —comenta—, y no creo que quiera vernos después de lo que ocurrió esta mañana.

—Vamos a tener que intentarlo...

—Aunque nos desagrada la idea —añade, queriendo darle más claridad a lo que hemos leído—. Además, esto no cambia lo que sabemos. Puede que él tuviera una relación con tu madre, pero eso no justifica que ejerciera su rol de profesor de manera tan implacable, llevando a sus alumnos al límite.

Asiento despacio. Elara tiene razón, lo que mi madre hizo o dejó de hacer no cambia el

hecho de que Giano empujó a mi hermana hacia un abismo. Pero descubrir este secreto complica las cosas. Parece que la historia de mi familia es mucho más oscura de lo que jamás imaginé, y la idea de que Amelia pudiera esconder más cosas me revuelve el estómago.

—Tenemos que seguir leyendo. Quizás encontremos algo más.

Mientras pasamos página tras página, no puedo evitar preguntarme hasta qué punto los secretos de mi madre moldearon nuestras vidas sin que nos diéramos cuenta. Algo me dice que lo que estamos a punto de descubrir lo cambiará todo, y me aterra pensar que mi hermana no solo escribió esto para liberarse, sino para revelar una verdad que ha permanecido dormida muchos años.



41

LAS COSAS QUE NO ESPERAMOS DESCUBRIR

Violet

Otra semana ha empezado, y a pesar de los días que han pasado, la tensión no ha disminuido ni un poco. Desde que Elara y yo descubrimos la relación que mi madre tenía con Giano, las cosas han cambiado; es como si esa estabilidad que sentía días atrás se hubiera convertido en arenas movedizas, como si cada paso me empujara hacia un abismo repleto de preguntas sin respuesta. Yo creía que, después del abandono de mi padre, ella había decidido dedicarse solo a la música y a nosotras, pero darme cuenta de que encontró el amor con la persona menos esperada me tiene en una nube borrasca de la que no sé cómo escapar.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta Elara a tan solo unos metros de la academia de Giano. Le hemos dado vueltas a esto mucho en las últimas horas, debatiéndonos entre sí venir a hablar con él o simplemente ignorarlo. Pero ella sabe que no podemos, no cuando leer los diarios de Amelia ha supuesto encontrarnos con un cúmulo de secretos que aún estoy procesando—. Si necesitas un momento, podemos sentarnos en ese banco de ahí.

—No te preocupes, estoy bien. Además, cuanto antes terminemos, mejor. No quiero alargarlo más.

Con el aire contenido en mis pulmones, damos unos pasos más y entramos en la academia; un edificio moderno que se encuentra a solo unas manzanas del conservatorio. Una vez dentro, no puedo evitar echar un vistazo a mi alrededor y darme cuenta del parecido que tiene con lo que fue el sueño de mi madre. Cada rincón está repleto de elementos musicales; hay partituras de años pasados enmarcadas y colgadas en las paredes, y fotografías de pianistas que ya dejaron este mundo. Siento un pinchazo en el pecho al ser consciente de que a Amelia le habría encantado tener algo así, y necesito sacudirme las manos para soltar los nervios que llevo conmigo.

—Buenos días, ¿cabría la posibilidad de que hablásemos con el director? —pregunta Elara una vez que se acerca a la recepcionista—. Es urgente.

—El señor DiSantis está con sus alumnos.

—¿Podría avisarle, por favor? —Su insistencia hace que una sonrisa se ilumine en mis labios y me dé cuenta de que encontrar respuestas es igual de valioso para ella—. Solo serán unos minutos.

—Veré qué puedo hacer. Siéntense en la sala de espera.

Obedecemos sin rechistar y durante un rato que me parece eterno, esperamos rodeadas de un ambiente cargado de silencio que parece amplificar el sonido de mis pensamientos. Sé que Giano no tendrá interés en vernos, que después de lo que pasó querrá echarnos a patadas. Pero entonces, la recepcionista regresa y una vez que está a nuestro lado, sonrío.

—Pueden pasar —añade sin más—. El señor DiSantis las está esperando. Me ha dicho que las acompañe. Espero que disfruten del pequeño tour.

Elara y yo intercambiamos una mirada de sorpresa, pero enseguida nos ponemos de pie y la seguimos sin rechistar. Es obvio que no lo esperábamos, pero es un alivio saber que después de todo, quiera recibirnos.

La recepcionista nos guía por los pasillos de color azul oscuro y durante unos segundos, mis oídos perciben el sonido de un piano que va en crescendo conforme nos acercamos al final del recorrido. Elara me sujeta de la mano y me regala una mirada antes de que la mujer empuje la puerta y nos veamos embriagadas por una melodía que se me queda clavada dentro. Giano se encuentra sentado en la banqueta, tocando con una fluidez y precisión que me deja sin aliento. Las notas resuenan en la habitación, suaves pero cargadas de emoción, y aunque Elara no lo nota, lo que escucho me resulta dolorosamente familiar. La forma en la que sus manos se mueven por el teclado, la manera en la que interpreta la música con tanta pasión y técnica... Es como si estuviera viendo a Amelia, y el mundo se congela a mi alrededor.

«Ella lo heredó de mí», recuerdo y el aire presiona mis pulmones. Sus estilos son idénticos e, incapaz de procesar lo que estoy viendo, me centro en su postura, en su pelo entre castaño y canoso, en cómo pone sus manos y la forma que tienen, y en cuanto miro las mías, todo cobra sentido. Son un calco a las suyas y me obligo a dar un par de pasos hacia atrás. «No somos familia, no podemos serlo, es imposible».

Cuando estoy a punto de marcharme, el piano se detiene y Giano se vuelve lentamente hacia nosotras. Nuestras miradas se encuentran y por un par de segundos, veo algo en sus ojos que apenas puedo describir.

—No esperaba vuestra visita —dice y se levanta de la banqueta. No se mueve, solo se queda de pie manteniendo las distancias y lo prefiero así—. Reggina me ha dicho que era urgente.

—Es sobre mi madre.

Al mencionarla, su gesto cambia por completo y se pasa una mano por la cabeza. Es obvio que hay algo que no sé y que una vez que descubra, va a cambiar mi percepción de lo que conozco hasta el momento.

—Encontramos algo en los diarios de Amelia... —continúa Elara y se atreve a dar varios

pasos y dejar en las manos de él los papeles que hayamos entre ellos—. Habla sobre ti y su madre, sobre una relación oculta o algo así. ¿Es verdad que estabais juntos?

Giano la mira y después, pone su atención en mí.

—Vaya, por alguna razón pensé que este momento no llegaría nunca —comenta y acaricia las notas de Amelia con sus dedos—. Aunque si os digo la verdad, no lo esperaba así.

—¿De qué estás hablando?

—De la verdad —responde y yo me muerdo el labio queriendo preguntar más—. Supongo que Yvette, nunca te contó nada sobre su pasado.

—Lo único que sé es que fuisteis compañeros en el conservatorio —aclaro algo confusa—, y que no os llevabais bien. Que ella era mejor que tú.

—No os contó una mentira. Tu madre tenía una belleza al piano que... —murmura, casi para sí mismo—. Nos conocimos cuando teníamos doce años. Al comienzo, nuestra relación fue un desastre. Yo era tan orgulloso como ella y me negaba a tener una rival en mi clase... —admite con sinceridad, apoyándose en uno de los escritorios que le quedan cerca—. Pero, a veces, lo que empieza con una rivalidad, puede terminar siendo una amistad y eso es lo que nos pasó.

—Mi madre nunca me lo dijo.

—Bueno, supongo que os quería proteger —confiesa y se cruza de brazos contra su pecho—. ¿Qué conoces de tu padre, Violet?

Su pregunta provoca que me quede muda y el silencio se prolonga mientras intento organizar mis pensamientos. Mi madre me contó muy poco sobre él, que se quedó embarazada durante sus viajes con la orquesta y que, cuando no pudo más, tuvo que regresar a casa. Y que al volver, tuvo que buscarse la vida porque sus padres ya no vivían, que un amigo la ayudó a encontrar la academia y una casa en la que vivir.

—Lo único que sé es que la dejó embarazada y se marchó.

—Eso no es verdad —replica él con una sinceridad que me abre el corazón en canal—. Tu madre tuvo la oportunidad de quedarse aquí en Londres, de convertirse en una gran maestra, de tener una vida soñada junto a un hombre que la amaba, pero ella eligió recorrer el mundo y dejar que la magia del éxito nublase sus sentidos.

—¡Eso es mentira! ¡Ella no era así!

—No estoy contándote esto para que cambie la perspectiva que tienes de ella —me advierte con una sonrisa afable en los labios—. Te lo cuento porque son muchas las cosas que desconoces. No estabas aquí para saberlas y creo que es justo que conozcas toda la verdad.

—¡Pues no me mientas! —grito de nuevo—. Mi madre era una buena mujer. Se desvivió por mi hermana y por mí. Hizo todo lo que pudo para criarnos y logró que nos enamorásemos de la música. De no ser por ella yo no estaría aquí y no sería quién soy.

—La verdad es que fue una buena madre —me asegura y suelta un suspiro—. Pero ella os privó de la oportunidad de conocer a vuestro padre en total libertad, de dejar que él os quisiera como lo necesitaba, de que os abrazara y os tratase como a sus hijas. ¿Sabes lo mucho que se te puede corromper el corazón el tener a tus hijas cerca y no poder decirles quién eres?

—¿De qué hablas? —pregunta Elara rompiendo su monólogo.

—Soy tu padre Violet —responde sin más.

—Eso es imposible —niego y doy varios pasos hacia atrás—. No voy a dejar que uses lo que quiera que sea esto para acercarte a mí.

—Si crees que es mentira, busca en los álbumes que tiene tu madre en su casa. Hay uno, con las solapas suaves en color rojo. Ahí encontrarás lo que necesitas para ratificar mis palabras —menciona y un nudo me aprieta la garganta a la misma vez que mis ojos se bañan en lágrimas—. Yo siempre he querido estar a vuestro lado, y después de muchas discusiones con tu madre, logré que ella aceptase que estudiaseis en el conservatorio. Esos años fueron los más felices de mi vida.

—¿Hablas en serio? —Elara lo interrumpe de nuevo—. ¿Hablas de felicidad cuando Amelia sufría por tu culpa? ¿Tú te das cuenta de lo mal que lo pasó por tus exigencias!? —pregunta a gritos, y provoca que su voz retumbe por las paredes de la sala—. Solo un demonio querría que su hija sufriera de esa manera.

—Tu hermana descubrió la verdad y yo no podía tratarla como a los demás —responde y aparta la mirada hacia otra parte—. Amelia no estaba bien, pero yo tampoco lo sabía. Y dudo mucho que tu madre lo hiciera. A veces ese sentimiento de melancolía nace con nosotros. Yo jamás quise hacerle daño.

—Pero lo hiciste, ¡y después del conservatorio también! —le grito yo ahora—. ¿¡Por qué la acosabas!?

—Lo único que quería es que dejase la academia de vuestra madre y se viniera conmigo a la mía. Sabía que las cosas iban mal, que no estaba bien y... —Se encoje de hombros—. Quería que ella estuviera acompañada, que no se torturase por cómo habían cambiado las cosas.

—No te creo.

—Violet por favor... —me pide y yo niego.

—No puedo creer a una persona a la que no conozco de nada —respondo con la voz endurecida por la rabia y las lágrimas—. Durante años fuiste mi maestro favorito. Yo adoraba estar en tus clases, aprender de ti. Ser tu alumna predilecta fue un sueño, pero... —Cierro mis manos en puños—. ¿Cómo pude querer a un hombre que fue incapaz de tratar a sus dos hijas por igual? ¡Amelia era especial! ¡Era como tú! ¡Tocaba como tú!

—Y eso me aterraba...

Elara, que se da cuenta de mi estado, sujeta una de mis manos y se pone en el centro de mi visión acariciando mi mejilla. En sus ojos veo preocupación, pero también desconcierto,

sorpresa y amor, sin embargo, me aparto de ella y le echo una última mirada a Giano.

—No voy a perdonarte, nunca—le advierto con un rencor que se expande dentro de mí como lo hace mi sangre por mis venas—. Esto es demasiado.

—Violet, por favor...

—Será mejor que nos vayamos —añade Elara y tira de mi mano—. Ya hemos escuchado suficientes tonterías por hoy.

—No te marches así, hija —me pide él y mi corazón se agita tan rápido en mi pecho que me quedo sin aire—. Llevo mucho tiempo queriendo decírtelo.

—Y por eso has esperado más de veinte años para hacerlo, ¿no? —pregunto con ironía—. ¿Dónde estabas el día que murió mi madre, eh? ¿Dónde estabas cuando Amelia y yo nos quedamos solas, con una mano delante y una detrás, con una academia que no sabíamos cómo dirigir y una casa repleta de sus recuerdos? ¿¡Dónde!?

De pronto, con cada una de mis preguntas, me doy cuenta de que parte de mí misma habría deseado tenerlo cerca. Y que también me duele el hecho de no haberlo tenido nunca.



42

EL PESO DE LA VERDAD

Elara

Después de lo que ha pasado, la única solución que he encontrado para ayudarla a desconectar ha sido venir al parque y sentarnos en un banco. La brisa acaricia y despeina mi pelo mientras observo el estanque lleno de patos frente a nosotras. El peso de lo que acabamos de descubrir sobre Giano aún me oprime el pecho. Apenas hemos hablado del tema, pero sé que Violet no ha dejado de darle vueltas. El aire fresco debería reconfortarla un poco, aunque hay cosas que no se alivian tan fácilmente. No quería llevarla a casa; seguro que, al cruzar la puerta, iría a buscar el álbum de fotos que mencionó él, y en el estado en que está, eso solo la hundiría más.

Ahora necesita tiempo para procesar que es su padre, y aunque quiero decir algo, no sé por dónde empezar. Solo puedo tomar su mano, ofrecerle alguna caricia y estar presente. Me siento impotente, y no sé bien cómo ayudarla; ella se aferra a mí buscando algún tipo de ancla en medio del caos emocional que la recorre, pero yo también estoy un poco perdida.

—Estaba pensando... —susurro suavemente—. ¿Qué te parecería hacer un pequeño viaje para alejarnos de esto durante unos días? —propongo, sin una idea concreta—. No sé, antes de que Amelia se fuera, pensé que podríamos ir a Stratford-upon-Avon... caminar por las orillas del río...

Violet no responde, pero aprieta un poco más mi mano, como si ese gesto fuera su manera de decirme que me escucha, que la idea le agrada, que está de acuerdo. Respiro hondo y apoyo mi cabeza en su hombro. Pienso en mis propias cicatrices, en lo que llevo dentro, y entonces decido compartir con ella algo que nunca le he dicho a nadie.

—Voy a contarte una cosa... —titubeo. No es fácil para mí hablar de esto, pero al mirar el estanque, intento reunir el valor para abrirme—. Cuando cumplí veinte años, decidí buscar a mis padres biológicos. No sabía nada de ellos y, después de tanto tiempo en el orfanato y en casas de acogida, sentía que necesitaba respuestas. Quería entender por qué... por qué me abandonaron.

Una ráfaga de viento sopla un poco más fuerte, como si el mundo estuviera en sintonía

con lo que estoy a punto de decir, y me acomodo mejor en el banco, buscando el calor de su cuerpo.

—Encontré a mi padre —prosigo en voz baja—. Supe que era maestro, que tenía familia e hijos. Nunca me acerqué a él, nunca le pregunté por qué me dejó, por qué nunca me buscó. Solo lo miré desde lejos. ¿Y sabes qué? Me daba miedo, porque aunque lo encontré, no sabía si realmente quería conocer las respuestas. —Violet se vuelve hacia mí, y veo en sus ojos la maraña de preguntas que tiene—. Creo que, en el fondo... —continúo tratando de no quebrarme—, temía descubrir que nunca me quiso, que quizá estaba mejor sin mí, y después, ya no volví a saber nada... —Un nudo se me forma en la garganta, pero lo deshago—. Lo que quiero decirte es que tú tienes la oportunidad de conocer esa verdad. Sé que ahora mismo duele, que la idea de que Giano sea tu padre es... —niego con la cabeza un par de veces—. Pero tienes la posibilidad de saber lo que nunca conociste.

Ella me observa, y en sus ojos puedo ver su lucha interna: el dolor, la confusión, la rabia.

—No sé...

—Mi padre podría estar ahora mismo en cualquier parte —añado—, y jamás sabré por qué me dejó. Pero tú, Violet... tú tienes a Giano aquí cerca. —Señalo con una mano—. Puedes tener las respuestas que buscas, y aunque sea difícil o no salga como esperas... al menos sabrás la verdad. Y eso, de algún modo, te ayudará a sanar.

—¿Y si no quiero conocer la verdad? —murmura con la voz rota.

Entiendo su miedo porque es el mismo que yo sentí hace años, pero sé que, a pesar de ese temor, la verdad es lo único que podrá darle paz.

—Eso también está bien... —le digo con suavidad—. Pero, ¿crees que podrás seguir adelante con esas dudas dentro de ti?

—No lo creo... —murmura—. Pero ahora, no me veo capaz...

—Tómate tu tiempo, y cuando estés preparada... yo estaré aquí contigo.

Violet asiente, y por primera vez desde que salimos parece un poco más tranquila. Nos quedamos en silencio de nuevo, acariciándonos las manos, observando el cielo y el paso de las nubes. Solo espero, y deseo, que lo que venga a partir de ahora nos brinde algo de tranquilidad, porque está claro que las dos lo necesitamos.



43

UNA ESCAPADA DE TODO

Elara

Hace unas horas que dejamos Londres para sumergirnos en la carretera y permitir que el paisaje cambie al ritmo que quiera. Lo que comenzó como una idea lanzada en un momento de desesperación acabó transformándose en una escapada con amigos tras contarles a Mark y a Lily lo que habíamos descubierto. Para ellos también fue una sorpresa saber que Giano es el padre de Violet y Amelia; y aunque no han comentado mucho al respecto, sé que, de alguna forma, ambos esperan entender mejor lo que ha pasado.

Los rayos del sol atraviesan los ventanales del coche de Mark mientras avanzamos disfrutando del paisaje de los campos cercanos a Stratford-upon-Avon. Aquí no hay conservatorio, ni academias, ni diarios llenos de secretos; solo es un viaje, un intento de escapar de los problemas, aunque sea solo por unos días.

Violet está sentada a mi lado, en la parte de atrás. No ha hablado mucho desde lo de Giano, pero juntas confirmamos que él decía la verdad cuando encontramos el álbum que su madre escondía entre los libros de la casa. Contenía tantas fotografías de ambos juntos que, por un instante, me pregunté por qué Yvette no quiso que Violet y Amelia supieran quién era en realidad. Supongo que los problemas entre ellos fueron demasiado grandes, o tal vez él se desentendió por completo. Lo único que percibí en esas fotos fue que se querían y que formaban una pareja encantadora.

Delante de nosotras, Lily y Mark charlan en voz baja, discutiendo los planes que tienen para estos días. Me alegra que estén aquí, porque se han convertido en una especie de equipo de rescate, algo que necesitamos más que nunca. Saben, aunque no lo hayamos dicho, cuál es la verdadera razón de esta escapada.

Después de un buen rato de viaje, ocupado en mis pensamientos y mirando el horizonte, salgo de mi ensimismamiento cuando el coche se detiene frente al hostel que reservé. Es una pequeña granja con un encanto rústico especial. Las imágenes en internet no le hacían justicia; aquí, rodeado de campos abiertos y colinas suaves, el aire es limpio y fresco. Parece el lugar perfecto para alejarse de todo.

—Ya hemos llegado —anuncio emocionada—. No pensé que sería tan bonito.

—Te dije que este pueblo era ideal —me recuerda Lily con una sonrisa—. Verás lo hermoso que se ve el río al atardecer. La última vez que vine fue para la boda de una prima, y fue... —Se lleva una mano al pecho—. Una maravilla.

—¿Qué os parece si descargamos el equipaje y damos un paseo por la zona? —sugiere Mark mirándonos a las tres—. Hay que aprovechar mientras hace buen tiempo; cuando empieza a llover, no para —protesta.

—¿Y lo dice el irlandés? —Lily le replica con una sonrisa divertida.

Risas y bromas nos acompañan mientras salimos del coche. Violet apenas ha dicho palabra; pero mantiene gesto de expectación ante lo que nos rodea. Me duele verla así, tan abrumada y sin saber cómo seguir adelante ni cómo romper la burbuja en la que parece atrapada.

—Este lugar es increíble, ¿verdad? —le pregunto en voz baja mientras entramos al hostel.

Mark abre la puerta y, al cruzarla, nos recibe una calidez que siento en los huesos. Las paredes están decoradas con cuadros antiguos y muebles de madera, y el suelo cruje con cada uno de nuestros pasos. Una mujer recoge los datos en un libro y, una vez que tenemos las llaves, nos despedimos de los chicos y caminamos hacia nuestro cuarto.

Ya en la habitación, la emoción inicial se disuelve. Violet se sienta en la cama observando sus manos, mientras yo me pregunto qué hacer para que vuelva a ser esa mujer que, incluso en los momentos más oscuros, llena el aire de luz. Son muchas las emociones, los secretos y descubrimientos recientes, pero no puedo permitir que esto la consuma.

—Violet...

—¿Mh? —pregunta mirándome al sentarme junto a ella, enfocando su atención en mí.

—¿Estás bien? Sé que es una pregunta obvia, pero necesitamos hablar. No puedes encerrarte en ti misma —pido, a lo que responde con una sonrisa leve.

—No lo sé... —admite al final—. No sé cómo lidiar con todo esto. Aún me cuesta aceptar que Giano es mi padre, que mi madre y él fueron pareja, que ella nunca me dejó saber quién era en realidad... —suspira y se aparta el pelo de la cara—. Es demasiado...

Verla así, tan vulnerable, me rompe el alma, y por eso la rodeo con un brazo.

—Sabes que estoy aquí —comento, dándole un beso en la mejilla—. Y Mark y Lily también, ellos están tan preocupados por ti como yo. Sé que no es fácil, pero cuando volvamos, deberías hablar con Giano y dejar que él te lo explique todo, sin ponerte a la defensiva. Ahora que sabes que decía la verdad...

Ella me mira a los ojos y veo el miedo que esa conversación le inspira. No solo teme descubrir más secretos, sino también lo que estos podrían significar. Se nota que le duele profundamente que su madre ocultara algo tan importante como lo de Giano.

—¿Y si...? —Su pregunta queda incompleta antes de suspirar—. Durante años pensé que

mi padre nos había abandonado a las tres, que no quería saber nada de nosotras. ¿Y si resulta que fue mi madre la que no quiso que él formara parte de nuestras vidas?

—Supongo que tendría sus razones. Pero sea cual sea la verdad, podremos afrontarla juntas —le recuerdo, acariciando su pelo—. Lo importante es lo que quieras hacer ahora. Lo que decidas estará bien.

Nos quedamos en silencio un rato, hasta que se levanta y suelta un profundo suspiro.

—Quizá tengas razón —murmura, aunque con algo de seguridad—. Tal vez deba conocer toda la historia, su versión de lo que pasó. Pero ahora... —Me invita a levantarme—. Ahora vamos a salir y disfrutar de este lugar. Sé que has puesto todo tu esfuerzo en organizar el fin de semana para mí, y quiero que lo aprovechemos.

—¿Te ves con ánimos? —Ella asiente y se inclina para besarme suavemente.

—Estar al aire libre me sentará bien.

Y tiene razón, porque una vez que el sol nos acaricia y el aire fresco nos rodea, siento que, pase lo que pase en los próximos días, las heridas comenzarán a sanar.



44

CUANDO ECHAS DE MENOS AQUELLO QUE NO TIENES

Violet

El sol cae con suavidad y crea sombras alargadas sobre el sendero que recorremos. Elara, Lily y Mark caminan a mi lado, disfrutando de un silencio relajado, cada uno perdido en sus propios pensamientos. El aire fresco del campo es diferente al que se respira en Londres, más puro, más suave, y por primera vez en días, me siento desconectada de todo lo que me ha atormentado desde que llegué. Es un respiro que necesitaba desesperadamente y agradezco poder vivirlo con tranquilidad.

Acabamos de comer en una de las cantinas del pueblo. Algo sencillo, pero lleno de risas y anécdotas. Mark no ha dejado de unirse a nosotras, mientras que Elara nos observaba con curiosidad y alegría, disfrutando de vernos interactuar por primera vez sin las tensiones que nos han acompañado desde mi regreso. Soy consciente de que he cometido muchos errores y, entre ellos, está el haberme alejado de las personas que quería, de mi hogar.

—¿Recuerdas el último certamen de Navidad? —dice Lily entre risas—, cuando te caíste en mitad del escenario.

—Ni lo menciones, por favor. Fue humillante —respondo llevándome una mano a la cara, sin poder frenar la sonrisa de pura vergüenza. Lily sigue riendo y Mark se une a ella—. Desde entonces, me prohibí a mí misma usar tacones.

—¿Qué pasó? —pregunta Elara con curiosidad.

—Fue el último año antes de que Violet se uniera a la orquesta y terminara el conservatorio —explica Lily, cuando recupera el aliento—. Era Navidad, y bueno, durante esa época siempre organizaban un pequeño certamen. La cosa es que ella hizo una reverencia ante el director, se pisó la falda, y al levantarse, no sé qué hizo, pero... terminó en el suelo, y bueno, el resto es historia.

—Me caí de frente y la falda lo hizo conmigo —admito entre risas—. Me despedí del conservatorio con unas bonitas bragas color melocotón.

Elara se echa a reír, y al escucharla, me siento tranquila. Este viaje fue idea suya, y me doy cuenta de lo acertada que estuvo al sugerirlo. Han pasado tantos años desde que compartí mi tiempo con ellos, que había olvidado cómo era estar en su compañía, sin la presión de los escenarios y los problemas que me perseguían. Aunque es evidente que me encantaría que Amelia también estuviera aquí para disfrutarlo.

Caminamos un rato más por un sendero que transcurre a lo largo del riachuelo. Mientras escucho el burbujeo del agua, mi mente comienza a vagar, recordando el momento en que me alejé de ellos y de todos los que realmente me importaban. Tras la discusión con mi hermana y ver cómo nuestro sueño se rompía, caí en un bucle de decepción que me llevé conmigo y me corrompió. No solo me marché, sino que me encerré en mi propio orgullo, tal como Lily me lo dijo hace semanas.

—Es curioso, pero... —rompo el silencio y todos ponen su atención en mí—. La última vez que disfrutamos de una escapada así fue justo antes de que Amelia y yo discutiéramos, antes de tomar la decisión de marcharme con la orquesta. Me alegra que Elara tuviese la idea de venir. Os echaba de menos.

Mis palabras provocan que Lily y Mark se detengan y me miren con atención. Elara me sujeta la mano con suavidad y no comenta nada, porque sabe que estoy a punto de decir algo importante, algo que quizás debería haber dicho antes.

—Me alejé de vosotros. —Me encojo de hombros—. Fui yo quien lo provocó, y lo hice porque creía que mis sueños, que los escenarios, la música, eran lo único que importaba de verdad. Que si la tenía, sería suficiente, pero después de lo que ha pasado... —suspiro—. He estado sola mucho tiempo. Sí, rodeada de gente, de aplausos y elogios, pero nada llenaba ese vacío, y entonces supe que tenía que hacer algo. Hubo un instante en el que me planteé dejarlo todo...

—¿Por eso ayudaste a tu amigo en Vancouver? —pregunta Mark y yo asiento suavemente.

—A veces me pregunto —susurro—, si la muerte de Amelia... si su partida fue una especie de llamada de atención. Como si esto hubiese ocurrido para que me diera cuenta de lo que estaba perdiendo, de lo que realmente importa. Porque el día que me subí a ese avión no solo perdí a mi hermana; también os perdí a vosotros y...

—No digas tonterías —Lily se acerca, sujeta una de mis manos y me obliga a mirarla—. Nunca nos perdiste. Te alejaste, sí, pero siempre estuvimos aquí, esperándote. Y lo que le pasó a tu hermana... no fue tu culpa. No puedes cargar con eso.

—Lily tiene razón. Sabíamos que volverías —añade Mark con una sonrisa—. Incluso Amelia. Ella... bueno, no sé cómo pudo soportar lo que sentía sola, cómo fue capaz de ocultarlo y fingir que estaba bien. Pero supongo que tenemos que aceptar su decisión.

Mis ojos se llenan de lágrimas, pero siento un alivio que, de pronto, se expande por todo mi cuerpo. Lily y Mark se acercan a mí y me rodean en un abrazo conjunto al que se une Elara momentos después. Ellos siempre han estado ahí, no han fallado nunca, ni siquiera cuando mi madre murió y Amelia y yo nos quedamos sin nada a lo que aferrarnos.

—Muchas gracias chicos... —susurro y Elara me seca las lágrimas antes de regalarme un beso en la mejilla—. Regresar a casa me asustaba. No quería descubrir que las cosas entre nosotros habían cambiado.

—Bueno, ya no somos los críos de entonces. Todos cambiamos, y eso está bien. Amelia también lo hizo, y aunque su ausencia duele, también dejó muchas cosas buenas en este mundo —añade Lily con una sonrisa—. Ahora su recuerdo nos une a los cuatro y estoy segura de que será así para siempre.

Todos asentimos y retomamos el camino, esta vez de vuelta al hostel mientras disfrutamos de nuestra compañía, sabiendo que, a pesar de las cicatrices y el pasado que compartimos, tenemos algo que vale la pena cuidar y atesorar.



45

CUANDO EL AMOR NOS TRAE DE REGRESO LO PERDIDO

Elara

La noche ha caído sobre el pueblo envolviéndolo en un silencio apacible después de una larga jornada con Lily y con Mark. Hace unos minutos que ellos se han marchado a dormir, mientras que Violet y yo nos hemos quedado a disfrutar un poco de las estrellas en el porche. El aire fresco roza mis mejillas, y agradezco estar enrollada en una manta porque de no ser así, me congelaría. El cielo vibra bajo el destello de las estrellas y se ve tan claro que, si levanto una mano, creo que podría hasta tocarlas.

Han pasado unos cuantos años desde que disfruté de una escapada como esta. No sé cómo lo hicimos, pero todos los niños del orfanato organizamos una noche de acampada en los jardines que rodeaban la institución. Fue la primera vez que me fijé en el cielo nocturno, en la luna y su tono plateado, en el tintineo de esos puntos de luz que apenas tenían forma o color. Aquella noche, soñé con tener la oportunidad de encontrar el amor, de sentirme querida, de que alguien me rescatara de la oscuridad y fuera capaz de curar mis heridas y borrar el pasado con solo un abrazo. Era muy pequeña, pero también consciente de lo sola que me sentía. Con cada día que pasaba me preguntaba por qué estaba yo allí, qué había hecho mal para ser abandonada por mi padre, por qué no me quería y por qué no regresaba para, al menos, saber cómo estaba.

El paso del tiempo me hizo ver que a veces, los hijos no son algo deseado, que a veces se está preparado para el sexo pero no para las consecuencias que ese acto trae y que no todo el mundo es capaz de criar y ocuparse de otra persona. Intenté perdonar, hacerme a la idea de que tarde o temprano tendría la misma suerte que muchas de mis compañeras de dormitorio, pero al final... cumplí los dieciséis y los asuntos sociales me buscaron una casa de acogida en la que no duré demasiado, y otra en la que me sentía tan incómoda como extraña. Fue un camino repleto de baches y hoyos, de piedras y caídas, de espinas más que flores, pero aquí estoy y me alegra haber sobrevivido.

—¿Quieres que subamos? —Violet rompe mis pensamientos y yo asiento—. Será mejor que descansemos si queremos seguirle el ritmo a Lily. No sé cómo se le ha metido en la cabeza el ir a recoger fruta al huerto.

—Es como una niña... déjala. Eso la hace feliz, y también mucho bien a nosotros.

Violet y yo regresamos a la habitación cogidas de la mano. El hostel es casi un pequeño refugio de montaña, tan sencillo y acogedor como una cabaña. El silencio nos envuelve y una vez que llegamos, cierro la puerta tras de nosotras, dejando que la intimidad del espacio nos envuelva. Decido plegar la manta que llevo sobre los hombros, dejarla en un pequeño sillón que hay en la esquina, y buscar algo de ropa que ponerme para dormir.

Ella, en cambio, se sienta en el borde de la cama y cuando me giro para observarla un par de segundos, la luz cae sobre su piel convirtiendo su pelo castaño en una ola de color caramelo que brilla en mitad de la oscuridad. Su expresión es tranquila, dulce y pacífica, y me alegra al menos que ese estado tan angustioso haya desaparecido bajo su sonrisa.

—Gracias... —dice de repente.

—¿Por qué? —pregunto y la miro con curiosidad.

Violet se vuelve hacia mí y por un momento, su mirada se mezcla con la mía. Es la primera vez que me mira así, de manera tan intensa y a la vez, repleta de gratitud, de vulnerabilidad y de amor.

—Por extraño que parezca, agradezco que ese día cometieras la locura de fingir que creías que era mi hermana —habla con sinceridad y se levanta para acercarse a mí y sujetar una de mis manos—. De no ser por eso, es posible que las cosas fueran muy diferentes ahora, y no sé qué hubiera hecho si me llego a enterar de todo esto sola.

Su confesión me sorprende, pero también me conmueve. Tengo que admitir que las cosas entre nosotras han ido rápido, que pasamos de ser dos desconocidas envueltas por una mentira a dos personas que quieren permanecer la una al lado de la otra. Pero no puedo ser más feliz.

—Nunca sabremos cómo habrían sido las cosas si no llego a salir corriendo aquel día... —comento algo pensativa—. No debí fingir que había perdido la memoria. Sé que te hice daño, que te obligué a entrar en tu casa, a luchar contra lo que sentías, a pensar de más en Amelia y... —Violet coloca un dedo sobre mis labios y niega.

—A veces pasan así... y nada más. —El tacto de sus dedos sobre mi piel borra el frío que hace minutos sentía y envía una corriente eléctrica por todo mi cuerpo, despertando rincones de mí que creía dormidos—. Pero quiero que sepas que nunca me apartaría de ti —susurra, acercándose un poco más ella—. Eres parte de mí ahora. Y lo que ha pasado, lo que sentimos...

De pronto se inclina hacia mí y las confesiones quedan atrás una vez que su aliento cálido roza mis labios. Cierro los ojos cuando me besa con una suavidad que convierte en gelatina mi cuerpo. Me tiemblan las rodillas y soy incapaz de hacer algo más allá de acariciar sus brazos y erizar su piel.

El beso se vuelve más intenso y con cada segundo que pasa, la necesidad de sentirnos la una a la otra, es palpable. Nuestros cuerpos se acercan más y el calor entre nosotras crece hasta el punto de hacerme creer que estamos junto al fuego de una chimenea.

Violet sonrío y me lleva con ella, se recuesta sobre mí y encaja su cuerpo perfectamente

con el mío. Nuestros labios no se separan, al contrario, luchan por mantener la calma y mis manos viajan por su espalda, acariciando cada curva como si estuviera descubriéndola por primera vez.

La habitación está en penumbra, pero lo único que me importa lo tengo delante, en la forma en la que Violet y yo nos tocamos, nos besamos, nos entregamos la una a la otra. Ya no hay espacio para las dudas o el miedo, solo estamos nosotras, juntas, sin importar cuando surgió lo nuestro o cómo, porque esta relación es todo lo que una vez soñé.

Mi respiración se acelera y puedo notar cómo ella se rinde por completo a sus emociones, dejándose llevar por una pasión que me abruma y me hace temblar. Sus labios bajan por mi cuello y dejan un rastro de calor a medida que explora cada parte de mí. Mis manos se enredan en su pelo y tiro suavemente de él mientras que mi cuerpo responde a cada toque, a cada beso y pequeño mordisco.

El deseo que compartimos se transforma en algo más que físico, es emocional, la culminación de todo lo que hemos vivido, de los momentos difíciles, de las revelaciones, de ese lazo que Amelia ató a nuestro alrededor, de los secretos que compartimos y las verdades que conocemos.

Nos movemos al unísono y tras quitarnos la ropa, nuestras pieles se rozan creando una sinfonía silenciosa de respiraciones entrecortadas y suspiros ahogados. El placer que me invade es demasiado fuerte como para controlarlo, sin embargo, me tomo el tiempo para disfrutarla, para sentirla de esta forma tan íntima.

Suelto un gemido sobre su boca cuando su mano se pierde entre mis piernas y en ese instante, noto que todas las piezas encajan. Violet se funde con mis labios y yo me pierdo en ella, en su olor, en el calor de su piel, en la manera en la que sus dedos me tocan, como si nunca quisiera soltarme, como si con cada caricia deseara asegurarse que no podré vivir sin ella. Y eso me hace sonreír.

Desconecto del mundo cuando muerdo su cuello y una de mis manos se aferra a uno de sus pechos disfrutando del tacto, del ritmo acelerado de su corazón, del sudor que perla su piel y que se queda grabado en la mía.

El clímax llega con suavidad, como una ola que nos envuelve a ambas y nos arrastra hacia las profundidades del amor que hemos construido, pero también del dolor que hemos dejado atrás. Es un momento perfecto, en el que nos rendimos la una a la otra, en el que nuestros cuerpos se mojan por la pasión y nuestros corazones estallan para reconstruirse de nuevo.

Cuando finalmente nos separamos, Violet se recuesta a mi lado con la cabeza apoyada en mi pecho y yo beso su frente sin poder abrir los ojos, mientras disfruto de esta sensación y de la tormenta de emociones que ha desatado dentro de mí. Nos quedamos así, en la penumbra de la habitación, con el sonido del viento golpeando las ventanas del hostal. Solo estamos ella y yo, y este camino de sueños que hemos construido juntas con el paso de los días.

—Te quiero... —murmura y su confesión, provoca que tiemble.

Siempre soñé con escuchar a alguien decir esas dos palabras, con sentir que me amaban

de verdad, con notar que mi corazón ya no dolía. Sé que las relaciones no son eternas, que debemos disfrutar de ellas mientras tengamos la oportunidad de vivirlas, pero en este instante, deseo que lo que tenemos perdure hasta el final.

—Yo también te quiero... —respondo y busco sus labios para hacérselo saber de esta manera también.

El amor que compartimos es lo que ahora nos sostiene, lo que nos ha salvado. Y pase lo que pase a partir de ahora, nunca estaremos solas. Siempre tendremos este momento y el amor que Amelia dejó en el camino para nosotras dos.



46

BAJO LA LUZ DE LAS ESTRELLAS

Violet

El silencio de la madrugada me envuelve cuando abro los ojos y veo a Elara dormida a mi lado, con su cuerpo desnudo acurrucado bajo las mantas, tranquila y en paz. El calor del momento que compartimos aún flota en el aire, pero mi mente está inquieta y me ha traído de regreso a la realidad. Suelto un suspiro y, con cuidado de no despertarla, me levanto de la cama.

Busco algo de ropa en cuanto pongo los pies descalzos en el suelo y empiezo a caminar hacia la ventana. La cortina está corrida, y el cielo oscuro, salpicado de estrellas, me llama de nuevo. Antes de que volviéramos a la habitación, ya me había sentido atrapada por su inmensidad, pero ahora hay algo diferente.

Abro la ventana y dejo que el aire frío me envuelva. Levanto la mirada buscando una estrella en particular, aquella con la que siempre sentí una conexión especial. Cuando teníamos poco más de siete años, Amelia y yo solíamos pedir un deseo mientras nos tomábamos las galletas con leche que mamá nos servía antes de dormir.

Apoyo los brazos en el alféizar y me abrazo a mí misma, sintiendo que, antes de regresar a Londres, debo liberar todo lo que llevo dentro. Cierro los ojos y por un momento, puedo imaginar a mi hermana a mi lado, mientras sujeta mi mano y me mira con ese brillo que iluminaba sus ojos color caramelo. En el silencio de la madrugada, noto su presencia y su amor. Aunque no puedo verla, sé que está aquí conmigo, acompañándome en este momento.

—Mamá, hay tantas cosas que me gustaría preguntarte —susurro en voz baja mirando a mi alrededor, como si esperase encontrarla a ella. Después suelto un suspiro y dejo que las emociones me embarguen—. Sé que no puedes darme una explicación ni las respuestas que necesito, pero ojalá lo hagas de alguna manera, en algún momento.

Después de encontrar el álbum de fotos que Giano mencionó, me di cuenta de que nunca había visto sonreír a mamá como lo hacía cuando estaba con él. Durante años creí que su corazón se había roto por el abandono de nuestro padre, que la herida era demasiado profunda para dejar entrar a alguien más. Pero ahora no dejo de preguntarme si, en realidad, ella siempre estuvo

enamorada de él y nunca lo olvidó.

—¿Alguna vez pensaste en contarnos que era nuestro padre? —pregunto en un susurro con el que intento no despertar a Elara—. ¿Alguna vez se te ocurrió que saberlo nos haría bien a Amelia y a mí?

Las copas de los árboles se mecen con el viento, y al observar la estrella, esta tintinea con un brillo rojizo que me recuerda a uno de los vestidos que ella usaba en los conciertos navideños, cuando tocaba el piano con tanta pasión que llenaba la sala de magia.

—Debiste hacerlo cuando Amelia os descubrió, ¿sabes? —murmuro casi como un reproche—. No entiendo por qué le pediste que lo ocultara, ni cómo permitiste que Giano la tratara de manera tan diferente a los demás para que nadie notara el vínculo especial que tenía con nosotras. ¿Te diste cuenta de lo difícil que fue para ella? —Sacudo la cabeza y paso una mano por mi pelo, echándolo hacia un hombro—. Quizá solo había cosas que no sabías cómo explicar y que esperabas contarnos algún día.

El cielo continúa en silencio y, por un instante, me parece que mamá me observa desde alguna parte.

—Creo que estoy preparada... —digo en voz baja—. El lunes hablaré con papá... —Hago una pausa y muerdo mi labio inferior—. Aún me cuesta creer que sea mi padre, pero cuanto más le doy vueltas, más noto el parecido que tengo con él, lo que también le unía a Amelia. Me sorprende no haberme dado cuenta antes.

—Porque era tu profesor, nada más... —La voz de Elara me toma por sorpresa y, cuando me abraza por la espalda y apoya su mentón en mi hombro, sonrío—. A veces, nuestros ojos no ven más allá de lo que tenemos delante. En ese momento solo pensabas en aprender, en ser la mejor, en convertirte en una gran pianista como tu madre... —me recuerda, y yo dejo escapar un suspiro—. Estoy segura de que él también lo pasó mal.

—Supongo que sí... —digo en voz baja—. A todos nos han afectado los secretos. Sean cuales sean.

Pienso en mamá, en cómo durante años se mostró ante nosotras como una mujer fuerte, independiente, que sabía lo que quería y cómo conseguirlo, que no necesitaba de nada ni de nadie para ser feliz, solo de un piano y de nosotras. No dejo de preguntarme si habría sido más feliz con mi padre a su lado, si en lugar de elegir sus sueños hubiera escogido su amor, si todo habría sido diferente.

—Anda, vamos a la cama, o te resfriarás.

Elara me invita a dejar el balcón, pero me tomo unos segundos más para mirar la estrella una última vez y susurrar un «Os extraño» que apenas se escucha en mi voz, pero que me acompaña mientras regreso a la cama y me refugio bajo las mantas, acurrucada en sus brazos.

Mi corazón se contrae, y en ese momento, me doy cuenta de que la única forma de seguir adelante es juntar todas las piezas y dejarme llevar hacia un futuro sin secretos. Necesito saber la verdad completa porque solo así podré encontrar paz, arrancarme esta tristeza y mirar hacia

adelante con la seguridad de que, finalmente, el resto estará bien.



47

LA OTRA CARA DE LA HISTORIA

Violet

El camino de regreso a Londres no ha sido fácil. Estos días fuera me han ayudado a centrarme en mí y a descubrir que no puedo seguir así. Durante los últimos años de mi vida, he evitado hablar con Amelia porque temía lo que pudiera decirme o reprocharme. Tampoco mantuve la conexión con Lily y con Mark porque no quería que me recordaran todo lo que había dejado atrás. Y cuando supe que mi hermana había muerto, tardé semanas en tomar el avión y volver a casa. Huir se ha convertido en mi manera de protegerme y cuidar mi corazón, pero si quiero seguir adelante y desprenderme de esta sensación extraña que llevo en el pecho, tengo que hablar con mi padre.

Aunque Elara no ha mencionado nada al respecto, noto que está preocupada por mí. Le prometí que una vez llegáramos a Londres, me reuniría con él para resolver las dudas que tengo y organizar las piezas de un rompecabezas a medio armar. Sigo sin entender muchas cosas, pero espero que él pueda ayudarme a encontrar respuestas.

Al llegar a casa, me doy una ducha caliente y me preparo para salir. Esta vez iré sola, algo que a Elara no le ha hecho gracia, pero necesito que sea así. Debo enfrentar esto yo misma, dejar de huir de lo que temo y mirar hacia el futuro con la certeza de que ya no queda nada oculto. Nunca imaginé que la muerte de Amelia abriría una caja llena de secretos, pero ahora que han salido a la luz, no tengo más opción que adaptarme.

—¿Te llevarás el álbum de fotos? —pregunta Elara, tomándome por sorpresa cuando estoy ajustándome el abrigo.

—Sí, creo que eso nos ayudará a ambos —respondo, aunque no sé muy bien si será así—. Imagino que él podrá decirme cuándo y dónde se tomaron. Mi madre nunca me habló de estas fotografías, así que voy un poco a ciegas.

—Todo saldrá bien...

—Ojalá —le digo besándola antes de irme—. Si tardo mucho, pide algo de comer y descansa. Luego saldremos a cenar.

—Aquí te esperaré.

Con una sonrisa, dejo el apartamento y me enfrento al frío del mediodía. Hoy no llueve, aunque las calles están llenas de charcos que bordean las aceras y mantienen a remojo las hojas caídas de los árboles.

La academia de Giano queda algo lejos de donde estoy, pero decido ir andando para calmar la mente, que lleva días acumulando preguntas. El camino se me hace largo, pero cuando por fin alcanzo el edificio, siento cómo mi corazón late con fuerza. Parte de mí quiere retroceder, pero la otra, la más necesitada, arrasa con las dudas y me empuja hacia adelante.

La recepcionista me recibe con la misma sonrisa de la última vez. Ya me reconoce, sabe a qué he venido y en cuestión de segundos me acompaña hasta donde está mi padre. Estoy tan concentrada que no me doy cuenta de que, esta vez, no vamos al estudio, sino a su despacho, un rincón privado entre tanta música y cemento.

—Está adentro —dice y me tomo unos segundos para respirar, observando la gran puerta de madera frente a mí. No sé si mamá habría querido esto, ni si Amelia me seguiría, pero no soy ninguna de ellas, y por eso avanzo para cumplir con mi propósito—. Si necesita algo, ya sabe dónde encontrarme.

—Gracias.

Cuando giro el pomo, la puerta se abre y el sonido del piano llena mis oídos. Giano está sentado junto a un ventanal y me da la espalda; mantiene una postura erguida, pero la forma en la que acaricia las teclas es suave, tan calmada que resulta relajante. De no haberlo visto tocar la última vez, jamás habría imaginado que él es mi padre, y ahora, después de todos estos años, me duele haberlo tenido tan cerca sin saberlo.

Me aclaro la garganta y él se da vuelta. Cuando nuestros ojos se encuentran, el tiempo parece detenerse. Ambos sabemos que, después de esta conversación, nada será igual, pero necesitamos hacerlo. Al menos yo.

—Violet... me alegra que hayas venido. —Al ver lo que llevo en mis manos, su expresión cambia y una sombra atraviesa su rostro—. Lo encontraste.

—Después de que lo mencionaras, no tardé en buscarlo —digo algo nerviosa—. Estaba bien guardado, pero no demasiado.

—¿Le echaste un vistazo? —pregunta con voz contenida, y yo asiento, mordiéndome el labio—. ¿Puedo verlo?

Me acerco lentamente y le tiendo el álbum de fotos. La tensión me carcome, y una vez que se lo doy, busco un lugar donde sentarme.

—Lo traje porque, al abrirlo, sentí que miraba las fotos de alguien a quien no conocía —aclaro con sinceridad—. Mamá nunca me habló de ti, ni de vuestra relación, ni de cómo se quedó embarazada o por qué mis abuelos se alejaron de ella. Estos días he sentido que apenas la conocía, que la mujer que me crio y me enseñó a amar la música escondía demasiadas cosas. Como hizo Amelia antes de...

Mientras hablo, él pasa las hojas del álbum, y veo cómo sonríe al mirar algunas fotos, acaricia unas imágenes y suspira en otras. Daría cualquier cosa por poder leer su mente, saber qué siente y por qué.

—Tu madre era el ojito derecho de tu abuelo Vassilis. Él pensaba que ella sería una estrella, que lograría todo lo que quisiera si se lo proponía y se esforzaba —dice Giano—. Imagino que sabes que tu abuela murió al dar a luz, ¿verdad? —Asiento y entrelazo mis manos sobre las piernas—. Yvette recibió de él todo lo que quiso. Fue, vulgarmente hablando, una niña mimada, y cuando llegó al conservatorio, yo solo veía a una chica creída, alguien que parecía superior solo por tener un padre así.

Que me hable de mi madre desde el inicio no solo me sorprende, sino que me alivia. Necesitaba saber si lo que mamá nos contaba a Amelia y a mí era cierto, o si, para esconder la verdad, se inventó otra historia a la cual aferrarse.

—Erais compañeros, ¿verdad? —pregunto, y él asiente antes de girar el álbum hacia mí, mostrándome una foto en particular.

—Estuvimos en la misma clase durante años —me confirma—, y aunque al principio no la soportaba, con el tiempo descubrí que Yvette era mucho más que lo que aparentaba. Se guiaba por la pasión y el corazón. Tenía sueños, pero también temía defraudar a su padre.

—¿Por eso él la abandonó? —pregunto, y él sonríe amargamente antes de asentir—. ¿Cómo puede un padre hacer algo así?

—Hay orgullos que nunca mueren —responde con una voz cargada de resignación—. Como supondrás, tu madre y yo nos enamoramos siendo unos críos sin idea de la vida. En nuestro último año de conservatorio, supe que Yvette estaba embarazada.

—Ella nos dijo que, al enterarte, tú la abandonaste, ¿es cierto? —indago, y siento cómo las palabras se me atascan en la garganta. Él niega y cierra el álbum, dejándolo sobre sus piernas—. ¿Por qué nos mintió?

—Quizá no quería que supierais que fue su padre quien la dejó prácticamente en la calle al enterarse del embarazo —contesta, con la mirada fija en la nada—. Aunque le pedí que se quedara conmigo, y le dije que mis padres nos apoyarían, ella prefirió tomar un avión y seguir adelante, siendo la mejor pianista que la Real Orquesta tuvo hasta que llegaste tú.

Cuando su dedo me señala, el corazón se me encoge y necesito bajar la mirada para que las lágrimas no traicionen la serenidad que intento mantener.

—Yvette regresó cuando ya no podía sentarse al piano porque la barriga llegaba a las teclas —menciona con una ligera sonrisa—. Yo había seguido adelante, tenía pareja y estaba a punto de casarme, pero su vuelta reavivó lo que habíamos dejado atrás. Fue duro para los dos, demasiado diría yo, pero estuve ahí con vosotras. La ayudé en lo que pude, antes y después de que nacieras.

—¿Tú fuiste quien la ayudó a encontrar la casa? —Él asiente soltando un suspiro profundo—. ¿Por qué nunca nos dijo que eras nuestro padre?

—Porque yo ya tenía otra vida y ella no quería destrozarla.

—¡Eso fue injusto! —exclamo y siento cómo me tiemblan los labios—. Crecimos sin ti, igual que ella sin su madre. ¡Estuviste cerca, pero fuera de nuestro alcance! ¿Cómo pudo hacer algo así?

—Quizá porque no quería que os rompiera el corazón —comenta en un susurro que resuena en el silencio del despacho.

Nos quedamos en un mutismo pesado, yo con las manos apretadas sobre mis piernas, intentando asimilar lo que acabo de escuchar, y él, con la mirada fija en el álbum, inmerso en los recuerdos de una vida que apenas ahora comienzo a descubrir.



48

LAS NUEVAS OPORTUNIDADES

Violet

Hace ya un buen rato que mi padre y yo salimos de su despacho y cruzamos la calle hasta una cafetería para tomar un café. Aún me cuesta reconocer a Giano como lo que es, pero ahora no hay dudas ni miedo a lo que me pueda contar. Todavía me faltan muchas cosas por saber y otras tantas por colocar en mi corazón. Algunas aún me duelen por dentro, pero estoy mucho más tranquila que hace unas horas. Él ha sido sincero, y eso me hace ver que en realidad nunca conocemos a las personas del todo, que siempre, por una razón u otra, solo nos muestran lo que quieren.

—¿Por qué mi madre aceptó llevarnos al conservatorio sabiendo que tú eras el maestro de piano? —me intereso mientras echo un terrón de azúcar en mi taza—. Me contaste que ella no te permitió estar cerca de nosotras cuando éramos bebés, pero eso cambió cuando crecimos.

—Yo se lo pedí. Bueno, más bien, se lo exigí —confiesa apoyando los brazos en la mesa de madera que nos separa—. Tú y tu hermana teníais un talento increíble para ser tan pequeñas, y aunque nunca dudé de las capacidades de Yvette, sabía que, entre la academia y lo demás, no podría enseñaros lo suficiente.

—Entiendo... —murmuro, me llevo la taza a los labios y dejo que cada pieza de la verdad se abran paso en mi mente poco a poco, como si estuviera abriendo un calendario de adviento de Navidad—. Yo disfrutaba mucho de tus clases, eras mi profesor favorito. Recuerdo que cada vez que veía en el horario que me tocaba contigo, se me ponía una sonrisa en la cara y no había forma de borrarla.

—Yo contaba los días para volver a veros...

—Lo que no entiendo es cómo Amelia creía que la odiabas, que no la soportabas y que, por eso, te ensañabas con su forma de tocar —le digo, recostándome en la silla—. No recuerdo que alguna vez fueras duro con ella. Por eso me sorprendió tanto leer esas cosas en sus diarios.

—Tu hermana era muy distinta a ti —responde, y asiento porque, a pesar de nuestra similitud física, nuestros temperamentos eran opuestos—. Ella tenía el orgullo de tu abuelo

Vassilis y era tan obstinada como tu madre. Ya sabes que soy un maestro meticuloso, con reglas claras y niveles a seguir, y creo que ella interpretaba mis correcciones como muestras de desaprobación o rechazo —añade, pensativo—. Todo empeoró cuando nos encontró a tu madre y a mí en la cama.

—¿Por qué empeoró?

—Porque Yvette le pidió que no dijera nada y que lo guardara como un secreto —dice sin rodeos—. ¿Quién puede ocultar algo así, que su madre está en una relación con el profesor del conservatorio? Amelia era muy emocional; cuando se sentía mal o sus compañeros la excluían, venía a hablar conmigo, y yo no sabía cómo decirle que no lo hiciera. No quería que los demás pensarán que tenía favoritismo hacia ella o que la aprobaba solo porque tenía una relación con su madre... —continúa con un tono lleno de pesar—. Mi puesto estaba en riesgo y...

—Pero ella era solo una niña y no sabía nada sobre eso —digo levantando la voz—. En lugar de pedirle que callara, deberíais habernos contado la verdad, haberos sentado con las dos y explicarnos lo que pasaba. No era tan complicado.

—Tienes razón. No lo manejamos bien y...

—Y nos mantuvisteis en la oscuridad, hasta ahora —le interrumpo y suelto un suspiro que me ayuda a aliviar la presión en el pecho—. Me cuesta creer que esté enterándome de todo a estas alturas...

Giano toma mi mano desde el otro lado de la mesa, haciéndome mirarlo a los ojos.

—Violet, nunca te voy a pedir que lo aceptes, solo que lo intentes —dice con franqueza, con sus ojos clavados en los míos y expresión calmada—. Tienes treinta y cuatro años, y has pasado toda una vida sin saber la verdad. Entiendo que no sea fácil.

Sus caricias en mi mano, por extrañas que parezcan, me reconfortan tanto como solían hacerlo las de mi madre. Lo que más me duele es saber que podríamos haber sido una familia feliz, que podríamos haber llegado a ser grandes músicos teniendo a ambos a nuestro lado. Pero al final, los secretos y los temores terminaron por hundir ese sueño en lo más profundo del mar.

—No es fácil, pero voy a intentarlo. Estoy cansada de sufrir, de huir de las cosas que me asustan... de no luchar —aclaro mirándolo directamente a los ojos—. Eres mi padre y, aunque me cueste asumirlo, eso no cambia la verdad. Además, eres lo único que me queda junto a Elara y la academia de mamá. Quiero levantarla, deseo que el legado de mamá y de Amelia se mantenga en pie.

—Yo te ayudaré.

Niego suavemente.

—Tengo que hacerlo por mí misma, pero hay algo que necesito de ti —comento, algo pensativa—. Quizá Elara no me lo perdone, pero necesito que le enseñes todo lo que me enseñaste a mí. Ella no ha tenido una vida fácil, ni las oportunidades que tuvimos nosotras, no tiene nada que sea verdaderamente suyo, y me gustaría que, al menos, tuviera la oportunidad de creer en sí misma y de ver que tiene talento.

—Te lo prometo, pero solo si tú me concedes un deseo.

—¿El qué? —pregunto mirándolo a los ojos.

—Tocar conmigo en el certamen de Navidad.



EPÍLOGO

EL PIANO, TÚ Y YO

Elara

Diciembre, 2024.

Las luces doradas del teatro iluminan con suavidad el escenario, proyectando reflejos cálidos sobre las paredes de terciopelo rojo. El murmullo de la orquesta que afina sus instrumentos flota en el aire, aunque mi corazón late con tal fuerza que casi apaga todos los sonidos a mi alrededor. Cuando Violet me contó que su padre la había invitado a tocar con él en el certamen de Navidad, me emocioné profundamente. La primera vez que la vi hacerlo fue en videos que Amelia solía ponerme, pero nunca asistí en persona a uno de sus conciertos; saber que esta vez podré verla me llena de ilusión.

Hoy es un día especial, diferente. Después de todo lo que ha pasado, el hecho de que Giano y ella compartan escenario es como cerrar una historia que había permanecido abierta e incompleta durante demasiado tiempo. Me habría encantado que Amelia pudiera verlos, también Yvette; sin embargo, sé que ambas, desde algún lugar, sonríen y vibran al son de una orquesta eterna.

Violet se sienta junto a mí, sin soltar mi mano en ningún momento. Parece incluso más nerviosa que su padre. Esta noche ambos cerrarán este precioso concierto de Navidad, y aunque hace solo unas semanas la vida parecía envuelta en sombras, ahora las cosas son completamente distintas. Es sorprendente cómo la verdad puede transformar el dolor en algo hermoso. Cada vez que la miro, veo en sus ojos una paz que no había visto en ellos hasta el momento.

El tiempo avanza mientras la orquesta toca, y las luces del teatro se atenúan hasta dejarnos en una penumbra reconfortante. Aún faltan unos minutos para que padre e hija salgan a escena, pero ya puedo imaginar las luces doradas reflejándose en la brillante madera del piano de cola negro que compartirán.

Violet aprieta mi mano con fuerza, y cuando me giro hacia ella, la veo sonreír. Su piel brilla bajo las luces y sus ojos reflejan algo que no había visto en semanas: serenidad.

—Estoy feliz de estar aquí hoy —dice en un susurro que casi se pierde en la música—.

Feliz de haberte conocido. Feliz de haber caminado a tu lado durante estos días.

Su confesión me derrite el corazón, y le devuelvo el apretón con suavidad. No necesito decir nada; con mi mirada intento expresarle lo que siento. Ella me ha dado tanto..., más de lo que nadie podría imaginar. Hemos recorrido juntas un camino lleno de dolor y de descubrimientos, pero también de amor y de fortaleza, y quizás por eso nuestra relación es tan única y especial.

—Gracias por ser mi apoyo mientras descubría la verdad sobre mi familia —susurra—. No sé qué habría hecho sin ti.

La música de la orquesta nos envuelve. Me quedo en silencio unos segundos, dejando que las emociones me invadan, pero soy incapaz de contenerme por más tiempo. Aparto la vista del escenario y me concentro en ella.

—Tú también me salvaste —respondo con sinceridad—. Cuando supe que Amelia había muerto, sentí que lo perdía todo. Pensé que me quedaría sin hogar, que los amigos en común dejarían de hablarme, que tendría que abandonar mis sueños y que nunca volvería a sentirme parte de algo —explico con la voz entrecortada—. Estando a tu lado, descubrí que el amor verdadero no solo embellece el mundo, sino que te ayuda a caminar, a darte tiempo, a impulsarte para seguir adelante y no rendirte.

Violet sonríe, aunque sus ojos se humedecen. Ninguna de las dos necesita decir nada más. El dolor compartido fue lo que nos unió, pero el amor que surgió entre nosotras es lo que nos ha mantenido a flote.

Dirijo la atención a los músicos y, del otro lado del escenario, aparece Giano, vestido con un esmoquin negro que reluce bajo las luces tanto como lo hace el vestido blanco de Violet. Ella suspira, y veo cómo sus ojos buscan a su padre.

—Me duele haberlo visto alguna vez como un monstruo —murmura con ternura—. Giano cometió errores, pero... estoy empezando a entender que lo hizo por miedo, al igual que mi madre, Amelia y yo en algún momento. —Se vuelve hacia mí y en su mirada veo que está a punto de decir algo importante—. Sé que te dije que te enseñaría, pero le pedí que, cuando comience el nuevo curso, él se encargue de enseñarte a tocar el piano.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunto con sorpresa.

—Quiero ayudarte a descubrir que no solo vales para la música —hace una pausa—, que puedes alcanzar cualquier cosa que te propongas porque tienes una fuerza y una luz en tu corazón que ni siquiera has llegado a ver. Además, él es el mejor, y disfrutarás mucho de su enseñanza.

—Violet, no... —Sacudo la cabeza sintiendo cómo la ansiedad crece en mi pecho—. No necesito nada más que ser la directora de la academia. Con eso es suficiente...

Ella se inclina hacia mí, se queda tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo. Con una caricia en la mejilla, logra que suspire sin remedio.

—Tu verdadero sueño —dice con una sonrisa dulce—, siempre fue tocar el piano. Sé que

tienes miedo, pero también que Amelia te habría impulsado a hacerlo, y yo no soy diferente. No quiero que te limites. Quiero que descubras lo que puedes ser, lo que puedes conseguir y no hay mejor persona que él para ayudarte a abrir los ojos.

Mi corazón late desbocado, y una mezcla de emociones me sacude. El miedo está ahí, sí, pero también la emoción. «Elara, la pianista». Las palabras resuenan en mi mente como algo que parecía casi imposible, pero Violet cree en mí. Y Amelia también lo hacía.

—No sé si seré capaz —murmuro con la voz quebrada por la duda.

—Ya lo eres, —dice y señala el piano en el escenario—. No necesitas el conservatorio para ser pianista, Elara. Solo necesitas tu corazón, tus ganas y tu empeño. Sé que mi padre te lo dijo, que tienes un don, y debes permitir que el mundo te escuche.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas, pero no son de tristeza. Son de liberación. Las últimas notas de la pieza que interpreta la orquesta llenan el teatro, un crescendo que retumba en mi alma mientras los aplausos estallan en la sala. Con el corazón latiendo con fuerza, asiento con firmeza.

—Está bien —susurro y siento cómo la seguridad llena mi pecho—. Lo intentaré.

—No. Lo harás. —Violet me sonríe, y en ese momento, me doy cuenta de que todo está en su lugar: el amor, la música, el pasado y lo que hemos vivido y nos ha traído hasta aquí. Se pone en pie, besa mi mano, y luego se inclina para besarme con ternura en los labios—. Voy a prepararme. Ve al palco, espero que lo disfrutes.

—Hazlos vibrar.

Los minutos pasan, y cuando Violet y Giano se sientan finalmente frente al piano, el teatro entero rompe en aplausos. Las primeras notas surgen como un susurro, suaves y cargadas de significado. Un nudo se forma en mi garganta, pero esta vez es de amor, no de tristeza. Esta noche no solo estamos disfrutando de la música, somos testigos de cómo cambia la vida cuando se elige hacer el bien, del poder que tiene el tiempo para sanar las heridas más profundas y, sobre todo, de la emoción de las segundas oportunidades.

Nadie en el teatro tiene idea de que la melodía de nuestra vida acaba de comenzar. Esta sabe a amor, a esperanza, a sueños. Y ahora, mirando hacia el futuro, sé que lo que venga nos hará vibrar.

AGRADECIMIENTOS

Siendo la última novela que publico en este año 2024, quiero dedicar esta historia a todas las personas que a día de hoy, os sumergís entre mis letras y descubren ese mundo que es tan mío, como vuestro. No necesito deciros lo importante que sois para mí, lo feliz que me hacéis con cada reseña, corazón, palabra de aliento o pequeña conversación que tenemos. Sois lo que me da ánimos, lo que logra que mis sueños poco a poco se vayan cumpliendo, lo que hace que a día de hoy pueda decir, orgullosa, que soy escritora y que me quiero dedicar a ello cada día. Os agradezco que confiéis en mí, que os toméis un tiempo en vivir cada historia de amor que escribo, y por supuesto, que os quedéis, porque yo no podría seguir haciendo esto teneros en mi vida.

DEL ANONIMATO AL SALTO LITERARIO

En el atractivo y apasionado universo de la literatura romántica surge una nueva voz que ha conquistado corazones desde su reciente incursión en la autopublicación. Verónica Espinosa, una autora apasionada, ha tejido un cautivador tapiz repleto de amor y emociones que comenzó mucho antes de que se conociera su nombre.

Desde su infancia, Verónica se vio envuelta en el fascinante mundo del romance. Las novelas, con sus tramas intrincadas y sus personajes inolvidables, capturaron su corazón desde temprana edad. Sin embargo, no fue hasta la adolescencia que encontró en la escritura una vía para explorar y expresar sus propias emociones.

Su pasión por el romance floreció con cada palabra que plasmaba en el papel, convirtiendo sus escritos en un reflejo auténtico de sus experiencias y anhelos más profundos. El amor, en todas sus formas y matices, se convirtió en el hilo conductor de su narrativa, tejiendo historias que ahora resuenan en los corazones de quienes se han aventurado a adentrarse en sus novelas.

A pesar de su innato talento, mantuvo sus creaciones en la intimidad durante años. Fue en el verano del año 2023 cuando, al final, decidió compartir su primera historia con el mundo. Un valiente salto hacia lo desconocido que reveló no solo su destreza narrativa, sino también su compromiso con la representación LGTBQ+ en el género romántico.

Las novelas de Verónica Espinosa son más que simples relatos de amor, son testimonios vibrantes de la diversidad y la riqueza de las experiencias humanas. Sus personajes llenos de vida desafían los estereotipos convencionales y dan voz a aquellos cuyas historias a menudo se pasan por alto en la narrativa tradicional.

Con un estilo literario que envuelve al lector en una danza de emociones, esta autora ha llegado para quedarse en el panorama de la novela romántica lésbica. Sus obras, impregnadas de sinceridad y pasión, son un regalo para aquellos que buscan el amor en todas sus formas, recordándonos que, al final, el corazón no conoce barreras ni etiquetas.

Así, la pluma de Verónica Espinosa se erige como una luz brillante en el horizonte literario, iluminando el camino para las generaciones futuras de lectores y escritores que ansían ser parte de un mundo donde el amor es la fuerza que une todas las páginas de la vida y la ficción.

REDES SOCIALES DE LA AUTORA



[@veronicaespinoza.autora / @AutoraVeronica /
@veronicaespinoza.autora / @veronicaespinoza]

TODAS LAS NOVELAS DE LA AUTORA



SI QUIERES LEER EL RESTO DE
MIS NOVELAS, PUEDES ENCONTRARLAS
A TRAVÉS DEL SIGUIENTE QR, Y
DISFRUTARLAS, TODAS ELLAS, EN:



INDICE

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

DEL ANONIMATO AL SALTO LITERARIO

TODAS LAS NOVELAS DE LA AUTORA

INDICE